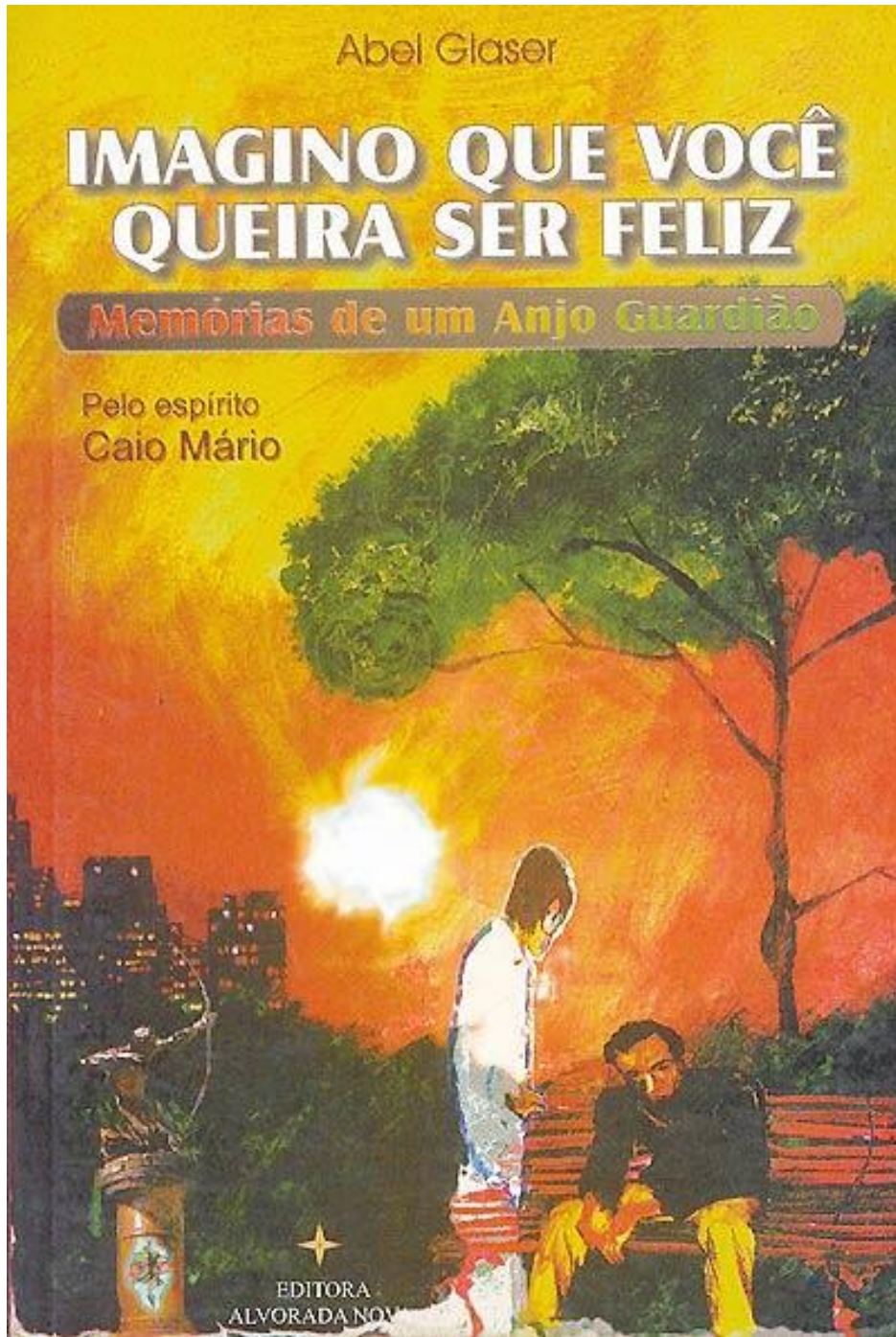


Abel Glaser

IMAGINO QUE VOCÊ QUEIRA SER FELIZ

Memórias de um Anjo Guardião

Pelo espírito
Caio Mário



EDITORA
ALVORADA NOVA

Imagino que usted quiere ser feliz

"Memorias de un ángel guardián"

Por el espíritu Cayo Mario

Y

Abel Glaser

Traducido por C.E.E.A.K

Prefacio

Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Capítulo XXII
Capítulo XXIII
Capítulo XXIV
Capítulo XXV
Capítulo XXVI
Capítulo XXVII
Capítulo XXVIII
Capítulo XXIX
Capítulo XXX
Capítulo XXXI
Capítulo XXXII

Las líneas de amor de este libro, transmitidas por Cayo Mario, en su estilo jovial, tienen por finalidad resaltar aspectos triviales del mundo material en interligación con el lado espiritual de la vida, bajo el punto de vista de un Ángel Guardián en relación a su tutelado. Todos los tenemos en nuestra trayectoria por el plano físico, cuando estamos encamados, y sin excepción un día también lo seremos en la Espiritualidad.

"Imagino que usted quiere ser feliz — Memorias de un Ángel Guardián" nos lleva a evaluar lo que ese amigo espiritual siente y cuál es su expectativa por cada uno de nosotros delante de nuestros actos del día a día. Nos conduce a conocerlo mejor para que podamos darle, de forma voluntaria y consciente, su debido valor.

Cairbar Schutel, coordinador general de Alborada Nueva, autorizó a Cayo Mario a enviarnos este mensaje, en forma de libro, para dar aliento a todos los que pudiéramos tocarlo, sentirlo y vibrar con él.

Cayo Mario ya fue pupilo, será Ángel, exactamente como todos nosotros.

La vida de Ícaro, enfocada en esta obra, fue común, como lo es la de la mayoría de los seres humanos. Pero no menos importante para su Ángel Guardián, ni para Alborada Nueva, la colonia espiritual a la cual está ligado y, por encima de todo, esencial para Dios.

Procuremos seguir los consejos de nuestros Ángeles Guardianes, oigámoslos como hizo Ícaro al final, no dejando que nuestros "Jeremías", hablen solos sin que sus intuiciones e inspiraciones sean tomadas en consideración por nuestro libre albedrío.

Dejémonos llevar por la voz de la conciencia, por el canto del alma, en fin, por el involucramiento positivo de nuestros Protectores, amigos espirituales que mucho nos aman. Estemos abiertos a la protección continua que Jesús nos ofrece seguidamente a través de esos abnegados benefactores espirituales.

Como diría Cayo Mario, nuestros deseos al lector de mucha felicidad, pues imagino que todos la quieren mucho, exactamente como Ícaro, el personaje central de esta obra lo quiso.

La recogida de datos de este libro fue hecha por el Grupo de Estudios Cairbar Schutel a lo largo de 1995.

San Pablo, 5 de enero de 1996.

Abel Glaser Coord. de GECS

CAPÍTULO I

Cuando Ícaro nació, Jeremías creyó que sería fácil su misión. Fue designado su Ángel Guardián (1); Aquel que velaría sus próximos años de vida material. Para impedir, desde luego, una impresión errónea a su respecto, a pesar de ser ángel, él no tenía alas, ni tampoco vestía un manto largo blanco que le cubriría las sandalias relucientes. ¡Arpa, ni pensar en ello! Su tarea, no obstante, tenía por finalidad acompañar a un Espíritu que acababa de reencarnar. Todos tenemos, cuando estamos en el plano físico, un amigo espiritual que vela por nosotros. No siempre sabemos de esto, pero, en el fondo, oímos voces que nos alertan del mal que estamos practicando o recibimos felicitaciones por el bien que hacemos. Me incluyo en la relación de aquellos que ya tuvieron un Ángel Protector y me gusta ese nombre — Ángel — pues nos recuerda las fantasías más verdaderas que podemos tener cuando estamos encarnados, que son las infantiles.

(1) Nota del autor material: la palabra ángel, conforme se ve en la cuestión n° 128 de "El Libro de los Espíritus", caben dos acepciones, una estricta y otra de amplio sentido: en la primera "son los Espíritus puros; los que se hallan en el más alto grado de la escala y reúnen todas las perfecciones"; en la segunda, "se aplica muchas veces a la designación de todos los seres, buenos o malos, que están fuera de la humanidad. Se dice: el ángel bueno y el ángel malo; el ángel de luz y el ángel de las tinieblas. En este caso, el termino es sinónimo de Espíritu o genio" (291 edición, FEB)

En mi último pasaje por la costra terrestres (2), que prefiero llamar planeta, también fui asistido cariñosamente por un mentor, o mejor, por mi querido Ángel Guardián.

(2) Caio Mario aplica la palabra ángel en esta segunda acepción, tal como se puede ver también en el mensaje firmado por "Erasto, ángel guardián del médium (Paris, 1.863)", colocada por el Codificador en el Capítulo XX de "El Evangelio Según el Espiritismo" Los trabajadores de la ultima hora, ítem 4 — Misión de los espiritas (52 edición, FEB). Ver también el ítem 11 del Capítulo XXVIII de "El Evangelio Según el Espiritismo".

Jeremías recibió la misión de estar al lado de Ícaro, un niño aparentemente común, sin ninguna característica especial, lo que parecía facilitar su encargo. Era solamente apariencia.

Les relato, ahora, como fueron los años que pasó al lado de su estimado protegido, hoy compañero de trabajo de Alborada Nueva, colonia espiritual que está situada alrededor del planeta y en la cual también tengo la felicidad de vivir.

Su pupilo, como lo llamaba, nació en una familia bastante humilde, en una de las favelas que cercan San Pablo, una metrópolis con aires de franco progreso, pero que trae consigo una cara aún bastante insensible. Mi último pasaje por el plano físico ocurrió en esa ciudad, de modo que juzgué conocerla bien. ¡Tonto engaño! Cuando supe de la historia de Jeremías e Ícaro, descubrí que existía un lado de megalópolis que jamás me pasó por la cabeza, pues había estado en una familia de clase media, donde no pasé privaciones materiales. Es cierto que sabía lo que éstas significaban, así como ya tuve oportunidad de vivir la pobreza material en otras vidas, sin embargo, la experiencia que adquirimos a lo largo de las reencarnaciones por las cuales pasamos nunca es suficiente para impedirnos continuar

aprendiendo. Fue de ese modo que comencé a tener otra noción de la vida, de la cual hoy no puedo desperdiciar para mi perfeccionamiento espiritual. También, un factor de gran importancia para nosotros, los desencarnados, es que estamos aprendiendo tanto como los que están encarnados, ya que las posiciones se alternan. Hoy, aquí; mañana, allí. Todo tan sencillo y poco complicado que nos sería muy fácil entender, si realmente quisiésemos.

A veces, los encarnados prefieren olvidar nuestra existencia, escogen explicaciones llamadas "racionales" para las intuiciones que reciben y terminan banalizando la función de los guardianes. En un principio, cuando fuimos orientados en la colonia a ser pacientes con nuestros pupilos, pensé que había mucho rigor en esa instrucción, al final, si éramos sus protectores sería natural que no participáramos de las mismas ansiedades y emociones de los encarnados. Otro tonto engaño. Jeremías me sirvió de ejemplo y, ahora, cuando estoy en vías de asumir la misma posición, retornando a la costra para dar asistencia a un Espíritu que está listo para reencarnar, tengo una noción diferente. Con seguridad, a lo largo de mi exposición, ustedes percibirán lo que quiero decir con esto. Los Ángeles Guardianes no son criaturas perfectas, están también aprendiendo y evolucionando. Necesitan de esa experiencia para comprender el significado de la interacción entre los dos planos de la vida.

Meditando al respecto, creo que cada existencia en el plano físico puede ser comparada a un emocionante viaje dentro de un espejo. ¡Imaginen que eso fuese posible! Unas veces estaríamos mirando el mundo material de dentro para fuera y otras de fuera para dentro. Mientras tanto, las imágenes reflejadas no diferirían: tal como en un espejo, podríamos ver nuestro reflejo en cualquiera de las posiciones, ellas serán las mismas. Tal vez ustedes no puedan comprobar lo que hablo, porque nunca estuvieran dentro de un espejo, pero se trata solamente de un ejemplo. Por eso, cuando desencarnamos, somos exactamente los mismos. Es como si estuviésemos entrando o saliendo del espejo, de una a otra dimensión.

Esa afirmación mía puede ser interesante, en la medida en que observo a las multitudes que llegan del plano físico a nuestra colonia y quedan extasiadas al verificar que las cosas son casi "iguales" a las del planeta. No son pocos los que, al reconocer el ambiente, dicen que la vida en el plano material es casi "igual" a la nuestra. El punto de vista, por tanto, es el mismo del espejo. Quien está fuera, mirándose en la superficie reflectora, cree que el mundo de allí dentro es "igual" al de fuera (pues es mero reflejo). Si alguien estuviese allí dentro, pensaría lo mismo del lado de fuera. En fin, no existen diferencias fundamentales entre los dos planos de vida, porque no son estáticos y sí, integrados e interactivos.

Quiero con eso justificar porque, a veces, los Ángeles Guardianes sufren y se angustian con las actitudes irreverentes de sus protegidos; no siendo perfectos, podemos tener emociones exageradas o ansiedades innecesarias, que son fruto de la inexperiencia, pero que se resolverán con el tiempo y con el proceso permanente de aprendizaje.

En Alborada Nueva, obtenemos enseñanzas preciosas; ojalá pudiésemos seguir fielmente las directrices cristianas que recibimos y sufriríamos mucho menos, pero no es así. Aun teniendo la vivencia suficiente, y el bagaje espiritual correspondiente, no conseguimos poner en práctica hasta incluso lo obvio. ¿Por qué nos equivocamos? Porque aún no aprendimos a discernir, con eficiencia, entre lo correcto y lo errado. Somos aprendices y como tales, una que otra vez, osamos desafiar a nuestros maestros, incumpliendo sus

celosas orientaciones. Las enseñanzas son las Leyes Divinas y el mayor ejemplo que tenemos es el de Jesús.

Antes de la concepción de mi pupilo por sus padres en el plano físico, comencé a recibir instrucciones cada vez más pormenorizadas en la ciudad espiritual. Por tal razón, me sugerían que hablase con Jeremías, cuya experiencia fue fecunda en esa área. Así lo hice. El me narró la historia que ahora les cuento.

CAPÍTULO II

En la víspera del día previsto para la concepción de Ícaro, cuando él iba a unirse a su madre por los lazos corpóreos, Jeremías fue llamado a la Coordinadora General, (3) para entrevistarse con Cairbar Schutel. Atendió prontamente la convocatoria:

(3) Nota del autor material: ver en el libro "Alborada Nueva" en el capítulo X El Edificio Central.

Jeremías, mi querido hermano, ha llegado el momento de que partas, a fin de acompañar el momento de la concepción de tu protegido. Sabes que debes quedarte al lado de él la mayor parte del tiempo, pero no estás impedido de volver a la colonia y mantener otras actividades, siempre que coloques como prioridad mayor tu asistencia a ese hermano. Sé que tú saliste muy bien en el último estadio del curso que hiciste en el Centro de Aprendizaje de la Luz Divina y creemos que conseguirás desempeñar con éxito tu papel.

No hace mucho tiempo que estuviste en la Costra, por eso, debes tener en tu memoria las informaciones suficientes para auxiliarte en la misión. Creo que ya fuiste orientado de que no debes, sin autorización, procurar a tu antigua familia; tú no debes mezclar las cosas y solamente cuando hubiera posibilidad y mérito, será permitido tal contacto. Me quedo feliz de verte partir, pues sé que eso te traerá gran ayuda en la senda del conocimiento, posibilitando, aún, que desempeñes una actividad de las más relevantes, que es el amparo directo a un encarnado en el plano físico.

¡Cuántos de nosotros parten todos los días para esa importante tarea que es una mezcla de actividad caritativa y también de aprendizaje!

¡Es verdad! Estoy feliz de poder auxiliar a un hermano, del mismo modo como fui cariñosamente asistido un día, por mi querido Protector, cuando estaba reencarnado en la Tierra. Confieso Cairbar, que estoy un poco inseguro; tengo aun emociones fuertes con respecto a mis queridos padres y hermanos, lazos materiales de mi última estancia en el planeta y, por eso, esa falta de autorización para volverlos a ver me pone en situación de ejercitar mi fuerza de voluntad para no ceder a mis impulsos sentimentales. Además, tuve conocimiento en lo tocante a la familia de mi protegido, pero no lo conozco con detalles, ni incluso tuve contacto con él en este plano ¿conseguiré vencer tales obstáculos? Mi voluntad de ver a mis antiguos familiares y mi falta de conocimiento profundo de mi asistido.

- Triunfarás, querido amigo, seguro que sí. Tú eres un compañero responsable, dedicado y con mucho interés. En tus estudios, siempre estuviste aplicado. Te resignaste con relativa facilidad cuando desencarnaste de modo violento, por el accidente de automóvil del cual fuiste víctima, en el plano físico, y conseguiste dejar una buena imagen a los parientes que quedaron. ¿Por qué no ibas a conservarte firme ahora? Además de eso, Jeremías, tú sabes que todos los aspectos de la vivencia deben ser experimentados por un Espíritu en evolución. La asistencia a un hermano encarnado forma parte del vivo deseo de progreso y de adquisición de conocimiento. Sé que tendrás deseos de estar con tus familiares, pero en ese momento, busca confortación en una oración y estaré a tu lado para ampararte. Además de eso, cuando llegue el instante adecuado, tendrás autorización para verlos. No te preocupes tampoco, con la falta de familiaridad con tu pupilo; tampoco él te conoce aun

profundamente, también estará tan inseguro como tú al recibir tus orientaciones.

- Pensé que solamente orientaríamos, como Guardianes, a aquellos que nos son afines...

- Por norma, sí. ¿Y quién dice que vosotros no os conocéis de otras existencias en el pasado?

- ¿Será posible?

- Tal vez, pero lo más importante no es eso. Tú debes dar lo mejor de ti a un hermano en Dios y no solamente a alguien con quien ya se hayan tenido anteriores lazos afectivos, fruto del contacto familiar material.

- ¿Es más difícil de ese modo, no? Sin tener una noción exacta de a quién vamos a ayudar.

- Diría solamente, que es más complejo. Tú tendrás la oportunidad de desarrollar el lado que todo Espíritu debe cultivar, que es el amor fraterno a su semejante, no importándole si es su pariente, amigo o no. En Mundos Superiores, Jeremías, tu amor habrá de ser universal y pleno. ¿No es hora de incentivarlo?

- Tiene razón. Sé que es lo más acertado para mí. Cuando reencarné la última vez, también encontré difícil mi tarea, pero no fue así. Estoy listo para partir. Le agradezco las palabras de estímulo y la confianza en mí depositada.

- Esa es mi función, amigo. Deseo que todos los habitantes de Alborada Nueva puedan contar directamente con mi apoyo para vencer sus momentos de inseguridad y sus dudas más íntimas.

- No en vano es nuestro estimado líder.

- Jeremías, vete tranquilo. Nuestros emisarios estarán listos para apoyarte y otras instrucciones recibirás a su debido tiempo.

- Hasta pronto, entonces.

CAPÍTULO III

Así fue la despedida de Jeremías de Alborada Nueva. No tardó en llegar a la Tierra para unirse a su protegido. Ese momento me trae bonitos recuerdos, pues me acuerdo de mi adorada Lucia y de mi estimado Adamastor, mis progenitores en mi último viaje por el planeta. La única diferencia es que Ícaro reencarnaba de forma compulsiva, de manera que no estaba consciente en el Instante de la concepción. Aun así, su Ángel Guardián se apostó fielmente a su lado. Cuando se unió el óvulo al espermatozoide, Jeremías siguió su recorrido cariñosamente, ayudando su fijación en el útero. Vio nacer los lazos materiales entre Juana y su hijo Ícaro. Se emocionó fuertemente.

Adormecido, el reencarnante no vio la llegada de su Protector, pero notó su presencia. En un pase revitalizador, Jeremías transmitió su amor al pupilo y él se tranquilizó en un sueño profundo. A partir de ahí la tarea no le fue fácil. El primer obstáculo surgido fue el hecho de que Juana, sin el menor apoyo del compañero, ya que no estaban casados, deseara abortar. No soportaba las condiciones extremadamente precarias de la chabola y el hecho de tener ya tres hijos la colocaban en una difícil situación. No tenía una sólida formación cristiana, ni tampoco recibió de sus padres una buena educación moral. Por tanto, Jeremías notó que, en realidad, el único impedimento para la interrupción abrupta del embarazo era el factor económico. Ella no podía pagar un aborto.

A pesar de la triste situación, fue la pobreza de Juana la que le impidió conseguir, a tiempo, recursos financieros para concretar su intento. Al principio, Jeremías se quedó desanimado por la despreocupación e inmenso desapego que la madre tenía con el futuro hijo; dudó en darle apoyo y se dejó influenciar por la situación. Sin embargo, como todas las cuestiones de la vida tienen dos lados, decidió ser ecuánime y buscó las razones que la llevaban a obrar de aquella forma. Estas debían existir.

Percibió que Juana era agredida por su compañero casi diariamente; a veces dejaba de ir a trabajar como limpiadora en una gran empresa porque quedaba seriamente marcada por las lesiones. Los tres hijos, todos pequeños, vagaban por la chabola sin rumbo y no era raro que no tuvieran cualquier alimentación durante el día. La presión espiritual no era diferente. El compañero, frecuentando determinados cultos que no le proporcionaban las enseñanzas cristianas, volvía habitualmente a la casa acompañado de diversos obsesores. Por eso, bebía cada vez más y no dejaba de pegar gratuitamente a Juana.

Jeremías se condolió y comprendió las razones que llevaban a la muchacha a tener aquellos pensamientos radicales. Auscultando en su interior, notó que ella se unía emocionalmente al niño engendrado, pero no tenía paz suficiente para dedicarse al embarazo por entero. Diametralmente opuesta fue mi situación. Lucía, mi adorada madre, se dedicó durante los nueve meses de mi gestación. Establecí con ella los mejores y más sólidos lazos afectivos a causa de eso. Ícaro no tuvo la misma suerte, pero nada ocurría por casualidad.

Cuando despertó de su estado de inconsciencia, percibió que estaba unido al cuerpo de la madre y quiso liberarse, al final, él no quería volver a la Tierra. No lo consiguió y se quedó perturbado. En ocasiones conseguía apartarse de su madre una determinada distancia, pero era detenido por el cordón que lo unía a ella. Me acuerdo que eso no ocurrió conmigo, porque reencarné espontáneamente, pude vagar con más libertad, apartándome de Lucía

cuando era preciso.

Jeremías intentó confortarlo. Se aproximó y buscó establecer contacto:

- Amigo mío, mírame, soy tú Ángel Guardián. Deseo ayudarte...

Ícaro no se movía y continuaba cabizbajo, sin volver la mirada a ningún sitio.

- Vamos a orar juntos y tengo la seguridad de que te calmarás. Comenzarás a percibir que estás en proceso de reencarnación, algo que ya no puedes evitar, debiendo pues, vivirlo del mejor modo posible.

Él no correspondió y el Protector hizo la oración en solitario, pero no por eso menos emocionado. El bálsamo de las vibraciones superiores que envolvieron a Ícaro no fueron suficientes para reducirle la amargura. Continuaba rebelde.

Los meses pasaron en esa rutina; en cuanto el Ángel buscaba a toda costa conmover al pupilo, él no correspondía. Se aproximó el momento del nacimiento. Otro obstáculo. Juana no tenía dónde, ni cómo dar a luz. Nuevamente los recursos económicos le presionaban el espíritu, dejándola intranquila.

CAPÍTULO IV

En una maternidad pública, después de la recomendación de un gerente donde trabajaba junto al hospital de la región, Juana tuvo a Ícaro, que pasó los nueve meses de gestación sin atender los pedidos y las súplicas de Jeremías. Muchas veces, el Protector estuvo en Alborada Nueva para rehacerse, pues creía que la misión que le fue conferida era muy difícil; su pupilo no correspondía a su amor. Cairbar le decía que bastaba con perseverar y todo se arreglaría para bien.

Así lo hizo. Se colocó al lado del pequeño bebé y no descuidaba su puesto ni un solo instante, velando por él. Lo miraba con inmenso cariño; era de tamaño diminuto, flaquito, y por debajo del peso normal. Cuando tenía hambre, al revés de llorar como hacían sus compañeros de nido, se ponía a chupar el dedo pulgar. La única enfermera responsable del sector, ante la falta de trabajadores del hospital, se desdoblaba en esfuerzos para controlar la caótica situación que allí se establecía, aunque con Ícaro ella estaba contenta, por su comportamiento ejemplar. Jeremías comenzó a observarlo con insistencia y notó que su actitud se debía a un complejo muy grande por haber sido rechazado por su madre en los primeros meses de embarazo. Sentía una opresión constante en el corazón y no se conformaba con la posibilidad de haber podido ser abortado. Por eso, se encerraba en sí mismo y exteriorizaba su aislamiento en actos como aquel. No quiere decir que toda criatura que se chupa el dedo, es o está rebelde, pero para Ícaro era su válvula de escape de la angustia que lo dominara desde las primeras semanas de gestación, hasta su nacimiento.

Jeremías, compadecido, se aproximaba al recién nacido y le daba, con cierta frecuencia pases reconfortantes. Comenzaron, entonces, a establecer algunos lazos más sólidos. El niño ya reconocía a su Ángel de la Guarda; los niños muchas veces tienen la mediumnidad y consiguen observar con naturalidad algunos aspectos del plano espiritual que a un adulto no le sería fácil, viéndolo, se divertía. Sonreía levemente y dejaba al mundo conocer su tan esquiva sonrisa.

La madre, lamentablemente, no lo amamantó. Alegando motivos laborales, volvió tan pronto le fue posible al trabajo, rechazando el permiso al que tenía derecho, pues temía perder el empleo. En verdad, ella no quería dedicarse al frágil Ícaro, que fue obligado a conformarse con los encantos de su Guardián. En los días en que permaneció en la maternidad era alimentado por la enfermera, pero tan pronto llegó a casa comenzó a percibir un mundo más hostil que aquel que imaginó a lo largo de su gestación.

Tuve mucha suerte por haber tenido una madre dulce como Lucía y un padre dedicado como Adamastor. Aunque enfrentamos problemas de tipo familiar o económicos, en realidad nunca me faltó el amor. Ese es el ingrediente fundamental en el crecimiento de un niño, desde la gestación hasta el final de la adolescencia. Además, en honor a la verdad, debo decir que el amor es el móvil de toda la vida del ser humano. ¿Qué adulto no aprecia y objeto de la atención ajena?

Ícaro recibió tal nombre de su padre. Él no se dedicaba mucho a la prole y, a pesar de estar constantemente desocupado, dejaba a sus hijos sin ningún tipo de orientación. Tenía tiempo, pero le faltaba responsabilidad para desempeñar su papel de padre en el hogar. Cuando el pequeñín cayó del fregadero, por primera vez, con dos meses de nacido aún no

había sido registrado. Imperturbable, creer que podía volar y el padre salió contando a todos los vecinos tamaña proeza, al final, le eran indiferentes los percances que le ocurrieron, comparados con su lastimoso estado de ociosidad, la profesora de la escuela pública, oyó al padre narrar con entusiasmo el vuelo del pequeñín, instándolo a llamar al hijo "Ícaro" a él le gustó el nombre y de esa forma lo registró.

El día de la caída, Jeremías estaba a su lado. ¿Cómo alguien podría colocar a un débil bebé encima del fregadero de la cocina? En sana consciencia, nadie lo haría, pero la realidad de la chabola donde vivía aquella familia era totalmente diferente de lo normal. No había espacio para todos en la pequeña casa y el niño precisaba de ser cambiado en algún lugar. Por tanto, sin miedo a equivocarse la más mayor de las hermanas, eran dos, contando con apenas diez años, tuvo a bien colocarlo allí mientras se dirigía al patio para buscar un pañal. Otro desenlace habría sido mera suerte pequeñín, sin moverse por cuenta propia, se escurrió por el jabón que había encima de la superficie mojada y se estrelló en el suelo.

Dicen que la cabeza de los niños es lo suficientemente dura para soportar las caídas... ¡No es verdad! Al contrario, ellas son bastante blandas para soportar golpes. En ese momento Jeremías no pudo ayudar, aunque lo intentase. No fue capaz de impedir la caída, aunque atenuó el golpe cuando la niña fue alertada por él citando el pequeñín caía del fregadero. Esa fue la primera victoria visible del Protector. Salvó a Ícaro de un mal mayor. Quedó feliz por haber podido colaborar y comenzó a tener mayor confianza en su función.

Suelen — la hermana más mayor — cuidaba del hogar en cuanto los padres estaban fuera. El padre salía muy temprano y pasaba por todos los bares del lugar, resultándole difícil volver sobrio a casa al final del día. Juana se dedicaba al empleo inclusive realizando horas extras, lo que le permitía medianamente sustentar a los hijos. Había dos criaturas más: Aguinaldo y Paloma; el primer con dos años y la segunda con seis. Ninguna de ellas frecuentaba la escuela con regularidad; pues no tenían orientación de los padres para eso.

Sin cariño, pero obstinado, Ícaro fue creciendo. Cuando comenzó a gatear, dio más trabajo a Jeremías. A esa altura, siempre que el Ángel llegaba cerca de la cuna, el muchacho, muy experta y sensitivo, comenzaba a sonreír. La madre y los hermanos pensaban que él miraba especialmente a alguno de ellos, sin embargo, estaban equivocados. Las sonrisas más sinceras que el bebé emitía eran para el Protector. Y fue correspondido.

CAPÍTULO V

Con el tiempo, Jeremías comenzó a percibir la influencia que los demás Espíritus, presentes en el mismo lugar, tenían en lo tocante a las personas de la casa. Cada uno poseía su Ángel Guardian sin embargo no todos les daban atención. Los padres -Juana y Antonio- poco oían los consejos de sus Protectores. Se dejaban llevar por las entidades inferiores que estaban a su lado. Distanciados de los pupilos, nada podían hacer por ellos y lamentablemente solamente las malas tendencias acababan por prevalecer, por otra parte, los niños escuchaban más los consejos recibidos de los Guardianes. La ingenuidad propia de la edad hacía que estuviesen receptivos a ellos, incluso porque había un esquema especial de protección contra la actividad de los obsesores.

Hasta que no alcanzan la edad de los dieciséis años, cuando el libre albedrío se hace pleno, los jóvenes son protegidos de las investidas de los Espíritus malignos. Algunos, mientras tanto, cuando pasan de los doce años, teniendo en cuenta el ambiente en el que viven, en contacto con las drogas o una vida descontrolada, pueden no oír a sus Protectores, pero aun así ellos trabajan incesantemente para evitar el asedio de las entidades inferiores.

En el caso de Ícaro, la única dificultad que había, era la presencia constante de entidades poco esclarecidas en el hogar, el ambiente era pesado y en ocasiones se tomaba el clima perturbador para los moradores encarnados. En esas ocasiones, Jeremías se colocaba al lado del niño y evitaba dejarlo solo por cualquier razón, cubriéndolo de cariño impedía la aproximación de cualquier Espíritu mal intencionado.

CAPÍTULO VI

El pequeño se volvió vivo y perspicaz, además de ser bastante sensitivo. Cuando comenzó a andar, empezó a tocar todo en la chabola y los peligros aumentaron. Para Jeremías, la misión estaba apenas comenzando, aunque él pensara que sería complicado evitar que el niño cayese en los más comunes obstáculos que existen para un niño en el mundo de los adultos. Desde el abrasador riesgo que inspira el fogón hasta la presencia de animales como las ratas, todo era un factor de preocupación para el Ángel Guardián.

Ícaro no facilitaba el trabajo de Jeremías, dado que se enredaba, como todo niño de su edad, con todo lo que no debía. Si gatear era un problema, se volvió casi un dilema el día a día de Jeremías cuando el pequeño inició sus primeros pasos; mientras tanto, todos los Protectores pasan por eso y fue en ese punto cuando los contactos entre los Guardianes, en el hogar de Ícaro, tuvieron inicio.

Cada uno de los niños tenía su Amigo Espiritual que, a veces, ayudaba al compañero en las tareas diarias.

- ¿Qué haces para contener a Aguinaldo? — indagó Jeremías a Mauricio, otro de los Protectores de los niños.

- Acostumbro a tranquilizarlo durante sus desprendimientos del cuerpo físico. Todas las noches, cuando él duerme, conversamos bastante.

- Pero él es receptivo...

- Sí, es verdad.

- No ocurre lo mismo en mi caso. Ícaro es muy rebelde; fue así desde la gestación.

- ¿Por qué ocurre eso?

- Rechazo. Desde que se sintió repudiado por la propia madre, él empezó a tener mucha dificultad para aceptar cualquier gesto de cariño, ni siquiera un consejo... cuanto más, un dialogo amigo.

- Pero yo lo veo sonriéndote una vez que otra.

- Él no se sonríe con nadie más, por tanto, de hecho, eso ya es una conquista, sin embargo, es muy poco para una convivencia que se prolongará por muchos años aún.

- Ten paciencia, amigo mío. Todo se resolverá. Intenta darle consejos a distancia, aunque aparentemente, él no los aproveche.

- ¿Cómo es eso?

- Mentalízalo durante el desprendimiento. Recuerda que, una vez suelto del cuerpo camal, el Espíritu tiene mayor libertad. Tus vibraciones e ideas llegarán con certeza hasta él y

alguna cosa será utilizada, aunque en el nivel subconsciente.

- Comenzaré a hacerlo hoy en la noche. Gracias por el consejo.

- Hazlo. Estamos juntos en esta experiencia. A propósito ¿tú lo elegiste cómo protegido?

- Pues (...), no directamente.

- Entonces no escogiste...

- No, pero Cairbar, nuestro líder de la colonia, me dijo que yo ya había estado con él en alguna época de mi vida pasada.

- Tal vez sea una prueba para ambos. Tú puedes estar protegiendo ahora a alguien a quien causaste algún mal en el pasado remoto. Por eso, repito, ten paciencia. El necesita mucho de tu amor y necesita que creas en él por encima de todo.

- Comienzo a reflexionar mejor sobre el asunto; tal vez yo mismo, sin que tenga consciencia de eso, también lo haya rechazado de algún modo. Voy a cambiar de postura.

- ¡Maravilloso! Podemos conversar siempre que tengamos una oportunidad. A veces trabajo fuera, pero no es frecuente. Aguinaldo es muy travieso y precisa de mí.

- ¿Qué criatura no lo es?

- La minoría. Por ejemplo, Suelen es una niña muy dulce. Cuida mejor de los hermanos que la misma madre y tiene solamente diez años. Nunca ha dado trabajo a su Protector y da muestras de responsabilidad por encima de lo normal. Fruto de la vivencia, querido amigo. Es un Espíritu más evolucionado que sus propios padres.

- ¡Pero ella es la hija! ¿No debería ser orientada por ellos?

- No siempre es el padre o la madre quien orienta a su hijo. Puede ocurrir que ellos sean orientados por las buenas actitudes de sus descendientes. La mayor evolución de unos sirve de guía para los otros.

- ¿Y por qué, entonces, ella necesita de un Ángel Guardian?

- Porque todos los tienen. Hay momentos de su vida en que ella piensa en desistir; su sufrimiento es tan grande que la niña sofoca su llanto y llega a enfermar de tanto dolor y tristeza. En esos momentos, nada como el amor y el cariño de su Amigo Espiritual. Cuando estamos encarnados, Jeremías, somos mucho más frágiles de lo que pensamos cuando estamos liberados de la materia.

- Nunca había pensado en eso.

- Si, esa es la pura realidad. Las entidades inferiores nos usan con mayor facilidad, porque los placeres de la carne superan, para los menos evolucionados, los beneficios de la rectitud

del carácter y de las orientaciones del camino cristiano.

- Es el interés inmediatista hablando más alto, ¿no?

- Sin duda, añadiendo a eso el materialismo que reina en gran parte del mundo físico.

- De hecho, hay muchos intereses girando en torno de los bienes materiales. Parece que el ser humano no ve otros valores en su vida a no ser esos.

- Tenemos que tener mucha dedicación y cuidado con nuestros protegidos. Ellos están inmersos en un mundo aún más cruel, que es el de la miseria. No es que eso sea un castigo, ni tampoco una prueba imposible de ser superada. Pero no por eso deja de ser dura y áspera. ¿Cuántos, menos fortalecidos espiritualmente, no abandonan la senda del bien? La necesidad material y la falta de solidaridad aun prevaleciendo en el mundo físico llevan a muchos encamados, menos evolucionados, a la pérdida de las enseñanzas cristianas. El ansia de enriquecimiento va cambiando el buen valor moral del espíritu por el fugaz e insípido valor de la materia; es algo que iremos a enfrentar con nuestros protegidos en breve.

- Estaré preparado.

- Enhorabuena, amigo mío. ¡Ah, debo irme! Aguinaldo se está desprendiendo... hasta pronto.

- ¡Hasta pronto! se despidió Jeremías con una sonrisa estampada en el rostro. Meditaba sobre las palabras amigas del compañero. Percibió que también estaba cometiendo errores referentes a su actitud con Ícaro y resolvió variar su comportamiento como protector, disminuyendo la impaciencia y aumentando el amor hacia el pequeño y su familia.

CAPÍTULO VII

La chabola era bastante precaria. Todo en su interior era improvisado. Juana y Antonio dormían en una cama de matrimonio con las dos niñas y los niños en una cuna incómoda y deteriorada, mal colocada, casi debajo de una gotera permanente. No tenían televisor, ni frigorífico. La comida diaria era escasa y poca. El suelo, de tierra batida favorecía la humedad y la entrada de animales e insectos, haciendo insalubre el lugar.

Estaban situados en un terreno público, con la incertidumbre de que, algún día, fuesen desalojados de allí. Las tablas con que construyeron la improvisada casucha fueron conseguidas en lugares diferentes, de modo que estas no tenían ninguna relación entre si había pues, espacios entre las piezas de madera, propiciando la libre circulación del viento.

En verano, aunque el aire se volvía más agradable, permitía la invasión de los insectos voladores, atraídos por la escasa iluminación existente. El calor intenso en esa época del año y las malas condiciones de la vivienda favorecían la indisposición entre los miembros de la familia.

Cuando era solsticio boreal, el frío se hacía intenso. El viento, las gotas heladas de la lluvia y la humedad constante hacían a la familia sufrir, en cuanto la salud de todos se resentía poco a poco. Aun así, Ícaro crecía rápido. Feliz, Jeremías comenzó un entendimiento mejor con su protegido. Atento a los consejos recibidos de Mauricio, había pasado a una actitud más blanda y receptiva en lo tocante al pequeño y, en poco tiempo, el sentimiento de rechazo que este tenía en su interior se fue perdiendo dando paso al amor que el Protector le estaba dedicando.

Si, por un lado, Ícaro y Jeremías se volvían más próximos, por otro lado, la familia no encontraba sosiego, pues los padres discutían continuamente y sus Ángeles protectores estaban distantes apartados, sin saber qué hacer. De esas contiendas en el hogar surgían problemas de salud para todos, en especial para la pequeña Paloma, cuya piel estaba cubierta de llagas por todas partes. En el centro de salud del barrio, decían los médicos que era una alergia de las más fuertes, aunque todos supiesen que los medicamentos no hacían efecto alguno y que la niña empeoraba cada vez que la paz doméstica entraba en colapso.

Los padres, no obstante, a pesar de ser ignorantes, tenían sensibilidad suficiente para detectar ese problema y percibían que ellos eran los causantes indirectos de la enfermedad de su propia hija, pero no estaban dispuestos a mejorar su comportamiento en el hogar, pues cada uno se creía poseedor de la verdad en cada discusión. Cuando había desacuerdo, las peleas se iniciaban e incluso con el llanto estridente de Paloma, estos proseguían hasta que uno de los dos dejaba la residencia fuertemente contrariado.

El Ángel que cuidaba de la niña estaba en una posición incómoda, ya que toda su dedicación no era correspondida por los padres y sabía que el cariño maternal es esencial para los niños en sus primeros años. No es tarea exclusiva del protector dar amor a su pupilo; los hijos esperan que sus padres les dediquen orientación y amparo.

Había consecuencias muy negativas para todos cuando las divergencias se presentaban en el hogar. Los pequeños sufrían mucho y los padres, acostumbrados a discutir, no

encontraban el equilibrio emocional necesario. Así transcurrieron los primeros años de la vida del pequeño Ícaro.

Al completar los cuatro años, era un golfillo de hacer gustos. Paseaba por la vecindad y era un especialista en hacer amistades en el barrio. Iba constantemente por el mercado, ayudaba a los comerciantes, hacía pequeñas triquiñuelas y le gustaba irritar a las hermanas. Suelen se mantenía en su posición de celadora de los intereses de los hermanos menores, en cuanto a Paloma, cada vez más angustiada con la indiferencia de los padres y la pobreza en que Vivian, se rebelaba. Aguinaldo se mostraba retraído, pero no daba preocupaciones. Jugaba y permanecía la mayor parte del tiempo solo.

Jeremías comenzó a ejecutar algunas tareas lejos de allí, atendiendo a las peticiones de Alborada Nueva. Mientras tanto, conociendo bien a su protegido, jamás se apartaba demasiado. Velaba por él con perfecto cuidado. El niño ya lo reconocía, pero no tenía una noción exacta de quién era. En el desprendimiento, ambos conversaban y todo se hacía más fácil; no obstante, cuando el niño estaba despierto tenía una vaga percepción de la imagen del Mentor. Acostumbraba a decir delante de familiares y amigos que tenía un amigo misterioso que lo cuidaba y le hacía todo cuanto él le pedía. Nadie le hacía caso, pues creían que era una fantasía de niño.

CAPÍTULO VIII

La época más difícil de la vida familiar ocurrió cuando Antonio cayó preso. Agredió tan seriamente a Juana que fue denunciado a la policía por los vecinos. Acusado de intento de homicidio y, teniendo en cuenta que ya poseía antecedentes por algunos hurtos que había hecho, terminó detenido. Su esposa estuvo hospitalizada varios días y, en esa ocasión como en tantas otras, Suelen cuidó sola de la casa y de sus hermanos menores.

Todo había cambiado. Los hijos, a pesar de no conformarse con la agresión a su madre, estaban inconformes con la prisión del padre. Aunque no lo considerasen un modelo de virtudes, lo tenían como la única referencia masculina a quien podrían seguir. Jeremías notaba la importancia de los lazos establecidos por la familia material (los lazos de la sangre). A pesar de las maldades y los desvíos de Antonio, este no dejaba de ser el padre de aquellos niños y ellos, de algún modo, lo veneraban por eso. Lo sentían distante, pero en el fondo soñaban con el día en que el padre los viera como los hijos, fruto de su amor y objeto de su plena dedicación. Era el sueño de cada uno de ellos; creo que es el de la mayoría de los niños con respecto a sus padres.

Paloma, rebelde como estaba, quedó peor. Casi adolescente, no se conformaba quedando bajo las órdenes de su hermana mayor. Se juzgaba inferior y no tenía por Suelen el mismo afecto que los niños le dedicaban. Fruto del pasado, naturalmente. En la familia, había Espíritus afines y otros apartados y, posiblemente, adversarios de otras existencias.

Jeremías buscó arreglarse con los demás Ángeles — Mauricio, Odilon y Vanio, respectivamente Protectores de Aguinaldo, Paloma y Suelen — para obrar al unísono mientras Juana estaba ausente del hogar. Los hijos del matrimonio eran frágiles y sensibles; cualquier obsesión que se instalase en aquella época podría serles extremadamente dañina.

No todo ocurrió como fue planeado. Los niños correspondieron a la unión de los Guardianes y se dejaron guiar con sus orientaciones. Suelen, pacífica por naturaleza, cedió también a los consejos de Vanio. Paloma, no obstante, ignoró por completo la mediación de Odilon. Siendo aún muy niña, ya demostraba una personalidad fuerte y determinada, obstinada y altiva. Repudiaba cualquier amparo proveniente de la hermana y se creía sola en el mundo. A los hermanos los despreciaba por completo desde el nacimiento. Tenía ojos solamente para los padres que, por ironía, nunca se ocupaban de ella. Su problema de piel se hacía crónico y no hubo otra alternativa sino convivir con el mal.

El estado de la madre se agravó. Una costilla fracturada le había perforado un órgano vital y una hemorragia le restaba las fuerzas. El hospital público, de pocos recursos, obraba a su manera y con desmedido empeño para salvarle la vida, aunque estuviese cada vez más distante un desenlace positivo.

Los niños tenían únicamente una tía — hermana de Juana — que vivía en San Pablo. El resto de la familia era del norte del Estado de Minas Gerais. Respondiendo al llamado de urgencia, Olegaria fue al hospital para saber del estado de salud de la hermana. Después, en lugar de obrar cuidadosamente, visitó el hogar donde los niños guardaban ansiosos las noticias y les dijo lo peor que podría ocurrir con su madre.

Jeremías, oyéndola hablar, colocó inmediatamente las manos en los hombros de Ícaro y le transmitió sentimientos de solidaridad, además de vibraciones calmantes. Los Ángeles quedaron consternados, pues sabían lo que les podría pasar a los niños.

Terminada la intervención, Olegaria les comunicó a los niños que, si ocurriera lo peor como era de esperarse, no tenía espacio en su casa para acogerlos a todos y que algunos tendrían que ir a un orfanato. Las lágrimas caían abundantemente de los ojos ingenuos y sufridos de las criaturas.

¿Por qué existían personas tan insensibles? — pensó Jeremías. Todo podía ser dicho, pero en su momento y cuando fuese posible de asimilar. Pocos minutos después, Paloma salió corriendo por las estrechas calles de la chabola, desorientada, vagaba sin rumbo, hasta que desapareció de la vista de todos sus hermanos y vecinos. Ícaro, abrazado firmemente a Suelen, sollozaba sin parar. Pequeño aún, percibía lo que pasaría en su vida. Aguinaldo se desligaba casi por completo y se arrinconó en un lugar de la casucha, jugando con palitos de fósforo quemados como si estuviese viviendo en otro mundo.

Olegaria demostrando total indiferencia ante la grave situación en que se encontraban los niños, partió enseguida a su casa. A partir de ese momento fue muy difícil asegurar la tranquilidad en aquella casa, pues los niños no tenían ningún apoyo de su familia y solamente los Guardianes obraban con intensidad para apaciguar el sufrimiento reinante. Dos días después de ese trágico incidente, Juana alcanzó un estado preocupante y nuevamente el hospital llamó a la hermana. Esta, alegando compromisos inaplazables, no compareció.

Paloma, que dejó el hogar, de algún modo consiguió llegar al hospital y apareció de forma imprevista en la enfermería, donde su madre estaba reposando. No existía control de entrada o salida y le fue muy fácil ingresar en el recinto. Aproximándose a la cama, suavemente tocó la mano de Juana, que estaba sedada. Inmóvil, la madre no le correspondió la caricia. Acostumbrada, no obstante, a la indiferencia, pero deseando exteriorizar su amor a cualquier precio, la niña comenzó a tocar los dedos escuálidos y macerados de la moribunda. Allí permaneció horas y horas. Nadie la retiró, pues incluso no percibieron su presencia. Había una sola enfermera para cuidar de toda una planta de enfermos terminales, de modo que no existía asistencia específica a los enfermos.

Recordando los años que vivieron juntas, Paloma hablaba sola y le decía a la madre cuanto la amaba, aunque ella no fuese capaz de oírla. Quería estar a su lado eternamente, pero sabía que no era posible, pues la tía Olegaria le había dicho que iba a morir en cualquier momento. Balbuceaba la niña:

- Mamaíta, te pido que no me dejes...Te quiero y te necesito. No me dejes...

Juana estaba llegando a su final, pero tuvo un instante de lucidez, providencial ante aquella súplica infantil. Abrió los ojos, aunque el ardor provocado por la fiebre alta le impidiese mantenerlos totalmente abiertos, mirando a la niña dijo:

- Hija, que bueno volverte a ver... ¿Cómo están tus hermanos?

- No sé, ni me importa. Te quiero a ti mamá.
- ¿Suelen está cuidando de vosotros? — insistió la madre.
- Mamá... mírame, estoy aquí. Vámonos ahora para la casa.
- No puedo ir, Paloma. Estoy muy enferma. ¿Tú estás bien?
- ¿Cómo podría? Estoy sola.
- ¿Y tus hermanos? ¿No están contigo? No quiero saber de ellos. A mí sólo me importas tú y papá. ¿Dónde está él? Dicen que está preso.
- Yo no quería eso, hija. Pero él no supo controlarse... No estés triste.
- Mamá no voy a ir más a la escuela mientras no vuelvas a la casa.
- Paloma, continúa con tus estudios... Tú necesitarás de ellos para no ser como yo...
- Quiero ser como tú.... Por favor, vámonos ya para la casa.

Juana cerró los ojos sin conseguir mantener el diálogo. Adormeció por causa de la fiebre y los sedantes. La niña se quedó a su lado durante toda la noche, hasta que, por la mañana, una enfermera percibió su presencia en la habitación y la hizo salir de allí, pidiendo a un conductor de ambulancia que la llevase a su casa. En principio ella estuvo muy tranquila, pero durante el trayecto a su casa, saltó del coche y se perdió en la calle. Nunca más fue vista. La madre no resistió las infecciones causadas por las heridas sufridas y dejó el mundo material aquella misma tarde.

La noticia llegó a la chabola, nuevamente a través de la tía Olegaria, quien no tuvo compasión ni sensibilidad con los niños. La vida fue volviendo rudo el temperamento y el corazón de los niños. Antonio, teniendo conocimiento de la muerte de Juana, sólo lamentó el hecho de que su crimen sería aún más grave. No saldría pronto de la prisión; en los hijos, ni pensó.

Suelen, Aguinaldo e Ícaro estaban desprotegidos. Jeremías, en ese momento, se desdoblaba en cuidados en lo tocante al benjamín de la familia, estando a su lado todo el día, sin ninguna pausa o interrupción. Algunos días después de lo ocurrido con Juana, una asistente social compareció en la chabola, acompañada de dos comisarios enviados por el juez, para recoger a los tres niños, llevándolos a una institución gubernamental, ya que los vecinos avisaron a las autoridades sobre la orfandad en que se encontraban los pequeños.

Suelen, la mayor, no conseguía comprender la razón por la cual estaba siendo separada de sus hermanos e intentó tejer argumentos a la asistente social que la llevaba para un lugar donde sólo existían niñas desamparadas. Los menores no conseguían dialogar con los comisarios, pero lloraron lo suficiente para conmover a los circunspectos señores. Sin embargo, y a pesar del llanto, los hermanos fueron separados sin lograr saber si volverían a verse.

CAPÍTULO IX

Ícaro y Aguinaldo fueron enviados a una institución que acogía a menores necesitados y abandonados. Llegaron cabizbajos y humillados, sintiéndose una vez más desprotegidos por los padres y sin comprender por qué la vida les reservaba tanto sufrimiento y soledad. No pronunciaron palabra alguna al entrar en el enorme dormitorio donde tendrían que vivir en el futuro.

Este es vuestro nuevo hogar... — les dijo una empleada de la Casa. ¿Cuál es tu nombre? — pregunto a Ícaro.

El niño se calló.

- No oí... — insistió la empleada. Él se mantuvo callado y obstinado.

- Si tú no me dices tu nombre -le dijo la responsable- Vamos a empezar muy mal nuestra relación.

Aguinaldo, más calmado y menos desanimado, a causa de su costumbre de aislarse, cuando algo malo le ocurría en su vida, resolvió responder.

- Yo me llamo Aguinaldo...Él se llama...

Ícaro le dio un puntapié, mostrando su contrariedad por no querer que su nombre fuese revelado por el hermano. Entendiendo el mensaje, la empleada se volvió al más pequeño y repitió:

- Si no me quieres decir tu nombre, no me lo digas, pero no impidas a tu hermano que lo haga.

El pequeño la miró fijamente y dijo:

-Julio.

- ¿Es tu nombre? ¿Julio?

Él se quedó quieto, mientras Jeremías se estremecía por la mentira dicha.

- Muy bien, Aguinaldo y Julio, allí están vuestras camas y armarios, ahí encontraréis toallas limpias y jabones. Cuidad de lo que os estamos dando, pues seréis responsables por eso. Vuelvo en una hora para llevaros al comedor. Lavaos y estad listos.

Nunca antes nadie les enseñó cómo bañarse solos o incluso como usar un jabón. En la chabola, el baño era tomado en medio de la calle, cuando llovía o con ocasión de algún juego en la charca que había cerca. El jabón no lo conocían. Pensaban que era una forma diferente de decir "jabón", a algo que, a veces, su madre compraba. Cuando la empleada salió, Aguinaldo se volvió al hermano:

- ¿Por qué mentiste?

- No te interesa. Eso es problema mío. Ella se va a enfadar.

- ¿Y?

- Puedes tener problemas.

- ¿Y?

- Nada. Es problema tuyo.

- Entonces, es eso, problema mío.

La arrogancia de Ícaro comenzó a hacerse presente muy pronto y no tardó mucho en traerle problemas. Esta actitud preocupaba a Jeremías Mirando las fichas de ingreso en la secretaría, la empleada se puso iracunda, tomó una ficha en la mano y entró en el dormitorio, dispuesta a hablar con el rebelde:

- Pues bien, Sr. Julio, vamos a comenzar a conocernos mejor—le dijo dándole un primer golpe con un látigo improvisado. El pequeño sintió el golpe y comenzó a llorar. Jeremías intentó intervenir, dando buenos consejos a la empleada, pero ésta se encontraba dominada por un obsesor bastante influyente, no prestándole oídos.

- Existen algunas reglas en esta Institución — continuó la empleada — que deben ser seguidas a toda costa, mocoso.

Y nuevos y continuos golpes fueron dados a Ícaro. Al principio, él lloró, pero luego contuvo las lágrimas y pasó del dolor a la ira, concentrando en el odio su fuerza para soportar la paliza que le daban. El obsesor de la muchacha, viendo campo libre para obrar, envistió contra el niño. En ese momento, Jeremías obró, colocándose delante de la entidad oscurecida.

- ¿Qué es eso? — gritó la criatura espiritual.

- ¡Deja al niño en paz! Si ella te acepta, él no tiene la culpa. No voy a permitir tu acceso a una criatura indefensa.

Con la fuerza de su pensamiento creó una protección alrededor de su pupilo, y lo dejó aislado de la entidad oscurecida. El obsesor no insistió, pues sabía que no podía romper la protección creada por el Mentor. Finalizada la agresión, con heridas visibles, Ícaro se escondió debajo de la cama y de allí no quería salir ni para comer. Aguinaldo se fue con la empleada. Totalmente solo, Ícaro se durmió para no sentir los dolores provocados por las heridas. Desprendido, desde lo alto, miró su cuerpo inerte sobre la cama, las lesiones que éste presentaba le provocaban indignación, y permaneció en el ambiente sin saber qué hacer. Jeremías se aproximó.

- Ícaro, soy yo. Mírame. El pequeño lo atendió.

- No seas rebelde. Ella no consiguió controlarse; quiso darte un correctivo, porque tú le mentiste. Intenta perdonarla.

El pupilo bajó la cabeza y se volvió para un rincón del cuarto. Demostraba que no deseaba hablar con nadie. Comprendiendo lo que pasaba, el Guardian se resignó y se quedó a distancia enviándole copiosas vibraciones de amor.

CAPÍTULO X

Los días que siguieron no fueron diferentes del primero que Ícaro pasó en la Institución de acogida. Palizas diarias, insubordinaciones, falta de afecto y poco cariño, amistades falsas y muchas disputas, eran las características que imperaban en aquel lugar. Creció, por tanto, rodeado de malos ejemplos y sin la menor base cristiana.

La violencia lo seguía por todas partes; si no estaba agrediendo a alguien, era ofendido por otros. Sin base cristiana y sin orientación ¿cómo hacer para desarrollar en un niño su lado positivo, apartando lo negativo? — pensaba Jeremías. Al final, los seres humanos son criaturas en desarrollo, que traen muchas malas tendencias a lo largo de siglos; precisan del esfuerzo de los padres para cambiar el cuadro negativo de sus existencias, necesitan de profesores dándoles buenas enseñanzas, requieren de mucho amor y cariño para fortalecer el lado bueno que todos llevan consigo en su interior. Pero, siendo unos niños rechazados desde el nacimiento, sin contar con alguna orientación de los padres y profesores, sin frecuentar la escuela, en fin, no contando con elementos positivos en su formación de carácter y personalidad ¿cómo exigir de esas criaturas, cuando sean adultos, afabilidad, dulzura, paz y equilibrio? Es evidente que a nadie le es dado ser malo, porque no se le enseña a ser bueno. En verdad, todos poseen en el corazón las directrices básicas de lo que es correcto y de lo que está errado. Así, independientemente de recibir o no educación, puede el ser humano distinguir entre el camino cristiano y el camino equivocado. Ese discernimiento, no obstante, es más eficaz en aquellos que poseen mayor desenvolvimiento espiritual, ya que Espíritus me menos preparados, menos esclarecidos, difícilmente consiguen discernir entre el bien y el mal sin la tutela de alguien más experimentado y sabio.

Necesitarán de experiencia para alcanzar puntos de su existencia que podrían ser conseguidos con la simple actuación de los padres o de familiares. Esa es, además, la función de la familia material: dar orientación a los hijos para que opten, más fácilmente, por el camino correcto desde el principio.

Los niños que sufren violencia a lo largo de su infancia, que viven sobresaltados para sobrevivir a las agresiones y a las crueldades a que son sometidos, que poseen míseros bienes substraídos a otros, sin que consigan obtenerlos por la injusticia del sistema social y económico en el cual están inmiscuidos, en fin, a esos niños que crecen impulsados por el odio y por el rencor, no se les debe exigir la misma disciplina y la misma mansedumbre que se pide a aquellos que tienen todo el amparo de los padres y se desarrollaron en ambientes justos y cristianos. Con ellos debe la sociedad ser benevolentes, procurando darles, aunque sean adultos, la orientación que dejaron de tener cuando eran pequeños e inmaduros. Esa fue la experiencia que Jeremías extrajo acompañando a Ícaro, a lo largo de su infancia y adolescencia.

CAPÍTULO XI

Al alcanzar los trece años, Ícaro era un muchachote nervioso. Otra no podría ser la solución encontrada por su organismo para rechazar la virulencia social a la cual fue sometido durante casi una década, tiempo que junto con su hermano llevaba internado en aquella institución, sin recibir ninguna visita, ni incluso volvió a ver a sus hermanas o a su padre. El único contacto con sus lazos familiares estaba reducido a Aguinaldo, que se mantenía a su lado todo el tiempo.

Antonio fue condenado por el homicidio practicado contra su esposa y nunca más se recuperó, ya que, en la prisión, terminó cometiendo otra infracción contra la vida y una nueva condena le fue imputada. No tenía esperanza de dejar la cárcel pronto y nunca más volvió a preocuparse de sus hijos.

Suelen terminó empleándose en una casa de familia y calmó su interior trabajando con vigor la mayor parte de su tiempo. Visitaba, una que otra vez, a su tía Olegaria y soportaba de ella todas las ofensas y agresiones por el sencillo placer de estar en contacto con algún pariente. Tenía miedo de buscar a los hermanos, pues temía ser rechazada por ellos, por otro lado, no sabía por dónde comenzar a indagar por su hermana Paloma, pues los vínculos con ella se cortaron cuando ésta abandono la chabola e ignoraba su paradero. Paloma continuaba desaparecida, sin dejar rastro alguno.

CAPÍTULO XII

En la institución, donde estaban internados los hermanos, predominaba la violencia, por parte de los internos y, sobre todo, de los funcionarios, bajo la vista complaciente de los dirigentes. Allí se creía que, al tratar con niños y adolescentes desamparados, estaban lidiando con infractores y mal educados de todas las clases sociales. Esa es la gran equivocación de las instituciones encargadas del cuidado de los menores necesitados que dirigen su orientación interna hacia la violencia.

No se puede combatir la carencia afectiva y abandono educacional con odio y agresiones. Si esos niños son más rebeldes o menos educados que otros, provenientes de familias estructuradas, se debe tener en cuenta que no es culpa de ellos la falta de asistencia en todos los aspectos de su vida. Sufren las consecuencias de años de desprecio e indiferencia que aprendieron de los adultos y, en especial, de su familia física. Por otro lado, hay muchos niños y adolescentes amparados por sus familias que son iguales o peores que los internados en las instituciones.

Ícaro y Aguinaldo jamás optaron por estar lejos de su madre y de su padre. Enfrentaban una dura prueba en su existencia y necesitaban de apoyo para vencerla. Sin familia y sin orientadores amorosos, dependían de los funcionarios y dirigentes del lugar donde fueron internados para hacerse oír, para recibir amor y consideración y, finalmente, para estructurar su personalidad, fortaleciendo el carácter.

Jeremías tenía plena noción de esa necesidad y se volcaba en Ícaro con frecuencia para apoyarlo en ese sentido. El joven lo oía cuando estaba de buen humor y lo rechazaba en los momentos de crisis.

Bajo la influencia de malas compañías, enfrentó serios problemas cuando ya no bastaba la asistencia del Ángel protector. Su libre albedrío estaba en vías de volverse pleno, lo que ocurriría a los dieciséis años, de forma que el mentor poco podía ya influir en su existencia

CAPÍTULO XIII

Ícaro huyó del internado cuando cumplió quince años. Pasó allí una buena parte de su vida sin acompañamiento específico, ni orientación moral y espiritual. A pesar de los consejos del Protector, sus impulsos fueron determinantes y el muchacho, relacionándose con otros muchachos de la misma edad, más agresivos y pasionales que él, terminó enfrentándose con las orientaciones cristianas recibidas de su Protector.

Se sintió muy aislado durante el tiempo que pasó en la Institución, pues nunca más vio a sus padres, ni a sus parientes que pudieran recordarles la importancia de los lazos familiares. El único que lo acompañaba era Aguinaldo, su hermano que, se presentaba pasivo delante de la vida y no mostraba reacción a las contrariedades que se le presentaban. Ícaro lo condenaba por eso. En cuanto él era un niño rebelde, cuestionador y nada sumiso, el hermano se mostraba complaciente y tranquilo, acatando órdenes sin protestar y dejándose llevar por los días de reclusión.

Parecía no tener sueños o fantasías, jugaba cuando podía y se divertía cuando le era permitido. Así de adaptado, según Ícaro, parecía un ser robotizado sin ninguna facilidad para convivir sanamente. Era así su temperamento, no cambiaba fácilmente, aunque se hicieran tentativas para alterar su esencia. Es natural que su corazón sufriese las mismas amarguras que los niños de su edad, en la misma situación. Mientras tanto, él las canalizaba de un modo diverso que la mayoría. Su introspección era su fuga de la realidad y su apatía la defensa que tenía contra los ataques sufridos a cada instante.

Crecer en una institución, sin apoyo de la familia y privado de orientación y cariño, no es fácil para un niño, de forma que Aguinaldo tenía su método de aislarse de ese ambiente hostil en el cual estaba inmerso.

Nunca había culpado a sus padres, además nunca hablaba de ellos; obraba como si hubiese sido concebido por seres irreales, fantasiosos e inexistentes. En su interior, aun así, era destrozado por las imágenes de la infancia cuando recordaba en la soledad de su cama los momentos pasados con los padres y hermanos en su hogar que, a pesar de ser miserable, era la única cosa que tenía realmente suya.

Un día posiblemente, sacaría hacia fuera su angustia y su inconformismo silencioso, pero hasta entonces no conseguía convivir armoniosamente con el hermano, mucho más impulsivo y rebelde.

Cuando Ícaro se asoció a Rui y Carlos, niños de la calle, criados en ambientes hostiles, que habían sido llevados al internado para evitar que continuasen cometiendo pequeños delitos en la vía pública, se grabó una marca imborrable en su vida.

Jeremías no cesó de darle los más serios y vehementes consejos, pero fueron todos rechazados. Entristecido delante de su pupilo, resolvió acompañar sus pasos para serle útil en lo que pudiera. Y los Ángeles siempre son útiles, una que otra vez. El más maligno de los encarnados necesita de la ayuda de su Protector y, cuando menos lo espera, está siendo atendido por él.

¿Quién no pasó por momentos, en su existencia material, en que no oyese una voz extraña hablándole al oído para seguir este o aquel camino? ¿Quién no se libró de problemas serios, simplemente oyendo la voz de su conciencia? ¿Cuántos no evitaron males terribles, dejándose llevar por el instinto natural que brotó de su corazón? Todas esas situaciones son causadas por los consejos amigos de los Ángeles Guardianes.

CAPÍTULO XIV

Por más que Ícaro lo intentase, no conseguía ser igual a los demás compañeros, sumergidos en la vida mundana, ladrones muy astutos y de mal carácter. También poseían Protectores, pero estos estaban bien apartados porque no conseguían aproximarse a sus pupilos, en aquellos momentos, envueltos por criaturas tenebrosas. Eran más mayores que Ícaro contaban diecisiete años.

Después de la fuga, vagaron por las calles del centro de la ciudad hasta conseguir alcanzar un hotelillo vulgar que daba cobijo a prostitutas y marginales de la región. Allí, Carlos reencontró a su amante, una mujer de más edad que él, quién lo había seducido muy joven y con el cual deseaba vivir maritalmente. Para la mente perturbada de aquella mujer ésta sería la situación ideal, pero para el muchachito, Rosamaría significaba momentos de placer fugaz y amparo financiero momentáneo. Ingresaron en ese pesado ambiente saturado de malos fluidos e Ícaro se sintió inicialmente mal, pero luego superó su primera impresión, motivado como estaba por sus amigos.

- ¡Rosita, dulce Rosita, abre la puerta! Soy yo, Carlos. Estoy de vuelta.

La mujer entreabrió la puerta y, manteniendo la cadena puesta, los miró con cierta desconfianza.

- Entonces, ¿no me reconoces? No hace tanto tiempo, mujer. ¡Abre la puerta, vamos!

- Carlos, hace dos años, que tú me dejaste. ¿Piensas que es poco, para ahora querer volver?

- Estuve preso, y tú lo sabes muy bien. No tuve la culpa cuando los policías me llevaron... Después fui a parar a aquella maldita Institución. Tú la conoces, ya que fuiste una vez.

Ella recordó rápidamente y reconoció que la separación había sido imperiosa. Decidió abrir la puerta, y tan pronto lo hizo, abrazó emocionada a su enamorado. El correspondió con cierta repulsión, pero no lo dejó percibir.

- Esos son mis amigos, Ícaro y Rui.

- Me acuerdo de Rui. Y ese otro, con cara de bobo, ¿quién es?

Ícaro pensó responder, pero la rápida intervención de Carlos no le dio tiempo.

- Otro amigo. Y si es mi amigo, es tuyo también. ¡No seas estúpida!

Ella asintió, indiferente.

- Necesitamos cobijo. ¿podemos quedarnos aquí, no?

No, no podéis — respondió secamente. Tengo que recibir a mis clientes. ¿A dónde voy a llevarlos si os quedáis aquí?

- Llévalos a otra habitación o a otro hotel.

- ¿Para ti todo es fácil, no Carlos? ¿Qué haces para ganarte la vida? Nada, a no ser robar. Es lógico que no entiendas mis problemas. Me quedé dos años sin tu presencia y tengo ahora muchos clientes fijos. No puedo abandonarlos así...

- Mira, dulce mío, es por mí, no es por cualquier cosa.

- ¿Y cuánto tiempo te quedarás esta vez? ¿Dos días, dos semanas, dos meses?

- Lo que importa es que los momentos sean intensos mientras esté aquí. Además, Ícaro necesita iniciarse...Tú bien le podrías ayudar.

Ella observó al muchacho y no lo encontró despreciable. Movi6 la cabeza, mostrando indiferencia y se encogió de hombros. Jeremías decidió interferir, soplando un consejo a Ícaro:

- No te quedes aquí. Sé que la vida en el internado es difícil, pero tú no tienes idea de cuanto peor es ese mundo de la calle al cual estás ingresando.

Él se sintió inc6modo con aquella advertencia y empez6 a reparar en el ambiente. Se trataba de un cuartito de hotel de segunda, situado en un barrio marginal de la capital, escaso de muebles y con pocos utensilios dom6sticos. Una cama de matrimonio ocupaba casi todo el espacio de la habitaci6n y una l6mpara vieja, con una c6pula de tejido pulido, iluminaba el ambiente con dos bocas de luz, una amarilla y otra roja. En el rinc6n estaba una c6moda repleta de ceniceros llenos de colillas, varios preservativos, algunos usados, y objetos de uso femenino, tales como, l6piz de labios, polvos, cremas hidratantes, etc.

El suelo estaba forrado con una moqueta inmundada, llena de manchas de las m6s diversas tonalidades, y contrastaba con el espejo inmenso que ocupaba casi toda la pared. Había una ventana, cuya visi6n nada tenía de apacible, y una puerta interior que llevaba al baño. En éste, la mujer mont6 una pequeña cocina, que escondía cuando la clientela llegaba por la noche para los programas. No era preciso destacar que la vida, en aquel lugar, era insalubre y áspera. Aun así, se quedaron los cuatro juntos en el mismo cuarto, al menos por esa noche. Al día siguiente, conseguirían dinero para costearse el propio cuarto.

Saliendo a la calle, sobre el medio día, los tres sintieron hambre y no tenían cómo comprar comida, ya que no disponían de recursos. Carlos no lo dud6 y sugiri6 que tomaran dinero "prestado" de alguien. Rui comprendió lo que él quería decir y estuvo de acuerdo, en cuanto Ícaro, totalmente inexperto, nada contest6. El hambre era mucha y él precisaba comer alguna cosa, de cualquier modo.

En pocos minutos, Carlos arrebat6 el bolso de una transeúnte y sali6 corriendo, haciendo que el aire de sus pulmones bombease incesantemente su agitado coraz6n fugitivo. Cuando se crey6 seguro, llam6 a sus amigos y fueron todos a dividir las ganancias debajo de una marquesina de los fondos de un edificio comercial. Lo recaudado fue lo suficiente para pagar la comida de los tres, pero aún no era lo bastante para pagar el cuarto del hotel. Volvieron a la calle, esta vez unidos, envistieron contra un seño mayor, arrebatándole sus

pertenencias y abandonando el lugar rápidamente. Todo les estaba saliendo fácil y a Ícaro aquella vida libre, sin amarras, ni muros a su alrededor, comenzó a gustarle.

No robaron más aquel día y volvieron pronto al hotel. Carlos pidió una habitación para los tres y, cuando estaban acomodados, fue a encontrarse con Rosa María, con quien pasó la noche.

Ícaro y Rui se quedaron charlando hasta la madrugada y se durmieron sobre las cuatro de la madrugada. En el desprendimiento, la primera figura que Ícaro vio fue a su Ángel Protector, colocado a su lado, indagándole solamente con la mirada una explicación para lo que hizo durante el día. Él entendió la reprobación que salía de su rostro e, inicialmente, se avergonzó. Pero no dijo nada.

- Ícaro, amigo mío ¿por qué hiciste eso? Te falta un tanto así para que te vuelques ahora al mundo del crimen qué es más peligroso de lo que imaginas y nada constructivo en tu existencia.

- Sí, abuelo — él acostumbraba a llamar así a su Ángel desde pequeño — es muy dura la vida en este lugar. Nunca tuve amigos de verdad, ni cariño de nadie. Ahora por los menos, tengo dos personas a las que les importo. ¿Eso no es bueno?

- A ellos no les importas verdaderamente. Quieren, apenas, usarte para los actos incorrectos que hacen y están por hacer. Son más mayores y experimentados que tú. Han vivido una parte de su vida de la cual tú no tienes ni idea. Sus Protectores tuvieron que apartarse de ellos porque las entidades inferiores que los cercan son muchas y ellos, infelizmente, las oyen. No quiero que eso ocurra contigo. No permitiré que te envuelvas en esa trampa.

- ¿Y qué harás para impedirlo?

- No sé Ícaro. Si tú me ayudases, tal vez sería más fácil.

- Yo no quiero ayudarte, porque me gusta esta vida. Estuve preso mucho tiempo y nunca recibí una sola visita. Mis hermanas desaparecieron y mis padres también. Soy un desgraciado y las personas como yo, necesitan de otras en igual situación para tener un mínimo de afecto. Tú no entiendes esto.

- ¿Cómo no, Ícaro? ¿No somos amigos de hace mucho? ¿No estoy a tu lado siempre? ¿No ves que te amo mucho y quiero solamente tu bien?

- ¿Por qué tú me amas? No soy nada tuyo. Quería ser amado por mi familia y no lo fui. No necesito de tu amor.

Experimentado y mucho más paciente, Jeremías replicó:

- No pido que me aprecies del mismo modo que yo te amo. No me importan tus agresiones. Deseo tu bienestar, tu felicidad verdadera y no descansaré mientras no te demuestre que estás en el camino equivocado.

- ¿Qué puedo hacer para tener comida y abrigo? Estoy en la calle ¿te acuerdas?
- Porque quisiste. Tú nunca estuviste sin comida y un lugar para dormir. Fue tu elección. Vuelve a la Institución.
- Nunca. Ellos me maltratarían mucho si volviera. No les gustan los fugitivos como yo. ¿No viste lo que hicieron con Carlos y Rui cuando ellos llegaron? Porque eran fugitivos de otras instituciones los apalearon los primeros días. ¿Encuentras eso justo?
- No, Ícaro, de hecho, es imperdonable que se agreda a los niños. No, no hay justificación para eso, pero, por otro lado, tu eres casi adulto. Podrás comenzar a trabajar en poco tiempo y seguro que encontrarás un trabajo lícito.
- Tú no puedes prever el futuro. Además, no veo futuro para mí.
- Tu hermano está muy triste, le gustaría mucho volverte a ver.
- Él es un apático, un soso; nunca lo vi reaccionando ante nada. Pienso que ni sabe que soy su hermano.
- Tú sabes que no es verdad. Aguinaldo te idolatra, pero lo hace a su manera. Cada cual tiene una forma de expresar sus sentimientos. ¿Acaso te crees perfecto? ¿No te das cuenta que precisarías ayudar también a tu hermano a salir del círculo en el cual se metió para huir de las tristezas que rodean su mundo?
- Es muy fácil hablar, pero lo difícil es hacer, abuelo. No me digas lo que tengo que hacer, porque tú nunca pasaste por lo que estoy viviendo. Lo que ocurre a los demás es más fácil de soportar.
- No es así. Si yo no tuve las mismas experiencias que tú, no significa que no haya tenido otras, tal vez hasta más difíciles de soportar. ¿Por qué tú no me concedes al menos el beneficio de la duda?
- Porque necesito decidir mi rumbo y ya no tengo ni tiempo, ni paciencia para cambiar de idea a cada momento. No puedo volver a un lugar donde fui muy infeliz.
- Ícaro, tú no sabes aun lo que es la infelicidad. Conocerás el verdadero sufrimiento dentro de poco si persistes en la vida que has elegido. Quiero evitar que eso ocurra. Por favor, óyeme.
- No quiero, déjame en paz. Allí no vuelvo.

Jeremías no insistió más. Lo dejó tranquilo en su desprendimiento perturbado, durante un sueño intranquilo, lleno de reflexiones e inseguridad. Se recogió a un rincón del cuarto y comenzó a orar. Pidió a Jesús que le enviase una luz, pues ya no sabía cómo obrar con el pupilo. Fue atendido en sus súplicas y recibió autorización para volver a Alborada Nueva, a fin de recibir nuevas instrucciones.

CAPÍTULO XV

Introduciéndose en la colonia, Jeremías fue conducido a la presencia de Cairbar Schutel.

- Saludos, compañero Jeremías. Estoy feliz de volver a verte. Sé que estás enfrentando problemas en tu convivencia con Ícaro. ¿En qué puedo ayudarte?

- ¡Paz en Jesús, estimado amigo! De hecho, estoy en una fase bastante difícil de mi relación con mi pupilo, diría que, hasta penosa. Parece que no consigo impresionarlo con mis consejos, él está rebelde e independiente, por desventura no ha cambiado. Agoté todos mis argumentos en nuestro último contacto y ya no sé qué decirle para mostrarle el camino cristiano. Él me dijo que yo no viví lo que él ha experimentado desde su tierna infancia, por eso no puedo ayudarlo. Por otro lado, me dijo también, que no tenemos lazos profundos para que yo pueda sentir lo que él está sintiendo. ¿Qué puedo hacer, querido líder?

- Calma tu corazón, Jeremías. Los eventuales desatinos que él esté cometiendo o vaya a cometer no son tu responsabilidad. El Espíritu posee libre albedrío, recuerda eso, y no es función del Ángel Guardian influir en esta parte de la existencia, o sea, no tienes como finalidad frenarle la voluntad. Tu labor, que es una de las más nobles, es ayudarlo y, por tanto, tú necesitas primordialmente estar tranquilo y paciente. Deja que él se agite, se perturbe o esté desesperado; tu trabajo en esos momentos es transmitirle paz y afectividad, aunque él, en un primer momento, no reconozca o no perciba tu aproximación. En segundo lugar, amigo, tú debes saber que tienes, una, ligación muy profunda con tu pupilo, como ocurre en la mayoría de los casos, él puede tener conocimiento de que tú ya viviste pruebas muy difíciles cuando estuviste encarnado en la Tierra.

- ¿Y cómo haré para que él sepa, lo que ni siquiera yo, al menos, sé?

- Es por eso que autorizamos tu venida hasta aquí. Nuestros compañeros del Departamento de Reencarnación van a acompañarte hasta el Archivo General (4) y de allí iréis a una sala especial, donde podréis consultar información y tú sabrás exactamente cómo estás ligado a Ícaro. Tendrás noción de algunos detalles, por ahora olvidados, de una existencia pasada para que le lleves a él esa información, en vuestro próximo encuentro.

84) Nota del autor material: para mayores datos, ver el libro "Alborada Nueva" el capítulo "El Edificio Central"

- ¿Bastará eso, Cairbar?

- No, querido. Ese es el comienzo de un proceso de madurez que podrá llevar meses, años o, quién sabe, décadas o siglos.

- Él va a sufrir y a mí no me gustaría que eso ocurriese.

- Haz lo mejor que puedas. No lo abandones en sus peores momentos y, por encima de todo, no te sientas culpable, ni responsable por los errores que él cometa. Se necesita de tu presencia para calmarlo en los momentos en que su esperanza esté bastante decaída y cuando su autoestima ya no soporte mantenerlo vivo. El Ángel, en esas ocasiones tan

difíciles, tiene una importantísima actuación. Es tu amor impidiendo lo peor.

- ¿Qué quieres decir con lo "peor"?

- ¿Cuántos no pusieron fin a su vida, cometiendo el más serio de los desvíos contra las Leyes Divinas, porque no oyeron a sus Guardianes?

- ¿Eso puede ocurrir?

- A veces Jeremías, no ocurre conscientemente, pero el encarnado puede encaminarse de tal modo a las malas tendencias de todo orden que, muchas veces, está caminando por la senda que lo llevará al suicidio. Tú debes evitar que eso ocurra y, para ello, utilizarás todo tu empeño, emitiendo el amor intenso que tu corazón ciertamente posee.

- Estoy agradecido por tu confianza en mí, pero no sé si podré corresponder a esa expectativa.

- Amigo mío, no te sientas inferior por uno o dos fracasos. Las derrotas son naturales en la senda del aprendizaje. Ya las vivimos todos. Vete tranquilo y confiado, pues depositamos en tus manos lo mejor de nuestras enseñanzas.

- Gracias a Dios. Así lo haré.

Y Jeremías siguió a dos asesores de Cairbar, dirigiéndose al departamento indicado, donde haría una breve retrospectiva de una existencia pasada.

Cuando estaba acomodado en una silla reclinable, vio delante suya surgir una tela inmensa, que lo rodeaba por completo y daba la impresión de estar sumergido en un nuevo mundo. Las imágenes comenzaron.

En los Estados Unidos, a principios del siglo XIX, Jeremías vio sujeto a unas cadenas, siendo además cobardemente azotado. Era esclavo en una de las haciendas de algodonerías del sur del país. Su capataz, un hombre rudo y malo, nutría un especial placer en castigar a los individuos que eran colocados bajo su yugo. En aquella época, era un espíritu rebelde, tal como Ícaro, y no se conformaba con vivir tanto sufrimiento y humillación día tras día. Deseaba liberarse a cualquier precio, aunque para eso tuviese que cometer algún crimen.

Vio en la tela los momentos en que su Ángel Guardian se aproximaba y le hablaba para mantener la calma y cultivar en el corazón amor a Dios, por encima de todo, pues estaba enfrentando una prueba necesaria para su perfeccionamiento espiritual. Todo pasaría cuando menos lo esperase y estaba de vuelta al confort de su ciudad luz. Observaba, entonces, que el Jeremías de esa época no prestaba la menor atención a las suplicas del Protector y lo desafiaba a enfrentar los mismos problemas. Juzgándose el más infeliz de los mártires de la esfera terrestre, el esclavo se debatió varios meses hasta que le surgió una oportunidad de evitar, por la vía de la fuerza, el cautiverio al cual se veía sometido.

En una calurosa noche de verano, cuando el capataz salió para tomar aire durante la madrugada, en un momento de descuido, unido a otros esclavos que consiguieron escapar

de las cadenas, puso fin a la vida del capataz, de la forma más violenta que pudo concebir. Escapó y se tornó fugitivo. Una vez más, el Ángel intentó aconsejarlo, pidiendo que no continuase aquel camino, que no lo llevaría a ningún sitio. Sin prestarle oídos, el esclavo se sintió obligado a matar otras veces para mantenerse libre y, con eso, se granjeó cada vez más deudas, hasta que desencarnó víctima de los tiros disparados por un hacendado que lo vio en sus tierras.

Estaba visiblemente conmovido delante de la similitud de situaciones y cuando creía haberlo visto todo, notó que el semblante del capataz asesinado se hizo visible en la tela, ocupando casi toda la pared frontal. Poco a poco, se transfiguró y mostró su actual rostro. No era otra persona sino Ícaro, su pupilo.

Jeremías sufrió una inmensa conmoción y derramó lágrimas de arrepentimiento por haber sido tan duro e insensible con Ícaro, a quien debía tanto y con quien necesitaba cambiar mucho amor.

Pidió a los asesores que lo llevaran de vuelta a la Tierra, en lo que fue atendido. Estaba de vuelta en la misión, con nuevos y poderosos argumentos para transmitir al protegido.

CAPÍTULO XVI

Ícaro estaba integrado en la marginalidad, poseía un sentido poco común para su edad y se sumergía en reflexiones internas. Con frecuencia; se cuestionaba si obraba debidamente o en forma indebida, pero no se atrevía a dudar de sus pasos, pues si lo hiciera arruinaría todo el proyecto que idealizó para alcanzar la felicidad, al menos la aparente, del mundo material que nunca tuviera a su alcance. Adquiría los bienes que deseaba y vivía dentro de las reglas que él mismo se imponía, sin deber satisfacción a nadie, a no ser a sus compañeros.

Lógicamente, vivía en tensión e irritado, pues tenía miedo de ser apresado en cualquier momento y sabía que, si eso ocurriese, no volvería a la misma institución que le dio abrigo por muchos años, sino que sería llevado a una unidad para adolescentes delincuentes, lo que le resultaba un mundo extremadamente cruel.

Su Mentor volvió fortalecido de Alborada Nueva y continuaba empeñado en el éxito del pupilo. No lo dejaba un solo instante y lo acompañaba por donde fuese, incluso si tuviese que ingresar en ambientes infectados de entidades inferiores.

Cierta noche, Carlos convenció a Rosa María para que iniciara a Ícaro sexualmente. A despecho de las advertencias de Jeremías, que procuró mostrarle las desventajas de la práctica del sexo sin propósito, sin fundamento en el amor, sin la solidez de una relación y solamente situado en el campo de la lascivia, él partió al encuentro de la mujer.

En el cuartucho impuro del hotel, ésta lo esperaba sin ansiedad, pues estaba solamente haciendo un favor a su amante. El muchacho entró vacilante y temeroso. Ella lo acogió sin mucha ceremonia y lo mandó a echarse sobre la cama, quitándole toda la ropa. El consintió. En ese momento, Jeremías pudo observar la invasión en el recinto de numerosas criaturas menos esclarecidas, listas a asistir como si fuese una sesión de entretenimiento al evento que se realizaría. Buscó aislar al muchacho de aquellas influencias, aunque todo fue inútil. Rosa María obró mecánicamente y mostró al muchacho cómo era una actividad de la cual él carecía de conocimiento. Finalizado el acto, en una mezcla de perturbación y encantamiento por haber descubierto una nueva fase de su camino, se sintió más maduro, aunque de modo artificial, abandonando el lugar rápidamente.

Los amigos lo acribillaron a preguntas y él, intentando mostrar una experiencia que no tenía, llegó a ser patético en sus relatos. Cuando juzgaba ya dominar todos los aspectos que rodeaban sus decisiones, Carlos lo invitó a participar en algo mucho mayor que lo comúnmente realizaban para afrontar la sobre-vivencia marginal en que se encontraban.

Planeaban un robo a una empresa situada en el centro de la capital paulista y el grupo que lo estaba organizando necesitaba de menores para ayudarlos. Carlos fue invitado y decidió llevar a sus compañeros en la fechoría. Fue la primera vez que Ícaro sintió realmente miedo de lo que estaba haciendo. Jeremías se puso delante suyo, antes de tomar una decisión, llenándolo de advertencias. A pesar de sentirse inseguro y vacilante, indeciso entre atender los consejos del Protector o la invitación del compañero, terminó dejándose llevar por la inmadurez y el desconocimiento, y obedeció a Carlos. Fue un día triste en su existencia.

Rodeado de adultos sin escrúpulos, entregados hacía tiempo en la senda del crimen, Ícaro

se encaminó en el rumbo más oscuro de la vida para cualquier encarnado. El asalto fracasó cuando los vigilantes de la empresa reaccionaron y la policía llegó, alertada por la alarma disparada.

Presos, todos los malhechores fueron llevados a la comisaría y los menores encaminados a la unidad apropiada. Finalmente, lo que Ícaro menos deseaba que ocurriese en su vida, ocurrió. Estaba enclaustrado en una prisión para adolescentes. Durante su desprendimiento, en la primera noche que pasó en una celda-dormitorio, se encontró con Jeremías.

- Sé que viniste para recriminarme... — advirtió de pronto Ícaro.

- No, en absoluto. Vine para expresarte mi solidaridad. Sé cómo te debes estar sintiendo y no te censuraría en este momento tan delicado. Soy tu amigo, ¿recuerdas?

Ícaro nada respondió y se limitó a mirarlo detenidamente como si estuviese recogiendo la prueba de lo que hablaba por la fuerza de su mirada.

Jeremías continuó:

- ¿Te acuerdas de aquel día, cuando tú me dijiste que yo no había sufrido lo bastante para entender lo que pasaba en tu caso?

- Sí - respondió secamente el pupilo.

- Pues no es verdad. Viví muchas amarguras, de las cuales tú no tendrías ni idea en el mundo de hoy.

- ¿Por ejemplo? - desafió el protegido.

- Fui esclavo en otro país, lejos de aquí, pero en una época no muy remota. Azotado y humillado casi a diario, fui víctima de un sistema cruel que agotó mis fuerzas y casi liquidó mi autoestima... exactamente como ocurre contigo.

- ¡No lo creo! Estás diciendo eso solamente para serenar mi ánimo y darme esperanzas.

- Jamás te mentí Ícaro, y no será ahora que voy a empezar a hacerlo. Además de eso, si tuviese que mentir ¿por qué esperaría tanto tiempo? ¿No habría sido mejor contarte esa historia en nuestro último encuentro?

- Podría... ¿Y por qué no lo hiciste?

- Porque aún no lo sabía.

- ¿Cómo es eso?

- Todos somos asistidos Ícaro, por colonias espirituales que están alrededor de este inmenso planeta. Cada uno de nosotros se liga a una de ellas y recibe apoyo de Espíritus más evolucionados, como si fuesen nuestros padres y amigos más viejos para darnos

orientaciones. En esa colonia, obtuve tales informaciones que ahora te cuento.

- Si fuiste esclavo, debes haber sufrido...

- Sí, pero ya pasó; y no guardo tales recuerdos en mi corazón, ni me atormento con ellos.

- Suerte la tuya. Para mí, cada instante de hambre, frío, necesidad, violencia y humillación por los cuales he pasado en esta vida tan horrible que llevo, están guardados conmigo para siempre.

- ¡No digas eso! Ten la certeza de que son emociones pasajeras, aunque sean comprensibles. Cree en Dios, Ícaro. Él vela por todos nosotros y no va a dejarnos desamparados.

- Dios... Todos hablan de Dios cuando la situación aprieta, pero en realidad, creo que es apenas una disculpa para justificar tanta tragedia por donde andamos.

- Tu reacción no es más que el fruto de tu rebeldía. Continúo diciéndote que comprendo lo que sientes. Además de eso, ya estuvimos, sí, muy unidos en el pasado y no me es desconocido como pensabas.

- ¿Estuvimos? ¿Y cómo fue eso?

- No es el momento para que yo te hable al respecto. Cree en mí. Estuvimos muy unidos y ahora yo te dedico todo mi amor. Sé que tú lo necesitas y yo estoy dispuesto a dártelo.

- ¿Qué quieres a cambio?

- Nada ¿por qué habría de querer algo?

- Porque nadie, ni un solo ser vivo en la Tierra da algo a otro sin pretender alguna cosa a cambio. ¿Entiendes? Es una ley absolutamente viva y real.

- No son todos así.

- Ah ¿no? ¿Y tú conoces algún ejemplo que me puedas dar de un buen cristiano que así no actúe?

- Conozco varios Ícaro, pero no puedo dártelos a conocer, porque no pertenecen al universo de tus relaciones. ¿De qué sirve que yo te diga nombres de los cuales nunca has oído hablar? ¿Acaso iría a sensibilizar tu corazón?

- Pensaré que estás mintiendo.

- Porque el mundo que te rodea es muy insensible y tirano. Tus amigos utilizan una ley áspera en las relaciones y tú no aprendiste a dar amor sin exigir nada a cambio.

- Entonces, es inútil nuestra conversación.

- Quiero transmitirte otros elementos que también forman parte de la vida. No debes imaginar que todo gira en torno a tu desgracia, a las opciones malas que tomaste, ni tampoco a los abusos y a los infortunios que sufriste a lo largo de tu corta vida. Hay también momentos bellos y auténticos, llenos de instantes de amor y felicidad; basta que tú quieras conocerlos.

- No me hables de belleza, ni de amor y mucho menos de felicidad. ¿Qué entiendes de eso?

- ¿Ya lo fuiste algún día?

- Me juzgo feliz, Ícaro. Si estuvieras resignado con lo que Dios te da, comprenderías la justicia que existe en las más sencillas situaciones en las cuales estás inmerso y conseguirías vislumbrar la magnitud de la vida a tu alrededor ¿por qué no sentirse feliz de vivir, de evolucionar, de formar parte de esa inmensa comunidad de hermanos que siguen el mismo rumbo en dirección a la Felicidad Suprema?

- Bellas palabras, pero inútiles. ¿Qué hace suponer que iba a creer en ellas?

- Apenas un sentimiento que traigo conmigo... Te conozco un poco, mi querido Ícaro, e imagino que tú quieras ser feliz.

- Yo no sé... - vaciló el pupilo.

- Todos lo quieren. ¿Por qué tú serías diferente?

- Porque para mí sé que es imposible.

- ¿Tú sabes cuántos encarnados observo yo todos los días, hablando de la misma cosa? Cuando son incapaces de desempeñar algo útil en la vida, o de producir y trabajar honestamente o incluso de resignarse con lo que tienen de bueno queriendo siempre más — utilizan ese argumento pueril: "la felicidad no es para mí". No te sientas un incomprendido porque tú no lo eres. Estás apenas experimentando una prueba en tu existencia. Debes vencerla, al final, es esa tu tarea.

- Fácil de decir, pero ¿cómo hacerlo?

- ¿Por qué, al revés de ser tan negativo, no sigues un poco mis consejos? ¿No piensas que puedo ayudarte?

- Tal vez, no sé.

- ¿Entonces? Medita sobre esto. Si quisieras, podría ayudarte a salir de esta clase de vida en la cual has entrado indebidamente.

- Voy a pensar en esto.

CAPÍTULO XVII

Fueron tres meses de prisión, sin que pudiese tener ningún beneficio, ya que Ícaro no tenía a nadie que por él se pudiese responsabilizar. Después de ese periodo, a pedido de Carlos, Rosa María se presentó como una antigua amiga de la familia y lo llevó consigo, comprometiéndose a cuidar del muchacho, velando por su educación.

En principio, las autoridades que cuidaban del caso consintieron, aunque no sin desconfiar de las reales intenciones de la mujer. Por tal motivo, había una obligación semanal de comparecer al fórum para unas entrevistas con una psicóloga y una asistente social. Se comprometió aún, el adolescente a volver a frecuentar la escuela.

Su vida no tuvo gran cambio, a pesar de todas las dificultades en las cuales se vio envuelto. Mantenía en su corazón una rebeldía latente que le impedía tener sosiego. Pero no se olvidaba de las palabras de Jeremías, diciéndole que él podría ser feliz, si lo deseaba verdaderamente. ¿Sería solamente una ilusión más en su vida o un auténtico presagio? — meditaba.

Volviendo a las calles, en compañía de Carlos y Rui, que también consiguieron librarse del confinamiento, volvieron los tres a la vida errante. Continuaron con la práctica de actos marginales y con frecuencia se envolvían, en peleas con grupos de adversarios que se disputaban los lugares más propicios para sus actos delictivos.

Fue en una de esas ocasiones, en que se vio envuelto en una lucha entre dos bandas rivales, disputándose la hegemonía de determinada esquina por donde pasaban muchos ejecutivos con sus coches de lujo siendo presas fáciles de los ataques relámpagos, que Ícaro conoció otra de las caras más negras que la vida e la calle pudo presentarle, la violencia ilimitada. Si pensaba que en la institución donde vivió era castigado sin moderación y allí estaba el rostro de la violencia, se engañaba. Había un lugar donde ésta era practicada con la mayor crudeza de lo que jamás habíase nado.

Entre gritos, puntapiés, golpes con varios instrumentos contundentes y cortantes, Ícaro oyó estampidos de tiros. Se asustó, pues, jamás había vivido tal situación. Su amigo Rui, cayó a su lado víctima de varias heridas causadas por los proyectiles certeros disparados, por un adolescente como él, pero del grupo adversario. Lo ocurrido hizo terminar la pelea y cada cual siguió su camino. El único que permaneció estático, mirando atemorizado el cuerpo inerte del amigo fue Ícaro. No sabía que hacer ni cómo obrar. En ese instante, decidió invocar el auxilio del Protector.

- Abuelo, por favor, ayúdame. ¿Qué debo hacer?

Estando a su lado, Jeremías lo oyó, y por la cautela que el momento exigía le dijo:

- Él está muerto. Apártate de aquí, pues si la policía llega tu situación va a complicarse más de la cuenta.

Recibida la intuición, aceptándola, inmediatamente corrió y buscó donde esconderse. Jeremías permaneció en el lugar y percibió que el Espíritu que había dejado el cuerpo

bruscamente estaba desorientado. No sabía qué hacer, ni para dónde ir. Intentó ayudarlo, pero fue en vano. No lo escuchó. Su Ángel Guardian surgió y se presentó a Jeremías:

- Hice lo que pude. No conseguí evitar lo peor. Ese chico siempre fue extremadamente influenciado por otras personas, pero nunca me oyó. Tal vez la culpa haya sido mía. Estoy entristecido por no haber conseguido librarlo de esa desencarnación prematura.

Recordando las palabras de Cairbar, Jeremías respondió:

- No te sientas responsable. Como dijiste, hiciste lo que pudiste. El libre albedrío es del encarnado. Seguir o no nuestros consejos forma parte de su prueba. Ahora no depende ya de nosotros; cabrá a la Justicia Divina encaminarlo para el mejor lugar.

-Él aún estará desorientado por algún tiempo. Tiene más de dieciséis años y, por tanto, libre albedrío pleno. Será responsable por lo mucho que hizo en ese tiempo errante.

- Es lo justo, amigo mío. Su experiencia será su aprendizaje. Ven, ven conmigo. Él ya se fue.

De hecho, súbitamente Rui había desaparecido. No supimos si estaba vagando por la Tierra o si había seguido hacia alguna región oscura. El Ángel se desliga de su protegido en el momento de la desencarnación de éste. Su misión es estar con él en toda su existencia. Después, podrá reencontrarse, en el futuro, en colonias espirituales o incluso en la jornada terrestre, pero no le cabe hacer el encaminamiento del Espíritu a su lugar de destino. Esa tarea pertenece a los equipos socorristas de las variadas colonias que velan por los encarnados.

Cuando el pupilo deja la Tierra, con cualquier edad, el Ángel vuelve a su lugar de origen y se presenta al coordinador de su colonia espiritual, dando por finalizada aquella programación. Así hizo el Protector de Rui. Jeremías, entonces, salió en busca de Ícaro. Lo encontró, desanimado, debajo de uno de los puentes que atravesaban el centro de la ciudad. Entristecido, lloraba bajito. Sintió escalofrío, cuando notó la presencia de Jeremías. Comenzó a hablar solo.

- No sé qué es mío o qué es tuyo... A veces, me siento solo y oigo la voz de mi propia conciencia. En otras ocasiones, cultivo ideas que sé que no son mías, pero, aun así, no consigo discernir entre la buena y la mala orientación.

Ícaro se refería a la mezcla de consejos que estaba recibiendo, ahora del Ángel, ahora de los obsesores que a su lado estaban con frecuencia. Esa es la rutina de la vida de todo encarnado. Él pasa toda su vida oyendo básicamente tres voces: la propia, la de su Protector y la del obsesor. En otras palabras, él recibe un mensaje positivo que parte de su Guardian, otro negativo, que es el espejo de las ideas de los seres inferiores y una tercera que es el de su propio juicio al respecto de lo que oye. No siempre sigue el buen camino. Si no tiene preparación suficiente para asimilar las buenas orientaciones, se deja llevar por la entidad menos esclarecida y sigue por caminos equivocados.

En esos momentos de reflexión, cuando las criaturas del mal intentan influenciar a alguien,

los Ángeles trabajan con mucho vigor, pero deben aguardar la decisión final de sus protegidos, pues esta proviene del libre albedrío. Así hizo Jeremías. Percibiendo la presencia de entidades umbralinas, se situó al lado de Ícaro e intentó disuadirlo de la idea de venganza que le estaba siendo sugestionada.

- Ícaro, chico — le decía la criatura — véngate de la muerte de tu amigo. Ellos lo mataron fríamente, sin ningún respeto y, encima, lo humillaron delante del público que asistía a la lucha. ¿Qué moral tienes para volver a tu trabajo — refiriéndose a la vida marginal — y a tu casa? Nadie más te va a valorar; todos se van a reír de tu cobardía. ¿Es eso lo que quieres? ¿Es para eso qué llegaste hasta aquí?

Él titubeaba y comenzaba a inclinarse por la venganza.

- No sigas ese consejo — le decía Jeremías -, pues la venganza es el cruel espejo del odio y del orgullo. No tiene beneficio alguno, solamente tragedia. Tú vida ya es muy sufrida, Ícaro, para hacerla aún más infernal. ¿Cuándo me vas a oír? ¿Recuerdas lo que te dije hace algún tiempo? Si tú quieres ser feliz, y eso es lo que yo deseo para esta existencia, oye mis consejos...

El muchacho movía la cabeza, entraba en depresión y no sabía qué hacer. El mensaje que le llegaba del Mentor era lo más próximo que él juzgaba ideal, pero el de los otros le parecía el más plausible. Sabía que su tendencia se inclinaría más fácilmente por lo que los obsesores le dictaban, que por el perdón enseñado por Jeremías. Estaba enfrentando el dilema que sufren, todos los días, los numerosos encarnados que habitan la Tierra: hacer lo ideal o ejecutar lo más fácil. No siempre la decisión es fácil. A veces lleva días, semanas o años. Puede ocurrir también en minutos, dependiendo de la voluntad de cada uno. La verdad es que los Ángeles no operan hechos prodigiosos más allá de lo común, ni invierten el orden natural de las cosas. Cada encarnado tiene su momento de deliberación individual para seguir éste o aquel camino; para caminar por lo acertado o por lo errado; para lanzarse al bien o al mal.

Algunos transitan por los dos lados casi toda su vida, ahora promoviendo la moral y la virtud en sus acciones, ahora adoptando actos nocivos y censurables. La inclinación por la cual cede más a un aspecto que a otro depende de su perfeccionamiento espiritual, de su vivencia. Al fin, Ícaro se decidía por la venganza, para tristeza de su Guardian.

Volvió al Hotel donde sabía que encontraría a Carlos y con él ideó el proyecto de venganza. Cedió a sus instintos más rudos y a los pedidos de los obsesores, dejando a Jeremías en la condición de acompañante de sus acciones. Así fue hecho. En el día estipulado para el acto, reunidos varios integrantes de su grupo, con Carlos como líder, se fueron para la periferia de la ciudad, donde sabían que podrían encontrar a los agresores de Rui. En algunas horas, estaban nuevamente frente a frente las dos bandas rivales y la pelea se reinició. Esta vez, no obstante, el grupo liderado por Carlos también poseía armas de fuego.

Hubo una auténtica masacre, de la cual resultaron muertas seis personas. Otras diez quedaron gravemente heridas, de entre ellas estaba Ícaro. Carlos consiguió huir. Llevado al Hospital, pasó días en una U.C.I., casi a punto de desencamar. En esa ocasión, pasaba mucho tiempo desprendido de su cuerpo, completamente anestesiado. Encontraba a

Jeremías con relativa frecuencia.

- Sé que tú me avisaste y no te oí. Pero no quiero escuchar tus reproches.
- No estoy, como nunca he estado a tu lado para juzgarte. Mi función es ayudarte. ¿Será que algún día, Ícaro, tu creerás en mí?
- No sé lo que quieres. ¿Qué ventajas consigues insistiendo conmigo? ¿No ves que soy malo, y no tengo manera de ser "buenecito"?
- No pretendo que lo seas. Conozco tus limitaciones. No tengo ninguna ventaja insistiendo contigo. Estoy aquí porque quiero, y deseo ayudarte. En el pasado tuvimos muchos contratiempos en nuestra relación y, actualmente, los lazos de amor entre nosotros deben estrecharse.
- ¿Qué contratiempos? ¿Por qué no me dices algo más?
- No estás preparado para oírlo. Además, no sabes discernir lo que vas a hacer con tu vida presente. ¿Por qué habrías de querer saber sobre tu pasado?
- ¡Ah, poco importa! Soy igualmente desgraciado. Fui un elegido del destino para ser infeliz. La pobreza me cansa, me irrita...No acepto esa miseria de vida que llevo. ¿Por qué, además, debo ser felpudo de los otros? Si mataron a Rui, merecían morir. ¿Tú no lo crees?
- No. E intenté decirte eso, pero tú no me oíste.
- Cobardía tuya.
- ¿Entonces tú estás convencido de que lo conecto es matar, vengarse y pegar, y causar más y más sufrimiento? ¿Es eso en lo que tú te sustentas, Ícaro?
- ¿No es en eso en lo que todos nos sustentamos? ¿Acaso tú tienes ejemplos de personas que no se vengan unas de las otras? Da acá, toma allá... Ese es lema que todos tienen. ¡TODOS, sin excepción! — exclamó, mirando fijamente al Protector.
- Estás equivocado, pues no todos, como dices, obran como tú. La venganza, es verdad, es una lacra social, pero está finalizando. Los seres humanos están comenzando a percibir que ella no lleva a nada; además, sólo sirve para traer más sufrimientos. Quién se venga de otro es un inquisidor, es alguien que no cree en la Justicia Divina, y solo desea hacer y ejecutar su propia sentencia. Ese es, un prepotente, un arrogante.
- ¿Y qué?
- Que a nadie le gustan las personas prepotentes y arrogantes. ¿A ti te gustan?
- No, especialmente cuando lo son conmigo.
- Pues así es. Ser arrogante y prepotente con los otros es el "lema", pero a nadie le gusta el

mismo tratamiento cuando es víctima de esa altivez y de esa opresión.

- Que yo sepa, es así desde el principio de los tiempos. ¿Por qué iba a cambiar ahora?

- Porque todo va a cambiar un día. ¿O tu imaginas que el planeta va a continuar millones de años más viviendo en las tinieblas, donde está actualmente?

- Sólo un milagro salvará a los hombres, que son mezquinos y egoístas.

- No será así Ícaro. Cada individualidad habrá de comprender que no se debe hacer a los otros lo que no se quiere para uno mismo. Más claro y obvio que eso, imposible. ¿Por qué puedo hacer el mal a mí semejante si no admito el mismo tratamiento en lo tocante a mí?

- ¿Cuál es la razón?

- No sé, no tengo ni la más mínima idea, pero es así. Siempre lo fue.

- Y estás — o estuviste — siempre equivocado. Tu alimentas el orgullo y el egoísmo siendo vengativo. ¿Será que no ves el mal que causaste cuando motivaste a Carlos a volver para la venganza?

- No lo hice solo.

- Pero instigaste y ayudaste. Tus actitudes causaron, aunque indirectamente, la desencarnación prematura de seis hermanos y provocaron heridas en muchos otros.

- Hermanos tuyos, no míos.

- Todos somos hermanos en Dios, Ícaro. No niegues lo obvio. Tú atacaste gratuitamente a personas que ni siquiera conocías.

- Pero eran de la banda rival; no necesitaba conocer para atacar al enemigo.

- ¿Qué enemigo? Creado por ti para dar cauce a tu odio contra la Humanidad, contra la pobreza y contra la pereza que tienen para cambiar sus propias vidas. ¿Tiene algún sentido disputar un "sitio de crímenes"?

- No consigo una vida honesta porque el mundo es injusto conmigo. No es que yo sea perezoso.

- Es fácil y cómodo para ti pensar así. Mientras tanto, estás en este Hospital, sufriendo días terribles y sin dar un solo paso en dirección a lo correcto. ¿Y si desencarnas? ¿Cómo vas a dar cuentas de tus actos? ¿Ya pensaste en eso?

- Soy muy joven para eso. tengo solamente dieciséis años.

- ¿Y tus amigos que desencarnaron con menos años? ¿Y Rui, que tenía solamente dieciocho?

- Fue su destino. Conmigo no ocurrirá.

- Mira tu cuerpo — le dijo Jeremías, apuntando hacia la cama donde yacía el envoltorio carnal. Mírate y piensa si con todos aquellos tubos ligados a ti, aún piensas que puedes durar para siempre. ¿Será que no ves que en cualquier momento puedes desencarnar?

Ícaro quedó dudando y en silencio.

- Todos pueden y tú no eres diferente.

- Y si muero es mejor, así por lo menos acabará esta pobreza insoportable, esta falta constante de cariño, esta miseria de vida que llevo.

- ¿Te acuerdas de cuando protestabas de la violencia del lugar donde vivías con tu hermano?

El asintió con la cabeza.

- ¿No pensabas que las palizas que te llevabas eran la peor forma de violencia conocida?

- Sí, ¿y qué?

- Recientemente has conocido formas aún más crueles de violencia. Por tanto, Ícaro, si tu aún no conoces una cosa, no digas que no existe. Solamente porque tú no te acuerdes de determinada situación, no significa que ella sea una ilusión o fantasía. Hay aún, formas extremas de violencia que tú nunca has visto o sentido...

- ¿Por ejemplo? — preguntó indiferente.

- La tortura o la guerra son ejemplos. En éstas, la violencia toma rumbos ni siquiera imaginados por el ser humano. ¿Entonces?

- ¿Entonces qué?

- ¿Por qué no crees lo que te estoy diciendo? Cuando tú desencarnes, hay lugares mucho peores que la referida pobreza en que vives en la Tierra. La miseria espiritual es terriblemente peor que la material. ¿Tú vas a querer ver para creer de nuevo?

- Eso es trampa...

- Que tú utilizas en tu día a día. ¿Quieres ver para creer, Ícaro?

- No, no quiero. Necesito cambiar de vida, yo lo sé, pero no lo consigo. ¿Qué puedo hacer?

- Por lo menos una vez, oye algún consejo mío.

- Está bien, voy a pensar al respecto.

CAPÍTULO XVIII

Dejando el Hospital después de un largo periodo de recuperación, Ícaro aún no se había decidido a seguir las advertencias de su Ángel Guardian y volvió a tener problemas.

Sin poder volver al Hotel donde vivía antes del último enfrentamiento, porque fue una condición para que permaneciera en libertad vigilada, le llevaron a trabajar a una gráfica en la parte central de la ciudad, pero tenía que dormir en la institución que determinó el juez que evaluó su situación. Así pasó algún tiempo, pero tuvo grandes problemas de adaptación al empleo porque no estaba acostumbrado a la disciplina, las normas y los horarios que todo ambiente de trabajo impone.

Las dificultades en el empleo se manifestaron porque mientras estuvo interno en la casa para niños desamparados donde fue acogido, siempre manifestó rebeldía a las normas y justamente por eso, frecuentemente era sometido a castigos, llegando a recibir, inclusive, agresiones físicas, por lo cual su Espíritu se manifestaba continuamente contrario a las normas.

No tardó en ser despedido. Cuando eso ocurrió, él sabía que el juez sería avisado de la situación por su exjefe y, por tanto, sería obligado a volver al internado. Huyó de la institución donde debería permanecer por algunos meses, y no fue visto más circulando por la región central de la ciudad. Vagaba sin rumbo por la periferia y escogía algún cruce de vías en movimiento para pedir limosnas.

Su edad, no obstante, casi próxima a los dieciocho años, asustaba a los conductores que eran sorprendidos por su súplica no convincente en las ventanas de los coches. Algunos ni abrían el cristal del coche para oírlo hablar, otros, asustados, intentaban escapar lo más rápido posible de su presencia; algunos le daban unos cuartos para poderse librar de su abordaje. Finalmente, los más irritados, lo que no era extraño en algunas grandes ciudades como San Pablo, lo agredían, diciéndole que fuese a trabajar y dejase de vivir a costa ajena.

Cuando estos lo reprendían, nutría en él un sentimiento ordinario de venganza, muy cerca de la animalidad, lo que perturbaba a Jeremías que allí conseguía detectar otra futura fuente de problemas para su protegido.

En muy breve tiempo, Ícaro supo cómo funcionaba el esquema de las propinas en las calles insensibles de la urbe. Cuanto más desastroso, sucio y tambaleante estuviese, si pudiese usar niños o viejos prestados para eso, aún mejor. En esos casos, cuando los transeúntes percibían que se trataba de alguien "realmente" enfermo, decrepito o inválido, producía más caridad y decidían ayudar. Cayó en el juego de la vida fácil nuevamente.

CAPÍTULO XIX

La vida fácil todo el mundo la quiere... — acabó concluyendo Jeremías. Eran muchos los encarnados que, en todas las posiciones sociales, acostumbraban a dejar de trabajar seriamente en nombre de una apatía que reinaba absoluta entre sus vicios, adoptando una conducta de la ganancia sin trabajo y sin esfuerzo, lejos de constituir un ejemplo de perseverancia y tenacidad.

La pereza es un mal secular y acaba desvirtuando los pasos de aquel que la tiene por comportamiento habitual, llevando a la persona a adoptar otros desvíos, tales como la indiferencia por el semejante, el aislamiento de la comunidad para no enfrentar críticas, la codicia por los bienes ajenos, la envidia por el éxito del prójimo, más allá de dejarse llevar con relativa frecuencia por procesos obsesivos de todo orden.

Por más consejos que el Ángel le diese, Ícaro adoptó aquel como su nuevo método de vida, durmiendo bajo los puentes o viaductos, comiendo lo que le diesen en las puertas de los restaurantes, mendigando por las vías públicas y forzando a los que se le cruzaban en su camino a fomentar su indolencia. Se dejó, en esa ocasión, envolver por algunas entidades inferiores, de igual vibración, pasando entonces, a rechazar a su Guardian.

Fue un periodo muy duro para Jeremías, que recibía consuelo de sus compañeros de Alborada Nueva, pero no se dejaba vencer por la resistencia casi perenne de su pupilo. El camino desvirtuado trae problemas y no fue diferente con muchacho. En cierta ocasión, en uno de los cruces de más movimiento del centro de la ciudad, pidiendo dinero a una señora que, conduciendo su coche, esperaba el momento del cambio del semáforo, terminó por asustarla, ante tanta insistencia, y la señora comenzó a gritar pidiendo ayuda a quienes pasaban. Desesperado encolerizado, la tomó por el cuello, diciéndole:

- Calla la boca, vieja maldita. Estoy pidiendo una ayuda... ¡Calla la boca!

De esa forma, comenzó a apretarle la tráquea, causando a la víctima una interrupción en la respiración, llevándola al desmayo. La gente, creyendo que se trataba de un robo, arremetieron contra Ícaro, asegurándolo a la fuerza. Ese día atrajo a muchos de los transeúntes hasta que la que policía llegó, llevándolo a prisión bajo acusación de tentativa de asalto; Jeremías estaba desconsolado, pero no dejó de estar a su lado.

En la celda, con sus dieciocho años recién cumplidos, fue víctima de varios actos violentos, inclusive sexuales, por parte de algunos de los detenidos. Conoció otra cara de la crueldad, percibiendo entonces, que mucho habría de aprender en el mundo en que vivía. Nadie está libre de vislumbrar un lado nuevo de su existencia, algo que nunca había llegado a conocer, pero que está ahí, vivo y pulsante, formando parte de su realidad. Por tal razón, no se debe ignorar el sufrimiento ajeno bajo el pretexto de que nunca nos va a llegar.

Directa o indirectamente, se alcanza el infortunio, pues hace parte de las pruebas y expiaciones a las cuales todos están sometidos en la Tierra. Se exige pues, como mandamiento cristiano, que haya solidaridad y fraternidad en relación al semejante; al final, un día se necesitará de igual apoyo y sustento, constituyendo la Ley Universal del Amor.

Por las noches vagaba con su espíritu convaleciente y arrepentido, dejándolo insomne, por el miedo de nuevos ataques. Estaba siempre alerta, pero no era suficiente para evitar que su interior dejase de padecer por los recuerdos del pasado reciente.

Jeremías se aproximó:

- Ícaro, óyeme por favor. Estoy a tu lado y quiero ayudarte. Levántate de esa postración nefasta. Preocúpate por mejorar tu espíritu y apartar el odio de tu corazón. No será con venganza que conseguirás superar esta crisis.

El fingió no oírle. Pero el Mentor continuaba:

- Sé que me estás escuchando, sin querer prestarme atención. No tiene importancia, pues continuaré a tu lado. El amor, Ícaro, debe ser ejercido siempre, de forma bilateral o no. Cuido de ti desde tu nacimiento, conociéndote muy bien sé que habrá recuperación para tu estado actual de maledicencia interior. Vamos a orar a Jesús, solicitando apoyo...

La invitación no fue aceptada y Jeremías lo hizo solo. Algunos rayos de luces tranquilizantes penetraron de forma suave la celda donde estaba Ícaro y le reportaron algún bienestar. El antro donde se encontraba era horrible, no permitía el trabajo de los Agentes del Bien.

Amanecía y volvía a oscurecer, mientras el muchacho estaba en un rincón de la celda asustado y vigilante. Estaba completamente estresado. Después de algunas semanas, en cuanto no venía la solución de su caso, terminó cediendo a las suplicas del insistente Protector.

- Está bien, ¿qué quieres? — indagó, resabiado, cierta madrugada.

- Charlar un rato, ya que finalmente conseguiste dormir algo, dejando tu cuerpo físico descansar.

- Lo hice por agotamiento, ya no soportaba más el cansancio.

- Hiciste bien...

- No tengo tranquilidad. Si ellos me llegan a pegar nuevamente, no sé lo que haré.

- Creo que no volverá a ocurrir. Esa es la ley del lugar donde tú te metiste. Los más fuertes desean mostrar a los más débiles quién es el dueño de la celda y quién manda a quién.

- Y lo consiguieron. No quiero saber de nada más; se pueden quedar con mi comida, mi manta y todo lo demás que deseen, pero que no me toquen otra vez.

- Ícaro, no te dejes llevar por ese odio que te consume. Perdona a los verdugos, ya que ellos son ignorantes y rudimentarios.

- No puedo... solamente con recordar, mi corazón arde como el fuego.

- Ellos estaban tan dominados por obsesores, como tú al agredir a aquella pobre mujer.
- No la estaba robando... Pedía una ayuda y ella comenzó a gritar sin parar, necesitaba hacerla callar.
- Aun así, tú fuiste muy violento con una persona mayor, la golpeaste y fuiste tan cruel como juzgas haber sido víctima en esta prisión.
- Es muy diferente. Yo no abusé de esa mujer...
- No estoy haciendo comparaciones entre el tipo de violencia, pues lo que importa es el acto en sí. Todos fueron brutos e impetuosos, causando graves lesiones físicas y psicológicas.
- ¿Todos?
- El tuyo contra la mujer y el de ellos — dirigido a los presos que duermen — como a ti.
- A veces no entiendo por qué aún te escucho. Tú no estás a mi lado para ayudarme, pues nunca me das apoyo. Estás siempre contra mí. Es impresionante lo estúpido que soy al escucharte.
- No, tú no eres estúpido. Me oyes porque sabes que tengo razón y quiero tu bien. Además de eso, mi función no es aprobar tus actos livianos y malintencionados. Deseo lo mejor para tu futuro y eso implica la práctica de la bondad. Si tú no lo haces, me siento en el deber de alertarte y lo haré hasta el final de tus días.
- ¿Y si no quiero hablar más?
- Continuaré intentándolo. No voy a desistir, si es eso lo que estás imaginando.
- ¡Ah sí! Tú deseas que yo sea feliz, ¿no? ¿Tú no quieres?
- ¿Qué no quiero? Tú parece no querer.
- ¡Qué conversación más absurda e ilógica!
- ¿Ilógica? ¿Qué entiendes por eso?
- Es que primero dices que yo quiero ser feliz, y ahora dices que no. Es incoherente.
- No es así, Ícaro. Acostumbro a decirte que yo imagino que tú quieres ser feliz, admitiendo que muchos encarnados quieren serlo también. Mientras tanto, cuando digo que parece no querer, de verdad, es porque tus actitudes demuestran lo contrario. Es algo tan simple, que puede ser ejemplificado de la siguiente forma: si tú tienes sed, ¿vas a tomar agua o a comer sal?
- ¡Mira, no seas infantil!

- Supongo que tu respuesta habrá sido elegir el agua... Pues bien, si tú quieres ser feliz, ¿por qué practicas tantos actos que solamente te traerán infelicidad y sinsabores? ¿Cómo puedes desear ser feliz si estás sembrando un universo de deudas que te impedirán sentirte bien?

- ¿Cómo voy a saber lo que me hará o no feliz? ¿Debo aceptar lo que me viene por delante?

- Absolutamente. Tú sabes muy bien cuando haces algo bien y cuando haces algo mal; sólo que no lo admites.

- ¡Qué bobada!

- Hagamos una prueba; ¿tú crees conecto pedir limosnas en un semáforo, si tú puedes trabajar y además tenías un empleo que perdiste porque quisiste?

- Lo creo.

- ¿Basado en qué?

- En el derecho que todos tenemos de pedir ayuda al prójimo... ¿No es eso lo que tú vienes diciendo?

- Muy bien, vamos a usar tu ley. Todos deben ayudar a los otros. ¿A quién ayudas tú? ¿Cuál fue tu último gesto de apoyo a un hermano tuyo?

Ícaro pensó algunos segundos y dijo:

- No sé, no lo recuerdo, pero debo haber ayudado a muchos...

- ¿Son tantos que tu memoria no lo recuerda?

- No sé y punto.

- Admitamos que tú hayas ayudado a alguien; ¿eso te da el derecho de exigir ayuda?

- ¿No es "Ley Universal del Amor"? — indagó con ironía. Si es ley, es dura y debe ser cumplida. ¿No fue así conmigo?

- No hagas sofismas, Ícaro. La Ley del Amor es universal porque es cristiana, enseñada y ejemplificada por Jesús para dar base a la evolución de los seres, tiene una finalidad justa, pacífica y benigna. Cuando tú te refieres a la ley que tiene aquí en esta celda, se trata de la ley de los hombres que puede o no ser justa. No pretendo discutir lo acertado y errado del plano material. Hablemos de lo que es universal.

- Acepto. Vamos a hablar de eso. Aun así, si hay una ley que obliga a todos a ayudarnos los unos a los otros, yo apenas cobré mi parte del auxilio.

- Sofisma de nuevo. La Ley del Amor predica el amor y éste es lo opuesto de cualquier acto

o forma de violencia, luego, tú no puedes predicar el amor y al mismo tiempo exigir que él sea practicado, condicionando su práctica a una sanción violenta. He ahí el contrasentido, lo ilógico. El amor y la violencia, o el odio, se repelen. No es justificación uno del otro. Si tu pediste limosna y la mujer te rechazó, debiste seguir tu camino. Caminar por la violencia nunca fue la forma de implementar La Ley del Amor.

- Son dos medidas...

- No lo son tanto, ya que tú cuando sufriste violencia en prisión, inmediatamente te sentiste ofendido y te volviste víctima. Nota, por tanto, que a nadie le gusta sufrir, normalmente la brutalidad del dolor físico, que daña el espíritu y humilla el corazón.

- No sé, tú me confundes — dijo Ícaro, pensativo, percibiendo la contradicción de sus ideas. Si es ley, tiene que ser cumplida. Quiero ser amado... ¿Por qué no lo soy?

- Hablamos de la Ley del Amor, sin el significado que tú estás acostumbrado a oír en el plano físico. Practicarla solamente trae beneficio a su autor, no ejercitarla no acarrea una sanción, y sí una reacción que son cosas muy diferentes. Si tú obras mal, provocas una acción negativa. A ese acto negativo corresponde una justa reacción, ni más ni menos de lo que fue causado.

- Para mí eso es castigo.

- Pero no lo es. El castigo no tiene una correspondencia exacta con la acción y, normalmente, queda corto o va más allá de lo que sería ideal. Representa apenas una generalización de conductas. Es comprensible que los encarnados, al no poseer la visión amplia que la vida espiritual proporciona, trabajen con limitaciones y estipulen sus propias leyes. Pero el interior de los hombres está alerta y sabe cuándo hay un error serio de perspectiva en esa búsqueda incesante de Justicia que todos los habitantes de la Tierra cultivan.

- ¿Es equivocado querer justicia?

- No, Ícaro. Te digo tan sólo, que la ley de los hombres no se debe confundir con la Ley Divina. Quiero mostrarte que los eventuales desvíos de las normas de los encarnados no deben dar pie al desvirtuamiento del camino ideal que todo Espíritu precisa recorrer cuando está ligado al cuerpo carnal. Tú debes siempre obrar dentro de los más cristalinos mandamientos morales. Aunque la ley de los hombres tolere alguna actitud errónea, no la practiques, pues estarás infringiendo la Ley Divina, que es siempre absoluta y plena de justicia.

- ¿Qué quieres decir con esa comparación?

- Tú no deberías salir por las calles pidiendo limosnas, especialmente si estás capacitado para el trabajo y tienes solamente dieciocho años. ¿Por qué cultivar la pereza? ¿En nombre de la "Ley del Amor", tú quieres vivir de la piedad ajena?, Eso está mal y tú lo sabes. Por tanto, tu acto violento fue desproporcionado e injustificable, como todo acto ejercido lo es así. Quiero decirte, con todo esto, que la ley moral prevalece sobre la de los encarnados.

¿Entiendes?

- Pero los "aprovechados" también roban... — profirió en su jerga peculiar.

- Quien desvía bienes, roba a otro, y se niega a cumplir normas éticas y morales, poco importa si está o no siguiendo la ley del plano físico, pues estará granjeando muchas deudas — son las acciones negativas -, debiendo rescatarlas en el futuro — reacciones de igual proporción. No serán juzgados y sancionados. Deberán reparar el mal que hicieron en la más exacta medida, ni más, ni menos que lo debido. Con eso, al contrario de sufrir simplemente, como tú en esta celda, estarán en constante aprendizaje. La vivencia, Ícaro, aunque en principio negativa, a los ojos del encarnado, puede ser fuente de mucho saber.

- Yo preferiría una vida amena, rica, sin pasar necesidades...

- ¿Quién sabe si ya no la tuviste y, en el pasado, la despreciaste, sustrayendo lo que no te pertenecía, cumpliste con la ley de los hombres, pero no con la de Dios y, actualmente, volviste para expiar tus errores, respondiendo en la exacta medida a quien heriste en el pasado?

Él pensó y respondió:

- ¿Estoy preso ahora porque en otra vida hice algún mal?

- No. Tú estás preso, actualmente, porque practicaste un mal; no hablo de otra vida, sino de ésta misma. Digo que, si naciste sin aquello que juzgas valioso, o sea, bienes materiales, tal vez pueda ser porque, en el pasado, en otra existencia, hiciste mal uso de eso y necesitas aprender a dar valor a lo que tienes y a quienes están a tu alrededor. ¿De qué vale que tengas mucho, Ícaro, si hasta hoy no aprendiste a dar?

- Nunca tuve lo suficiente para dar...

- No es verdad. Si tú porque no tienes, quieres quitar lo que otros poseen, significa que no sabes dar, no buscas repartir, quieres todo lo que ves y codicias para ti. El pobre que hurta o el rico que no distribuye practican el mismo acto de egoísmo, pues ambos incumplen la Ley del Amor y de la Solidaridad. Quién posee mucho y no reparte o quien tiene poco y sustrae del prójimo comete el mismo error.

- Abuelo... — dijo cabizbajo.

El Ángel lo miro con ternura, permitiéndole continuar.

- Nunca había pensado desde ese aspecto. Nunca.

- ¿Por qué no comienzas ahora?

- Tal vez...

- Inténtalo, Ícaro. No lo hagas por mí, hazlo por ti.

- Está bien, lo voy a pensar.

¿Cuántas veces él no dijo la misma frase a su Protector? Aun así, Jeremías confiaba mucho en su pupilo; sabía que un día, él cambiaría de verdad su corazón y cambiaría su comportamiento. Era la fuerza de la fe del Ángel Guardian, sembrando amor en el terreno aún virgen de su protegido. Cómo somos felices por ser agraciados con tanta dedicación por parte de seres invisibles que velan por nosotros cuando estamos encarnados. Me acordé nuevamente de mi querido Müller, que estuvo a mi lado durante mi recorrido por la Tierra. Se lo agradecí a Dios. Nunca está demás hacerlo.

CAPÍTULO XX

En cuanto Ícaro esperaba su juicio, Jeremías fue detrás de la señora, quien fue víctima del acto irresponsable, a fin de intentar sugerir a su Ángel que intercediese por el muchacho. La encontró enferma y, a su lado, Ptolomeo, su Protector, velándola. Se aproximó.

- ¿Amigo, cómo está ella? — pregunto Jeremías.

- Es sólo una gripe fuerte... estoy a su lado con frecuencia; algunos pases más y ella mejorará.

- Me siento feliz. Voy a orar por ella también.

- Te lo agradezco — le respondió Ptolomeo.

- Vengo hasta a ti amigo, para pedirte por mi pupilo. El no tuvo la intención de hacerle daño, ni tampoco quería, de hecho, robarla. Fue un acto de desesperación de quien aprendió a vivir fácilmente de limosnas y de la pereza.

- Sé eso, pues, yo estaba allí. Vi lo que ocurrió.

- ¿Entonces?

- Ya la he orientado, por mi cuenta, para que perdone al muchacho y lo auxilie en lo que sea necesario.

- Y no es necesario mentir; basta la verdad sin versión disfrazada por el odio o por la venganza.

- Eso está claro. Hay varios modos de contar la verdad; incluso por la entonación de la voz, el modo de hablar, gesticulaciones, en fin, estos y otros atributos propios del ser humano para comunicarse se hacen notar en uno u otro ángulo la misma verdad. He procurado transmitirle a ella que narre al juez, cuando sea llamada, la verdad de lo que ocurrió, sin el aspecto emocional que la envolvió en aquel instante, sin la flama del rencor.

- Él estaba equivocado al abordarla de aquel modo, pero todos necesitan de oportunidades...

- Lógicamente, mi buen amigo. Comprendo tu dedicación y también el acto de tu protegido. Pero ella tiene un corazón bueno y fraterno, no guarda odio. No es porque sea yo su Guardian, que digo eso, es un hecho. Tú verás.

- Me siento más tranquilo. Ícaro es un muchacho lleno de problemas, especialmente conflictos emocionales no asumidos y bastante difíciles de ser arreglados.

- Conozco casos así... Son los peores. Cuando el encarnado reprime sus sentimientos, se deja llevar por la inconsciencia de sus actos negativos, piensa que no sufre, ni tiene problemas, cuando, en verdad, su corazón está enfermo y frágil, tenemos mucho trabajo para convencerlo de lo contrario. Pero esa es nuestra función. Debemos luchar por ellos,

nuestros pupilos.

- Cierto, amigo. Ícaro se niega a aceptar con resignación las pruebas de su existencia. Ese es el primer problema. El segundo es su fuga de la realidad; no le gusta pensar en reflexionar o meditar sobre su vida. El tercero está en su sensibilidad delante de las influencias y su desconfianza con relación a mi actuación. En fin, con ese cuadro, he tenido muchas dificultades.

- Son los obstáculos de la misión. Aun así, agradezco a Dios esta oportunidad. Ella es una persona muy querida para mí...

- Tú sabes quién fuiste para ella?

- Sí, su marido. Estuvimos muy unidos en la última encarnación. Nos amamos verdaderamente y ese sentimiento trascendió las dimensiones del tiempo y del espacio, por eso, estamos juntos otra vez.

- ¡Qué felicidad!

- Todos tenemos nuestros Ángeles por causa de esos lazos tan fuertes que establecemos con alguien.

- Tengo mis lazos con Ícaro... De amor, de odio, todo fruto del pasado.

- Son lazos, mi buen amigo. Todos son igualmente importantes para nuestra evolución.

- Ella está saliendo de la habitación...- dijo Jeremías. Voy a dejarte ahora para que puedas acompañarla. Te agradezco el apoyo. Voy a orar por ella.

Se despidieron.

Jeremías volvió junto a Ícaro, que se encontraba más calmado y pensativo. El próximo paso sería su juicio.

CAPÍTULO XXI

En la audiencia, delante del juez, en el día en que la víctima fue a prestar declaración, había dos Espíritus a su lado. Uno era su Ángel, Ptolomeo; el otro una entidad enemiga secular de Ícaro, intentando influenciarla para perjudicarlo con sus declaraciones. Esa es la dialéctica natural del bien y del mal, situación que ocurre cotidianamente con todos los encarnados en la Tierra, venciendo ahora el buen sentido y la virtud, ahora la maledicencia y el desvío.

Cada uno debe aprender a escuchar su interior y sentir cuando está siendo influenciado por un Espíritu no esclarecido y cuando recibe un buen consejo de su Ángel Guardian o de otro Mentor amigo. Es posible hacerlo. En lo más profundo de cada persona, existe un dispositivo de seguridad listo para notar si un mal está predominando y también alerta para reafirmar la senda del bien. Sabemos cuándo obramos de una manera cristiana y también cuando hacemos lo contrario.

La dualidad del bien y del mal trae variantes, es cierto. Entre un lado y otro hay infinidad de posibilidades de actuación y comportamientos, de forma que la mayoría de los encarnados no son integralmente malos o buenos. ¿Quién no se equivoca? ¿Y quién acierta siempre? Pocos tal vez. Por eso es importante el trabajo de los Espíritus Protectores, que acompañan a sus pupilos toda la vida, orientándolos por el buen camino. Puede que no sean oídos, sin embargo, no los abandonarían ni dejarían de obrar en beneficio de aquellos que protegen.

Así, recibiendo vibraciones de ambos lados, pero más inclinada para su Ángel, pues estaba más integrada a él, la ofendida le dijo al magistrado que tuvo una reacción exagerada aquel día. Fue, de hecho, abordada por Ícaro, pero éste no la había amenazado, ni portaba ningún arma. Se asustó con su porte físico y su petulancia y, por eso gritó. Fue entonces agarrada por el cuello. El muchacho — dijo ella — quería que yo parase de gritar. Contó que se desmayó y no supo nada más de lo ocurrido. Preguntada por el juez, declaró que no le fue sustraído nada y que no sufrió daños, excepto el causado por el tremendo susto.

Ícaro, posiblemente por primera vez, percibió que los seres humanos pueden ser solidarios y tener actitudes superiores cuando lo desean, tal como Jeremías le había dicho. Aquella mujer le podría haber perjudicado mucho, diciendo que se trataba de un asalto, pero ella fue sincera. A pesar de haber sufrido mucho con su ataque, declaró al magistrado que tuvo una reacción desmedida delante del pedido de limosna que él hizo.

Ícaro había sufrido mucho en el calabozo, pero entendió que fue producto de su propia actitud. ¿Si fue perdonado por la mujer, por qué no podría también perdonar a otros que le hicieran algún mal? En su corazón parecía estar brotando la esperanza de renovación.

Jeremías, notando que había algo diferente en sus vibraciones, lo incentivó. Cuando la víctima terminó su declaración y se levantó para salir de la sala, Ícaro le dirigió una mirada de agradecimiento. No podía hablar nada durante aquel acto solemne, pero ella lo entendió a la perfección. Pasando al lado del muchacho que estaba es posado y custodiado por policías, le devolvió la sonrisa amistosa y lo tocó levemente en el hombro.

Gracias al esclarecimiento de los hechos, pero aun contando con la severidad de las autoridades que buscaban castigar su error, Ícaro recibió una pena que le permitió quedar en libertad, bajo determinadas condiciones. Supervisado por el juez, él podría dejar la prisión, pero tenía el deber de trabajar y cambiar de vida. En caso de que no fuese así, volvería a la prisión.

Aceptó lo que el destino le había impuesto. Lejos de malas influencias, acabó pensando sinceramente en alterar su ruta en el curso de su existencia.

CAPÍTULO XXII

Los obstáculos nuevamente surgieron. Nadie quería darle trabajo, por su condena criminal. Su deseo de cambiar empezó a debilitarse, aunque Jeremías le dijese, por intuición que no tendría que decaer tan pronto.

Ícaro percibió la cara vengativa del mundo a su alrededor. Personas que ni siquiera lo conocían, ni habían hablado en privado con él, de alguna forma eran hostiles y se negaban a ayudarlo, en cuanto sabían de sus antecedentes delictuosos. El inconformismo invadió todo su ser, ya que no aceptaba el hecho de haber sido perdonado por la persona a quien hizo daño y estar siendo rechazado por aquellos a quienes nunca hizo nada. ¿Cómo podrían los hermanos encarnados ser tan vengativos? — pensaba. Si yo me equivoqué — continuaba meditando — ya pagué y fue muy duro.

En verdad, sus reflexiones tenían su dosis de autenticidad. Muchas personas juzgan a las otras solamente por la apariencia. No bastaba estar obrando mal al juzgar a un semejante, aun así, deberían al menos hacerlo con justicia. Los que juzgan al prójimo no piensan en aquello que están haciendo mal cuando juzgan los errores ajenos, lo que de por sí solo es una gran falta de carácter. Ser auténtico significa la dignidad de asumir los propios errores (todos), inclusive los que son encubiertos bajo la creencia de que no constituyen mal alguno.

El perdón debería ser más ejercitado en la Tierra y todos vivirían mejor, no solamente porque los corazones se harían más suaves y el amor prevalecería, sino también porque muchos tendrían una segunda oportunidad, a fin de demostrar que están dispuestos realmente a cambiar de actitud. ¿Si no hubiese perdón, qué sería de la humanidad? Todos serían llevados a rigurosos juicios penosos, sin oportunidad de renovación.

A veces reflexiono sobre tales situaciones, que son típicas de planos menos elevados para consolidar mi fe en la Sabiduría Divina. La ley de la Reencarnación es la mayor prueba de eso. Si erramos una o varias veces, siempre tenemos la oportunidad de pagar nuestros débitos, volviendo a renacer en la Tierra tantas veces como sean necesarias para aprender los verdaderos valores cristianos. Prueba de que Dios no es vengativo como los hombres y perdona eternamente a sus billones de protegidos en todo el Globo, concediéndoles nuevas oportunidades de redención.

Ícaro estaba casi desfalleciendo, cuando un panadero le dio empleo. Se apiadó de su estado lastimoso y se acordó de su hijo, que había cometido un error parecido en la juventud. Si no hubiese habido mucha resignación de su parte y del hijo, en aquellos días, no habría cambiado completamente de vida, adoptando el camino de la responsabilidad y del trabajo honesto. Resolvió confiar en Ícaro.

- Tuve un hijo que obró como tú. Fue condenado también. Y tuvo las mismas dificultades para encontrar empleo: en aquella época yo no estaba estabilizado en mi pequeño negocio y no pude ayudarlo. Tenía mucho miedo de que él nuevamente volviese al crimen, por falta de apoyo de la sociedad. ¿Si tanto querían que él no cometiese más errores, por qué le estaban negando ayuda? Fue una época dura en mi vida, muchacho. Por eso voy a darte una oportunidad — le dijo el propietario de la pequeña panadería en uno de los barrios del

centro de la capital paulista.

- No sé qué decirle, señor Juvencio. Le prometo que sabré corresponder a su confianza. ¿Cuándo puedo empezar?

- Mañana por la madrugada. Tú debes estar aquí sobre las cuatro, pues nuestro trabajo es esencialmente nocturno. ¿Hay algún problema para ti?

En verdad lo había, pues él no estaba acostumbrado a trabajar honestamente, y menos en aquel horario. No obstante, Ícaro dijo que no tenía problemas. Al día siguiente, comenzó su nueva actividad. Sufrió al principio para adaptarse al calor de los hornos y al despertar madrugador, sin embargo, estaba aliviado por haber encontrado un empleo. Quien desea trabajar realmente, invierte en sí mismo y cualquier actividad honesta es una labor cualificadora; no dispensa servicios y no critica menesteres.

Jeremías estaba profundamente feliz. Finalmente, Ícaro seguía un camino cristiano. Decidió volver a Alborada Nueva para ponerse a disposición de alguna misión extra que pudiese hacer.

CAPÍTULO XXIII

El hijo de Juvencio había partido con la esposa para intentar una nueva vida en Santa Catalina, donde tenían parientes. Deseaba abrir una pequeña confitería en la capital, como había aprendido de su padre, solitario, el panadero consolidó sus lazos de ternura con Ícaro, solidificando la amistad que los unía.

Al cumplir los veinte años, el muchacho dominaba bien el arte de hacer los panes. Dulces, salados, confeccionados y hechos por encargo de los más variados gustos salían todos los días de los hornos de la panadería. Ícaro ya sabía manipular con destreza el glasé, las almendras, nueces o avellanas, las barras de chocolate que derretía para endulzar sus dulces, las cremas de huevos, muchos dulces sabrosos, y todas las esencias de sabores artificiales que encantaban a los más depurados olfatos.

Vivía en una pensión para muchachos y compartía la habitación con un guardia nocturno. Se veían muy poco, pues el compañero salía sobre las diez de la noche para su trabajo, cuando Ícaro aún dormía. A su vuelta el vigilante dormía cuando el otro aún estaba en la panadería. En fin, era una relación distante, de donde sería casi imposible que naciera una amistad. Sólo le quedaba realmente, el contacto con Juvencio.

Hablaban mucho y cambiaban ideas, tal como si fuesen padre e hijo. Uno de los placeres particulares de Ícaro era utilizar sus fines de semana para pasear por los barrios elegantes de la ciudad, admirando las bellas casas y sus coches, alamedas con árboles, los jardines con césped bien arreglado y flores que parecían artificiales, en su tamaño, colorido y su perfume. Soñaba en trabajar para uno de esos ricos, solamente por placer de residir en una de aquellas mansiones. A veces era impelido a proseguir su paseo por algún vigilante más riguroso, pero eso no lo desanimaba. Sabía que el guarda estaba haciendo sola mente su trabajo, mientras el paseaba.

No era un muchacho feo, al contrario, tenía un atractivo poco común habiendo sido criado sin ninguna comodidad. Desarrolla un porte físico envidiable y había crecido por encima de la media. Tenía un aire especial, que le daba garbo, mientras paseaba con pasos seguros y determinados, dándole un aspecto altivo y emprendedor.

En una de esas ocasiones, se cruzó por la alameda con una bella muchacha, que también paseaba por el barrio, acompañada de un perro pequeñito. Cambiaron miradas y él, vestido como si estuviese haciendo alguna actividad física, despertó el interés en la joven. Ella tomó la iniciativa y le preguntó la hora. Motivo superfluo, banal y socorrido para dar inicio a una conversación, pero que siempre funciona entre personas que nutren el mismo objetivo.

Pasaron algunos minutos charlando animadamente, sin que la muchacha tuviese noción de quién era realmente el muchacho por quien se interesaba. Creyendo que era un vecino, lo invitó a visitarla en cualquier oportunidad. Ícaro no se hizo rogar y le pidió una fecha; todo fue decidido para el próximo fin de semana. Sin contar lo que había ocurrido, el muchacho trabajó aquella noche canturreando como si estuviese bailando en una nube o saltando sobre un césped suave, lo que dejó a Juvencio inquieto. Aun así, prefirió no interferir en aquel momento de felicidad solitaria del joven tan sufrido por quien sentía un especial

afecto.

Ingenuo el muchacho en el campo sentimental, Jeremías empezó a preocuparse por un eventual rechazo de la muchacha que podría ciertamente ocurrir. Intentó aconsejarlo para que no fuese a la cita, pero no fue oído. Por lo menos debería estar prevenido. En el día establecido, para suerte o azar de Ícaro, los padres de Angela no estaban en casa y ellos pasaron solos la tarde, al lado de la piscina. Muchas horas de animada conversación permitieron diversas informaciones, pero no las suficientes para que la muchacha percibiese con claridad el origen de él. Pensaba que él pudiese ser algún tipo de "nuevo rico", alguien cuyos padres habrían enriquecido rápidamente y se habían mudado al barrio, sin poseer, no obstante, cultura y preparación suficiente. A eso no le daba importancia, porque muchos de sus amigos tenían similar patrón. Se aficionó, naturalmente, a Ícaro que era animado y parlanchín.

Prometieron verse otras veces y así fue. Sin ningún contacto familiar, ya que los padres de la muchacha estaban extremadamente ocupados con sus compromisos sociales y permanecían poco en casa, ellos se sentían enamorados. Se dieron el primer beso a las márgenes del pequeño y sereno lago que circundaba el jardín de la residencia de Angela. Ícaro, desde su inocencia, creía estar implicado sentimentalmente y ya comenzaba a trazar planes para el futuro. En aquel día, miró para la casa con especial desdén, dejando de codiciarla. Percibió que hay dos modos de encarar la riqueza: con naturalidad, como si fuese un hecho corriente en el mundo, o no resignándose, deseando de algún modo, aunque inconscientemente, tenerla para sí. Las grandes verjas de aquellas puertas siempre le fueron hostiles, pues querían aislar dos mundos, aunque le gustase pasear por allí. Se juzgaba parte de los que deseaban tales bienes.

Después de su aceptación en aquel contexto, como pensaba que estaba ocurriendo, pasó a considerarse envuelto por la naturalidad de propósitos. Jeremías presentía lo peor y ya cuidaba de aconsejarlo con insistencia. Pero estaba siendo en vano. Cuando una caliente y sofocada tarde de domingo, entró en la casa de Angela, finalmente encontró con sus padres, acompañados de algunos amigos, al lado de la piscina. Un poco cortado al principio, pero lleno de confianza en sí mismo y en las dotes de la juventud, se dejó enredar en lo que sería una de las más serias decepciones de su vida.

No fue necesario mucho tiempo para que los progenitores descubriesen que el muchacho no tenía un nacimiento de oro, ni incluso que fuese "nuevo rico", naufragando en las preguntas sobre los lugares y personas con quien convivía. Familia no tenía para dar referencia, adoptando entonces, al viejo Juvencio como parámetro. Para los padres de Angela, el sabor de la soberbia, no era suficiente.

Las contradicciones comenzaron a surgir. Cuantas más explicaciones eran pedidas, mayores eran los momentos de malestar generados. En un primer momento, Ícaro se dejó llevar por una sinceridad relativa. No iba a decir que vivió la mayor parte de su vida entre una favela y un correccional de menores, ni tampoco que estuvo preso, pero tampoco pretendía ocultar su origen humilde y su pobreza, pues tenía el convencimiento que gustaba a la joven y podría hacerla feliz, bastando para ello un sustento honesto y mucha voluntad de acertar.

Era su sueño, pero no la realidad del mundo donde vivía.

- Entonces, muchacho — le pregunto el Dr. Bruno, padre de Angela — ¿dónde vives realmente?

- En Villa Mariana.

- ¿Tan lejos? ¿Y cómo viniste a parar al Jardín América?

- Una actividad física. Corro mucho para mantenerme en forma... Entonces, termino dando la vuelta a toda la ciudad (risas).

Los oyentes le dirigían una mirada piadosa, delante del chiste sin gracia.

- ¿Por qué no vas a un gimnasio? ¿No es mejor correr en esteras que en las polvorientas calles de esta ciudad? — preguntó Bárbara, la novia de uno de los invitados del anfitrión.

- El prefiere el contacto con la naturaleza, lo que es imposible dentro de cuatro paredes. Esos gimnasios están llenos y agotan; yo misma no los soporto — completó Angela, intentando protegerlo.

- Conozco bien Villa Mariana... — añadió Pedro Luis, el novio de Bárbara.

- ¡Ah, sí! — dijo bajito Ícaro, ya molesto por haber escogido un barrio que no conocía bien.

- Mi abuela reside allí; en una de las principales calles... La de Domingo de Melo... ¿Tú la conoces, no?

El nombre era Domingo de Moraes y el muchacho estaba solamente provocando la ingenuidad de Ícaro.

- Si, la conozco. Vivo a algunas calles de allí.

- No me digas — rieron los presentes casi simultáneamente.

- Percibiendo su error, deseó enmendarlo:

- Bueno, vivía... Cuando era pequeño, viví cerca de esa calle. Ahora, de hecho, vivo un poco más lejos... Creo que Jabaquara y no en Villa Mariana.

- Ah, bien ¿En qué parte exactamente?

El muchacho fue perdiendo el sentido de la dirección hasta alcanzar el límite con la ciudad vecina, Diadema, donde, en realidad vivía.

- Qué dijiste que eras? (...) — le preguntó el Dr. Bruno.

- Pastelero. Tengo una confitería, la mejor del barrio.

- ¿Y vives de eso?

- Sí, es un mercado muy bueno; a todos les gustan los panes y dulces, especialmente los míos (risas).

- ¿Y qué tienen de tan especial?

- Son hechos por mí (risas solitarias) y, además de eso, tienen recetas particulares, desconocidas por mis competidores.

- Panes son panes en cualquier lugar— dijo Bárbara.

- ¡Oh, no! Mi jefe quiere hacer diferencia con los suyos... —intentó retraerse Ícaro, dándose cuenta que se traicionaba.

- ¿Tú patrón?

- Bueno, en realidad, soy confitero y voy a ser socio del negocio... Ya sabe cómo es... Me considero como tal.

- Aunque todavía no lo seas...

- Exacto.

- ¡Qué bueno! Un muchacho emprendedor. Un luchador. Muy raro hoy en día — dijo el médico, dueño de la casa.

Otros diálogos fueron haciendo aumentar el malestar de Ícaro, hasta que, poco después, descubrieron que él, en realidad, era empleado de una panadería y residía en las afueras de la ciudad. Angela estaba visiblemente contrariada, sin saber por qué motivo. Podría haberse sentido engañada también o apenas presentía las presiones que iba a sufrir de sus padres a continuación.

Ícaro, a pesar de saber que muchos de sus sueños estaban perjudicados, aún creía en el valor del sentimiento y de la persona humana. Creía en la imparcialidad de los padres de la muchacha cuando fuesen a analizarlo después de tantas informaciones. Se engañó. Finalizado aquel día, no consiguió volver a ver más a la joven. O bien ella no estaba, o estaba ocupada y no podía atenderlo o bien, había salido de viaje y así sucesivamente.

Cansado y herido, Ícaro procuró consuelo en Juvencio, contándole finalmente lo que había ocurrido. Experimentado y endurecido, el patrón no le ocultó lo que sabía.

- Ícaro, hijo mío, por más que juzgues injusta esa situación, tú debes aprender a vivir con ella. El mundo es así. Hay ricos y hay pobres y ellos, por norma, no se mezclan, especialmente para ir al matrimonio.

- Pero yo pensé que podría valer alguna cosa por lo que y soy y no por tener o no dinero.

- Sé que es injusto, ¿pero qué hacer? No va a cambiar el pensamiento de la gente tan

fácilmente.

- Pero... — lagrimeaba — estoy intentando recomponer mi vida. Si no me dan oportunidad de reconstruirla, ¿qué debo hacer? ¿Volver a vivir de la caridad ajena?

- No hijo mío, tú sólo debes tener los pies en el suelo, no apartarte de la realidad. Tú eres como eres, no intentes ser diferente, no busques aparentar otra cosa. Confórmate con lo que Dios te dio. Esa es tu prueba.

- Otros lo consiguen... ¿Por qué yo no?

La vida real no funciona como en las películas o novelas, donde los ricos y pobres tienen oportunidad de terminar en final feliz. Lamentablemente, el mundo es materialista. Toda gira en torno de tener o no riquezas materiales. La regla es el separatismo, normalmente en materia de uniones sentimentales. Tal vez existan raras excepciones, ¿pero por qué construir un sueño casi imposible y vivir de él? ¿No es más fácil que tu veas la realidad? ¿Vivir en función de lo que puedes conseguir?

- A mí me gustaba aquella muchacha...

- Te podrán gustar otras.

- ¡Pero es injusto! Si yo no le hubiese gustado, lo entendería; el hecho es que otros puntos pesaran más, contra los cuales no pude defenderme... Ni lo iba a conseguir.

- ¡Caro, fue bueno que eso haya ocurrido pronto. ¿Imagínate si más tarde hubiesen descubierto que estuviste preso? Sería terrible.

- Sí, sé eso, pero yo siempre imagino que el pasado puede ser, de algún modo, olvidado y podemos vivir en función de lo que somos en el presente y de lo que prometemos ser para el futuro ¿Me equivoco?

- Por ahora, sí. La sociedad no perdona tan fácilmente. Yo diría incluso que ella no perdona a nadie. A veces, olvida... ¿Perdonar? Jamás.

- Juvencio, es tan difícil vivir, estar en contacto con personas tan duras, no ser amado como a la gente le gustaría. Yo siempre soñé y nunca consideré un mal hacerlo. Hoy, mal puedo tener metas y alcanzarlas, y menos idealizar algo bello para mí.

- Tú problema no se escapa por regla de muchos otros. ¿Por qué tus sueños deben girar en torno del materialismo? ¿Si tú no eres rico, por qué soñar con serlo? ¿Por qué las personas insisten en pensar que es en ese tipo de riqueza que está la felicidad?

Jeremías, al lado de Juvencio, lo apoyaba firmemente en su discurso, llegando a instruirlo.

- No sé, tal vez porque todos lo hacen así.

- Pues se diferente entonces. Muéstrate a ti mismo que eres capaz de tener otros deseos

diferentes de los comunes. Evidencia autenticidad en tu corazón y pasa a querer lo que puedes alcanzar con tu fuerza de voluntad.

- ¿No puedo ser rico? ¿Es eso lo que intentas decirme?

- No sé si puedes o no. En caso de que trabajes bastante o el destino te lo permita, podrás ser. No sé, Ícaro, sinceramente no lo sé. El punto no es ese. Ten por sueños algo que puedas alcanzar, no te decepciones por poco. Entiende quién eres tú, comprendiendo el valor de la vida en sí. No podemos quedarnos girando en un círculo vicioso en torno de las mismas cosas, creyendo en las mismas mentiras y volcando nuestras metas para este mundo...

- ¿Cómo "este mundo"?

- Yo creo que Dios nos proporciona otro "mundo" cuando morimos y salimos de este.

- No lo creo. Pienso que morimos y se acabó.

- Algunos piensan de ese modo, pero es triste. La vida sería insoportable y sin finalidad siuviésemos únicamente esta vida actual. ¿Tú no lo sientes así?

- Nunca pensé en eso, ni quiero. Considero difícil convivir con mi presente. No consigo vislumbrar ese futuro del que hablas. Quería ser feliz ahora, exactamente ahora.

- ¿Por lo menos tú quieres ser feliz?

- Sí. ¿A quién no le gustaría?

- Si es así, lucha por tu felicidad porque ella no te surgirá sola de repente.

- ¿Qué debo hacer para eso? Es lo que más quiero.

- Cambia tus metas de vida, Ícaro. Reconsidera los valores que tanto te impulsan actualmente. Reaprende a vivir.

- Es muy radical para mí. Soy lo que soy y no voy a cambiar.

- Todos pueden hacerlo y tú no eres diferente.

- No sé Juvencio. Parece que ya oí hablar a alguien así conmigo. Además, esta escena — gesticuló apuntando para los lados — parece que ya haya ocurrido antes conmigo... ¿A ti no?

- Sinceramente, no.

- Para mí ya ocurrió.... No sé cómo, ni dónde, pero sé que sí.

Era solamente un recuerdo de sus varias conversaciones con Jeremías, en las cuales dialogaron exactamente sobre el mismo tema. Se acordó de las palabras de su querido

Ángel Guardián, ya que él estaba intuyendo a Juvencio en aquella conversación y muchas de sus ideas pasaban al pupilo. No son raras las oportunidades en que el encarnado tiene la sensación de haber estado ya en algún lugar, vivido escenas semejantes o dialogado de la misma forma antes. Todo eso forma parte de una mezcla de situaciones que envuelve la clara interligación entre los dos planos de la vida. De un lado, existe el recuerdo de hechos semejantes ocurridos en vidas pasadas, que fueron tan marcados que se registraron con mayor intensidad en la memoria. Por otro lado, están los consejos, conversaciones o situaciones que ocurren en la vida presente, también del lado espiritual, en momentos en que el Espíritu se libera del cuerpo físico durante el sueño tiene contacto con Mentores, con otras entidades y con su Ángel Guardián. Finalmente, puede ser solamente un recuerdo ligado a algún sueño reflexivo (5) que haya tenido.

(5). Nota del autor material: Ver en el libro “Conversando sobre la mediumnidad” Capitulo IX.

CAPÍTULO XXIV

Ícaro necesitó algún tiempo para superar esa nueva crisis emocional, pero esa vez contó con el apoyo fundamental de su jefe y amigo. Era un muchacho solitario a esa altura de su existencia. No tenía un grupo de relaciones que fuese más allá de la panadería donde trabajaba. Por más que intentaba convencerse de lo contrario, se sentía angustiado por eso; los seres humanos no son por naturaleza entes aislados.

Juvencio le recomendó el camino. Debía dejar que su corazón estuviese menos áspero y listo para reiniciar su camino amoroso. Incluso reticente, estuvo de acuerdo. Algunos meses después, estaba enamorado seriamente de una muchacha del barrio. Sintiéndose seguro por el nivel social semejante de ambos, comenzó una relación más íntima. Eso dio como resultado el embarazo. Me acordé del momento en que fui engendrado, en mi última reencarnación. Para el Espíritu que se une al óvulo fecundado es muy importante sentirse amado y querido. Ícaro, que ya había sido rechazado por su madre, hizo lo mismo con su hijo. Informado del embarazo, su primera reacción fue negativa. La segunda fue sugerir el aborto. Permaneció en ésta, a despecho de las protestas de Jeremías, que le hablaba a su oído diariamente.

Durante los desprendimientos, para evitar el contacto con Ángel, Ícaro se dejaba llevar por las actividades de entidades engañosas, holgazanas y menos esclarecidas, apartándose lejos. Jeremías buscó entonces a Juvencio. Con el apoyo de su Guardián, dio consejos y orientaciones para el procedimiento a ser adoptado en aquella circunstancia. El panadero asintió. En una charla con el empleado, decidió hurgar en su intimidad.

- Sé que a ti no te gusta que entre a tocar asuntos de tu intimidad, pero me veo obligado a hacerlo, pues fui buscado por Carla varias veces. Ella no quiere perder al niño y me dijo de tu insistencia. Me pidió que hablase contigo.

- Perdóneme Juvencio, pero no es asunto tuyo.

- ¿Y de quién más puede ser? ¿tuyo?

- ¿Y no es así?

- Parece que no lo es, porque tu no quieres tener nada que ver con el problema surgido; finges ignorarlo y sugieres lo más fácil.

- Y es lo más fácil. Además, es lo ideal.

- ¿Por qué?

- ¿Cómo que por qué?... No tengo edad para ser padre, ni condiciones económicas.

- Si fuese por eso, tú no estarías aquí para hacer esa opción.

- No entendí tu afirmación.

- ¡Sí que entendiste! Si dependiese de la situación económica, tú no habrías nacido.
¿Olvidaste tu pasado o hiciste intención de ocultártelo?

- No tiene nada que ver...

- Siempre es igual nada tiene que ver cuando reincidimos en los mismos errores, ¿no? Qué coincidencia más conveniente para ti. Deseas que tu novia aborte, pero te olvidaste o dices que "no tiene nada que ver", desde el momento en que tú mismo fuiste rechazado por tu madre y sufriste con eso. Hasta hoy sufres. ¿Por qué haces lo mismo con tu hijo?

- Estás utilizando contra mí, intimidades que te conté...

- ¡Oh, no! Las uso a tu favor. Basta ya de dar tumbos, Ícaro. Tú fuiste repudiado por tu madre, que casi te aborta ¿aún no aprendiste? ¿Quieres repetir el mismo error con alguien inocente? ¿Tu amargura del pasado la vas a proyectar para el futuro? ¡Qué insensatez!

- ¡Por favor! No quiero hablar más sobre eso.

- ¿Cómo qué no? ¿Así simplemente? Tu hijo está creciendo y tu novia quiere una solución. Ella es joven y tiene miedo de los padres. ¿Si tú la usaste para aplacar tu soledad, lo que no te recomendé, ahora no quieres asumir una responsabilidad provocada por tus actos? ¿Vas a querer huir de todo, nuevamente?

- ¿Y por qué no? Los demás siempre huyeron cuando los necesité. ¿Bajo qué fundamento debo ayudarla?

Jeremías inspiró a Juvencio en esa respuesta. Él se extrañó del argumento y preguntó:

- Bajo el fundamento de la Ley Universal del Amor. Si es ley tú debes cumplirla. ¿No es así?

Él se extrañó del argumento y preguntó:

- ¿Quién dice eso?

- ¿Dice qué? — se confundió Juvencio, sin haberse dado cuenta de la inspiración recibida en la conversación.

- Eso... ¿Esa historia de la Ley del Amor?

- Ella es universal, todos lo saben, desde el punto de vista cristiano, debe imperar el amor, ¿no?

- Sé eso, pero el modo en que hablaste... Es tan...No sé, muy raro.

- No hay extrañeza alguna, Ícaro. Intenta comprender que tu vida siempre fue una corriente de fracasos, esperando el exacto momento de romper con esos hilos nefastos en diversos rumbos, rompiéndolos puedes traer alegría y felicidad. ¿Por qué no una vida responsable, un

hijo? ¿Tú no querías eso con Angela?

Dijiste bien: quería. Fui traicionado y no deseo más casarme.

- ¡Qué comfortable! Casarte no quieres, compromisos tampoco, pero relaciones casuales y livianas sí. Tu ahora engendraste un hijo, una tercera persona en tu vida. No tienes esa disponibilidad que estás queriendo demostrar.

- Bobadas Juvencio. Todo el mundo aborta. Es lo normal.

- Si todo el mundo discrimina, si el mundo se divide entre ricos y pobres, si los ricos menosprecian a los pobres, aun así, porque muchos lo hacen, ¿es correcto?

- Me utilizas. No me gusta eso. Estás de nuevo utilizando datos de mi vida para argumentar conmigo.

- ¿Y no es así, Ícaro? Tú fuiste discriminado y no te gustó, incluso sabiendo que era "normal"... ¿Por qué solamente argumentas con lo "normal", cuando te favorece alguna idea?

- Son situaciones diferentes. Yo fui ofendido, era y soy un ser humano. La situación del aborto es muy diferente, no hablamos de una vida. Es solamente una expectativa, nada más. No es una persona.

- ¿Cómo qué no es? ¿Si hay un Espíritu ligado a aquel cuerpo en formación, tú tienes coraje de decir que no es una vida la que está comenzando?

- ¿Quién dice que hay un Espíritu allí? ¿Lo viste acaso?

- No ironices. La vida comienza en el útero materno. Todos saben eso.

- ¿Todos quién? Estás generalizando de nuevo...

Esa era y es la gran equivocación de los hombres al aprobar el aborto. Quieren hacer creer que no hay vida en un feto, que no hay nada allí a no ser un cuerpo en formación con la expectativa de existir en un futuro. Qué insensato. Para esos, que así piensan, ¿cuándo se liga el Espíritu al cuerpo? ¿En el momento del nacimiento? ¿Habría un cuerpo sin alma durante meses? Y si así fuese, no existiría responsabilidad de la madre y del padre con relación a su hijo en desarrollo, lo que hasta incluso la propia ciencia no aprueba. Saben los encarnados, científicamente, que el ser en formación reacciona a provocaciones, manifiesta agrado o desagrado, aprecia determinado tipo de música o rechaza algún ruido, en fin, está vivo. Y si así ocurre, es porque un Espíritu mueve la carne, se ligó a ella desde el principio.

- Ícaro, creas o no, en realidad tu decisión necesita tener, por lo menos, buen sentido. No rechaces a tu hijo como fuiste rechazado. Tú no le des la espalda a Carla, como muchos hicieron contigo. No te vengues de los males que otros te causaron en quien no tiene culpa. Sé justo.

- El mundo no es justo.

- ¿Y tú no quieres cambiarlo? ¿Al menos en la parte que te concierne? Si todos pensarán así, nada va a cambiar nunca.

Decidiendo meditar al respecto, como era su hábito, dijo:

- Está bien, prometo pensar en ese asunto.

CAPÍTULO XXV

Su reflexión lo llevó al nacimiento de Heitor, un saludable niño, que sirvió de unión entre Ícaro y Carla. Casados, comenzaron una vida nueva y, como regalo por el matrimonio, Juvencio dio al esposo el cargo de gerente de la panadería. Se sentía cansado y necesitaba de alguien más joven para llevar el negocio.

Por algunos años, Ícaro vivió en paz consigo mismo. Aprovechando la oportunidad que le fue dada, el aumento de sueldo y el apoyo de la esposa, reunió determinada cantidad con sacrificio, dando la entrada para una casa pequeña, donde irían a vivir.

Jeremías estaba tranquilo, aunque atento. Conocía bien a Ícaro y tenía noción de que, en algún momento, él podría flaquear. Cuando está encarnado el Espíritu es más susceptible, porque no tiene todos los sentidos activos y actuantes como ocurre cuando está liberado de la materia, de forma que sufre muchas influencias de entidades menos esclarecidas, cuya actividad generalmente, es causar perjuicio y provocar rupturas. Obrar por egoísmo, envidia, codicia, celos y hasta vanidad. Esos desencarnados que no se conforman en haber dejado el plano físico, ante su acentuado materialismo, rodean a los habitantes del Planeta, queriendo desestabilizarlos o estar a su lado, hermanados en los mismos intereses. De un modo o de otro, causan perjuicios a las personas. No es fácil librarse de ese asedio, necesitando para ello de mucha fe y fuerza de voluntad. Y no son muchos los que poseen tales atributos.

Con Ícaro no fue diferente. Después de algunos años de convivencia pacífica, comenzó a pelear con la esposa y ya no participaba de la educación de los tres hijos, todos pequeños y necesitados. Influenciado por amistades interesadas, comenzó a ser instigado para desviar dinero del negocio que estaba administrando. Al principio, la fuerza de la amistad le habló más alto en la conciencia, pero al pasar el tiempo fue debilitándose. Pensaba, por inducción de terceros, que era explotado y no se sentía considerado por Juvencio. Creía merecer la sociedad en el negocio y la gerencia le parecía pequeña y despreciable para su capacidad. Supervalorándose, dejó que la influencia negativa tomase cuenta de sus actos. En ese momento, entidades inferiores, asociadas a sus nuevos amigos encarnados, le transformaron el modo de obrar y de pensar.

Bebiendo y dando inicio al desvío de dinero, iba a casa raramente y acostumbraba dormir en la panadería después del trabajo. Las compañías que estaban a su lado lo dejaban confuso, pues eran muchos los malos consejos que recibía. Su discernimiento, perjudicado por la ingestión desmedida del alcohol y por la subyugación, no conseguía diferenciar lo verdadero de lo equivocado.

Jeremías, preocupado, buscó actuar en conjunto con el Ángel Guardian de la joven Carla. Ambos se dedicaban al matrimonio y todas las noches, durante el desprendimiento del cuerpo físico, procuraban charlar con sus pupilos. El Protector de Carla le aconsejaba tener calma y comprender la difícil etapa por la cual pasaba su marido, mientras Jeremías le recordaba a Ícaro todo su pasado de dolores y sufrimiento, buscando cambiar la idea de traicionar al único amigo que tenía, Juvencio, y nuevamente asociarse con personas descalificadas.

Él prometía qué pensaría al respecto, pero cuando estaba despierto, obraba tal como mandaban las entidades oscuras que lo rodeaban. El desfalco en la panadería aumentó y provocó la protesta de algunos proveedores, situación que no había ocurrido nunca antes cuando Juvencio administraba personalmente el negocio.

Preocupada con la crisis, la familia llamó a Santa Catalina al único heredero que poseía. Pablo Roberto atendió la llamada enseguida. El momento era delicado, pues Juvencio no deseaba perjudicar a Ícaro, a quien consideraba como a un hijo, a pesar de saber de sus inclinaciones.

- Ícaro — le llamó Juvencio.

- ¿Qué? Estoy ocupado ahora — le respondió con sequedad el gerente.

- Ya lo sé. Disculpa la interrupción en un momento poco adecuado, pero quiero presentarte a mi hijo, Pablo Roberto él llegó de Santa Catalina para ayudarnos en el negocio, especialmente en esta época tan difícil por la que pasamos.

- ¿Usted me está retirando de la gerencia? -preguntó Icaro.

- ¡No es eso! Sólo quiero contar con mayor ayuda en la administración... Tal vez sea importante para todos nosotros vamos a aprender un poco más con Pablo Roberto, cuyo negocio va muy bien en el sur.

- No necesito aprender nada de nadie, pero si usted quiere tiene derecho. Siempre supe que esto no era mío. Un día sería despedido.

- Mira, Ícaro, jamás lo haría. Tu continuarás siendo mi gerente y mi amigo. Comprende la fase delicada por la cual pasamos. Nunca tuve una letra protestada en toda mi vida.

- Eso es normal en los negocios.

- No, no lo es — interfirió Pablo, hasta entonces callado.

- ¿Cómo es eso?

- Lo lamento, Ícaro. A mí padre le gustas mucho y pensé que también podríamos ser buenos amigos. El hecho es que tú estás siendo poco considerado con nosotros y piensas que eres el dueño del negocio. Debo recordarte que eres sólo el gerente y, es más, es anormal que un negocio tan pequeño como este, tenga letras protestadas. Siempre pagamos nuestras cuentas y no va a ser ahora que dejaremos de hacerlo. Honrar compromisos, Ícaro, es la marca de nuestra familia, es factor de dignidad para nosotros.

- ¿Tú no estuviste ya preso? Parece que no fue siempre así...

- Es bueno que tu hayas conocido un poco de mi pasado, como yo conozco el tuyo. Es un hecho que ya fui condenado y justamente por no haber sido honesto. Tú también lo fuiste. La única diferencia entre nosotros es que yo aprendí mi lección... ¿Será que tú aprendiste la

tuya?

- ¿Qué estás insinuando?

- Por favor, Pablo Roberto... — clamó el viejo.

- Por favor digo yo, papá. Esta panadería es la más antigua y tradicional de este barrio. No puede estar en mala situación financiera.

- ¿Estás queriendo decir que yo estoy robando a tu padre?

- Tú estás diciendo eso. Yo sólo te pregunte si aprendiste tu lección.

- Tal vez no haya aprendido realmente... — ironizó Ícaro, visiblemente contrariado.

- Pues bien. Estoy aquí para ayudar a subir el negocio, te guste o no.

- No me quedaré para ser humillado por un "hijo de papá" que llega como el gran salvador...

- Ícaro, hijo mío, por favor no digas eso — interfirió sufriendo, Juvencio.

- Déjalo papá. Él está fanfarroneando. Sabe que tenemos razón y que él no está obrando correctamente. Si fuese de hecho honesto, se quedaría para hacer juntos un balance general de las cuentas.

- No me quedaré para trabajar con un tipo como tú — profirió Ícaro, quitándose su delantal y tirándolo en el piso. Para mí es el fin. No quiero tener más contacto con gente como tú. Me voy, no me busquen más.

- Ícaro, reconsidera, piensa en nuestra amistad — lagrimeaba el panadero.

- Él no puede, papá. Sabe que no se puede quedar...

Era verdad. Ícaro actuó como si estuviese contrariado y ofendido, pero en realidad no podría convivir en el mismo ambiente con aquel que iba a descubrir los desvíos que hizo y que contaría a Juvencio. No iba a conseguir encarar eso. Prefirió salir antes. En vez de irse para la casa, fue a beber a un bar próximo a la panadería, donde se encontró con algunos amigos. Les contó lo que acababa de ocurrir y, lamentablemente, sólo oyó pésimos consejos. Su Protector, en esa ocasión, mal consiguió entrar en el ambiente donde estaba bebiendo, tantas eran las criaturas inferiores que allí estaban. Desde fuera, sin embargo, permaneció en vigilia vibrando por su pupilo.

Se quedó muchas horas en aquel bar. Salió convencido de que fue engañado y que todos los años de trabajo dedicado al viejo habían sido inútiles. Se sentía, a su modo, traicionado y vilipendiado. Debería vengarse. El odio nuevamente tomó cuenta en su corazón. Jeremías lo envolvió con todo su amor y oró a Dios por la suerte del protegido, pues presentía lo peor. No tardó el momento en que Ícaro, unido a unos amigos ignorantes y embrutecidos,

influenciado por criaturas umbralinas, fuese a la panadería para la revancha deseada.

Una semana después del día en que Juvencio le presentó al hijo, Ícaro entró en el establecimiento, rodeado de dos individuos mal encarados. Se acercó al mostrador y preguntó:

- ¿Te acuerdas de mí?

Pablo Roberto levantó los ojos de las cuentas que manipulaba y, presagiando algo extraño, respondió:

- Sin duda, Ícaro. ¿Qué deseas? ¿Viniste a retomar tu puesto de gerente? Aún es tuyo.

- Mira, no seas gracioso y ridículo. No voy a ser tu empleado. Sufrí mucho para llevar esta porquería de negocio y ahora, mira, fui echado fuera.

- No es verdad. Tú saliste porque quisiste. Mi padre siempre deseo que te quedaras, además de que...

- Calla la boca — gritó sacando un revolver y apuntando al rostro de Pablo Roberto. Estoy aquí para cobrar mi cuenta. Un trabajador de muchos años de la casa merece una indemnización, ¿no?

- Sí, lo mereces. ¿Cuánto quieres? — preguntó Pablo, pretendiendo dejarlo tranquilo.

- Todo lo que tú tienes en aquel cofre del escritorio que yo conozco muy bien.

- Lo que está allí, Ícaro, es para pagar a los trabajadores... Tú sabes que no tienes derecho a tan alta suma.

- Pero es lo que yo pienso... Y como soy yo quien está armado, mi deseo debe prevalecer, ¿o no?

- Se rieron sus amigos, también con armas en las manos, dominando a los presentes.

- Vamos, Pablo, no quiero perder tiempo en una charla inútil.

- Se dirigieron al escritorio. Jeremías fue también, aconsejando seguidamente a Ícaro a dejar el arma y a irse. Él no le oía. Estaba trastornado.

- Anda, abre el cofre.

- Tú sabes mejor que yo la combinación. Ábrela tú. — dijo Pablo Roberto.

- Tú eres bien petulante, para ser alguien que tiene un arma en el rostro.

- Ya fui bandido como tú lo estás siendo ahora. Sé que gente de tu tipo quiere mostrar coraje, pero, en el fondo, estás tan o más asustado que yo.

- ¡Qué experto eres! Todo lo sabes, todo lo conoces... Hasta lo que siento tú crees saberlo. Calla la boca y abre el cofre.

Pablo consintió. Colocando el dinero obtenido en una bolsa de plástico. Los amigos ya habían retirado todo el dinero que había en la caja y estaban listos para huir. En el momento en que estaban saliendo, uno de los colegas de Ícaro se volvió y preguntó:

- ¿Quién es el hijo del dueño?

- Soy yo — respondió secamente Pablo.

Entonces aún no acabamos. Esto es porque tú has tomado un lugar que no te correspondía — profirió el marginado, disparando su arma contra el pecho de la víctima.

Un tiro certero le alcanzó el corazón y Pablo Roberto cayó inerte al suelo. Ícaro gritó al colega para que no lo hiciera, pero fue en vano. Huyeron todos dejando atrás el rastro de venganza y de odio, elementos que ya habían perjudicado seriamente la trayectoria de Ícaro en el pasado. Jeremías bajó la cabeza y allí permaneció horas quieto, en cuanto equipos de rescate del plano espiritual daban asistencia a Pablo Roberto, recién desencarnado y de modo prematuro.

CAPÍTULO XXVI

Ícaro no tuvo tiempo para huir, pues no tenía siquiera a dónde ir. Se perdió en remordimientos, se dejó llevar por la voz de la conciencia y se sumió en un torbellino de emociones contradictorias que casi lo conducen a la locura. Una persona necesita ser muy endurecida o de veras muy ruda en sus sentimientos para cometer un delito contra la vida de otro ser. Su Ángel se colocó a su lado, buscando darle un poco de paz, aunque continuase orientándolo a buscar reparación por el mal que había cometido.

No tardó en ser encontrado por la policía, siendo preso y llevado de vuelta a la cárcel. Se acordó de su último pasaje por la prisión y sabía que, esa vez, no saldría tan pronto. Se aproximaba a los treinta años y tuvo un juicio rápido y nada doloroso. Mal percibió que estaba condenado a cumplir casi dos décadas en el interior de cuatro penosas paredes. Todo fue tan fugaz y raro que Ícaro no conseguía siquiera razonar en condiciones sobre lo que hizo, a pesar de saber que era desgraciado. Sus reflexiones lo corroían tanto o más que el remordimiento de los actos terribles practicados. Pensaba que había nacido para ser infeliz y no conseguía creer en las palabras dulces de su Guardian. Ese es el gran problema de los encarnados: no oír a sus Protectores.

¿Por qué desdeñar lo obvio? ¿Cuál es la razón para no creer en sí mismo? ¿De qué modo los habitantes de este planeta pretenden, al final, ser felices? La felicidad representa la meta mayor de todas; es algo que ofrece esperanza de vida, integra todos los sentimientos, promueve la unión del corazón con la razón y deja descansado el interior del espíritu. Sentirse feliz y estar feliz es doblemente agradable. Pocos lo consiguen, pero muchos lo desean. A veces me quedo pensando cuál es el motivo por el cual las personas no alcanzan ese tan apacible estado del espíritu, dejándose sencillamente tocar por la simplicidad de la vida, por los elementos más suaves y menos complejos de la composición del escenario donde están implicados.

Cada cual posee su magia personal, su factor de atracción o su encanto propio. Todos tienen un encanto particular y si eso fuese correctamente explotado, habría un toque de gracia en nuestras relaciones sociales, profesionales y amorosas de un modo general. Podrían los seres humanos cambiar experiencias, conocer cada uno el lado bueno del otro, se dejarían llevar por la benevolencia de la vida, por la magnitud de la naturaleza y por la coherencia del destino. No hay complicaciones en el desarrollo de la vida, ya que todo es previsto y/o previsible. El Espíritu, al reencarnar, tiene una programación para cumplir. En ella, a la par que su libre albedrío, están implícitas fases buenas y malas, aunque siempre existe lógica y coherencia. No existen coincidencias. Por tanto, sería necesario que todos comprendiesen, a través de la fe, que nada ocurre por acaso, todo posee su razón propia de ser y de ocurrir.

Hay rutina en la vida de ricos y pobres; nada subsiste de forma gratuita eternamente; la dádiva que persiste es la de la creatividad de los espíritus, transformando el mundo a su alrededor cada día y dándole un carácter feliz e innovador, perpetuando, pues, los gestos cristianos como fuente inagotable de placer del alma. Haciendo así, los individuos serían verdaderamente felices, en la medida máxima que es posible en la Tierra, aún en un mundo de expiaciones y pruebas.

Jeremías cuidó con celo y cariño de su pupilo. Mientras tanto, comenzaba a preocuparse, pues Ícaro ya no se alimentaba correctamente e ingresaba en el extraño y destructivo universo de la depresión. Comenzó a pensar cómo podría ayudarlo a sobrevivir varios años preso en aquella celda minúscula, casi anulado en sus perspectivas de futuro. Se acordó de los hermanos y padre de Ícaro. Podría intentar localizar a uno de ellos y, quién sabe, si conseguiría una visita familiar al pupilo, templándole el corazón. Salió en busca de la realización de su proyecto y comenzó a preguntar sobre ellos a otros Ángeles, a Mentores en actividad en la Tierra y hasta incluso volvió a Alborada Nueva para recibir orientaciones.

Terminó por encontrar a Suelen, la más mayor de los hermanos de Ícaro.

CAPÍTULO XXVII

Suelen trabajaba hacía muchos años como empleada de hogar en una casa, ya había contraído matrimonio y tenía dos niños pequeños: Ícaro Luis y Antonio Aguinaldo. Era un homenaje que deseo hacer a sus hermanos y padre, bien propio de la primogénita, preocupada y afectuosa con los suyos.

Difícil, no obstante, sería convencerla para que visitase al hermano, normalmente porque estaba preso. Comenzó entonces, el inmenso trabajo de Jeremías, articulando con otros Guardianes que decidieron ayudarlo. Vanio, el Ángel Protector de Suelen, se decidió aconsejarla en ese sentido. Inició su trabajo con suaves recordaciones de su infancia, con ocasión de sus desprendimientos del cuerpo físico durante el sueño. Jeremías, a su vez, instaba a Ícaro a pensar en la hermana y, con eso, producía vibraciones continuas y positivas que llegaran hasta ella. Ese binomio de actuación hizo que Suelen pronunciarse por primera vez el nombre del hermano, después de tantos años:

Soñé con Ícaro esta noche... — dijo, un poco consternada, una mañana.

- ¿Ícaro? ¿Nuestro hijo? — preguntó el marido.

- ¡Ah, no! Mi hermano... ¿Te acuerdas que ya te hablé de él?

- Muy poco.

- Es que no había mucho que decir.

- Es por eso que casi no sé nada de él. Además, no entendí porque tú quisiste poner su nombre a nuestro hijo.

- Era una forma de aproximarme a mí familia, totalmente desintegrada, lo que me hizo muy infeliz.

- ¿Aún lo eres?

- No, ya no. Contigo me siento segura y cambiada, pero no dejo de pensar en ellos. Y esta noche soñé con Ícaro de un modo especial. Sentí que él está necesitando ayuda.

- Tal vez sea mera coincidencia.

- No sé... El problema es que no sé dónde encontrarlo.

- Paciencia entonces — remató el marido.

Vanio le sopló al oído un mensaje.

- ¡No, no! Jamás fui indiferente con alguna cosa que me preocupase y no será ahora que voy a comenzar a ser así. Voy a buscarlo. Siento que él necesita de mí.

- Pero, Suelen, no seas infantil. ¿Dónde vas a encontrarlo? Son años de separación.
- Voy a comenzar por la institución donde él estuvo internado. Sé dónde es y, tal vez sepan alguna cosa
- ¿No es peligroso?
- En esos lugares hay más criaturas necesitadas y abandonadas que delincuentes. Me entristece saber que la mayoría piensan justamente lo contrario. Personas como nosotros, que crecimos en favelas y no tuvimos el apoyo de nuestros padres, podemos ir a instituciones como esa con facilidad, aunque no hayamos hecho nada de malo.
- Perdona, no quise ofenderte. Fue sólo una pregunta.
- Que refleja exactamente el pensamiento de la mayoría. Es lamentable, pero real.
- ¿Quieres que te ayude?

Vanio le dio un impulso. Ella lo captó y dijo:

- Pregunto a tu jefe si él puede resolver alguna cosa en la delegación.
- Lo voy a intentar... ¿Por qué? Tú piensas que él puede tener...
- No lo sé, Tito. Todo es posible y debemos tentar a la suerte.

El marido de Suelen trabajaba como portero en un edificio, cuyo encargado era delegado de policía. Por eso, ella hizo la referencia para buscar en ese sentido. Al cabo de algunos días, intercalando su trabajo con su investigación, Suelen acabó descubriendo que el hermano estaba preso por desfalco. Le representó un duro golpe, realmente difícil de ser superado. Se quedó algunos días sin salir, sin querer hablar con la familia, a pesar de la insistencia del pacífico Tito. En esas horas de meditación aislada, Vanio y Jeremías actuaban en su favor, dándole especiales inspiraciones y promoviendo toda suerte de recuerdos posibles de la parte feliz de su infancia al lado de los hermanos. Ella, que era la más mayor, cuidó de ellos como si de sus hijos se tratase, por tanto, sería justo que se dirigiese al encuentro de quien estuviese necesitando de su cariño y de su apoyo. Esa fue su conclusión, auxiliada por los Protectores. Decidió visitar a Ícaro en prisión. Llevó consigo a su hijo primogénito, cuyo nombre era como el del tío.

CAPÍTULO XXVIII

Era día de visitas. Había muchas filas alrededor de la prisión y Suelen allí estaba, decidida a volver a ver al hermano, después de tantos años de ausencia. Tito y el más pequeño de los niños decidieron acompañarla, pero no entraron.

Cuando Ícaro fue informado que su hermana deseaba verlo, sufrió un desvanecimiento. Rechazó salir de la celda y se recogió en un rincón, donde se quedó retraído, con miedo. Fue necesario la intervención de Jeremías para sacarlo de la idea de no ver a la hermana.

- Ícaro, hijo mío, es tu hermana Suelen, aquella que tanto te apoyó y te dio cariño en tu infancia. ¿Por qué rechazas verla? Ven, ve a su encuentro, es tu familia. Si hiciste algo equivocado, ella ya lo sabe porque vino a visitarte a la cárcel. No te intimides, sigue tu corazón y deja que el amor prevalezca.

El consejo fue aceptado y él decidió ir al lugar de las visitas.

A lo lejos vio a la hermana. No contuvo una lágrima obstinada que le resbaló por la cara. La enjugó rápidamente para que otros presos no lo viesen llorar. Camino entonces, seguro en dirección de ella. Cuando quedaron frente a frente, dijo:

- Suelen... No sé qué decir después de tantos años. Pienso que sólo quiero estar parado, mirándote, sin hablar nada.

- Hermano mío, eres tú. Dios sea loado porque seguí mi intuición e insistí en encontrarte y verte. Mira, Ícaro — volviéndose para su hijo — es tú tío, aquel que tiene tú mismo nombre.

- ¿Tú también te llamas Ícaro? — indagó el pequeño.

Emocionado por el homenaje hecho por la hermana, el sentenciado le respondió que sí. En seguida la abrazó y besó al sobrino. Hacía mucho tiempo que no había tenido manifestaciones emotivas como aquella. Se acordó de su propia familia, esposa e hijos. Envuelto como estaba por su Guardian, vivió momentos de felicidad en el breve periodo que pasó al lado de la hermana.

Nuevamente, se nota que la felicidad sustenta en esos momentos fugaces de intensa vibración positiva, cuya alegría invade el corazón y domina la razón. El encarnado, en esos instantes, se juzga pleno, íntegro, seguro y tranquilo, aunque sólo por unos minutos u horas. Si consiguiese entender esa vibración positiva y agradable por más tiempo, conseguiría entender el verdadero carácter de tan deseada felicidad. Alguien podría argumentar que es imposible. Yo diría que no. Nada es imposible cuando se tiene la certeza de que puede ocurrir. Por tanto, de momento a momento, viviendo minutos o segundos de felicidad abundante, el espíritu adquiere fuerzas para luchar y mantenerse fiel en la trayectoria de su existencia.

CAPÍTULO XXIX

Esa es la sublime misión de los Ángeles Protectores, Espíritus dedicados y fieles, que están al lado de los encarnados para darles amor y sustentación a lo largo de toda su existencia en el plano material.

Fueron difíciles los años pasados en la cárcel. La vida era salvaje y las reglas no siempre justas. Imperaba la ley del más fuerte y el ambiente era propicio a la infección de malos sentimientos y de las influencias de las entidades inferiores. Poco se podría esperar de la aplicación de las leyes cristianas. Aun así, los Guardianes trabajaban con esfuerzo para librar a sus pupilos de la situación en que se encontraban, condenados y detenidos en un mismo ambiente degenerado y desequilibrado.

Cuando finalmente Ícaro recibió la libertad condicional dejó la prisión bien mayor y maduro. Una maduración conseguida con sacrificio y sufrimiento, pero no menos importante para aplacar su alma rebelde. Jeremías estaba a su lado. Lo aconsejó durante todo el periodo en que estuvo aislado del mundo. Le dio fuerzas y sustentación, amparándolo con amor en los momentos en que pensaba sucumbir. Lo alertó para resistir a las fuerzas del mal que lo cercaban y cumplió su papel de proteger a su amigo y compañero encarnado.

Fueron pocas las visitas que él recibió a lo largo de los años. Mensualmente, se veía con su hermana Suelen. Raramente, veía a la esposa, que surgía apenas para protestar de alguna cosa o darle información sobre los tres hijos. Heitor, el más mayor, no sé conformaba con la situación del padre y se apartaba vehemente de la idea de verlo en la prisión, hecho que hería el corazón de Ícaro.

Detrás de esa actitud estaba un sentimiento oculto de rechazo a la figura paterna, posiblemente fruto del comienzo de la gestación, cuando él estaba a favor del aborto y no dio importancia al hijo que estaba siendo gestado. Lo mismo había ocurrido con Ícaro en relación a su madre, él repitió el error casi en los mismos moldes, lo que evidencia que el Espíritu muchas veces necesita siglos para entender, con efectividad, los males que practica y corregirse de sus malas tendencias.

La madre favorecía ese rechazo del primogénito, siempre denigrando la imagen de Ícaro junto a la familia. Al contrario de resaltar sus cualidades, pues todos los tenemos, insistía en decir que Heitor estaba en lo cierto al distanciarse del padre, un inútil que sólo sirvió para destruir las esperanzas de todos los suyos. Esa no es la función de los padres: atacarse mutuamente en presencia de los hijos.

Cada ser humano tiene su dignidad y su valor. Debe ser reconocido, delante de la prole, por tales factores positivos y jamás por los negativos. Por tanto, es deber de cada padre imponer a los hijos respeto a la figura del otro, aunque él mismo no lo tenga. Construyendo una imagen positiva del padre y de la madre, el hijo crece más seguro de sí mismo, menos inmaduro y adquiere condiciones, en el futuro, de discernir más fácilmente, con justicia, entre lo cierto y lo errado. No es cuestión de ocultar la verdad a los hijos, pero sí de contarla sin emociones negativas, sin cargarlos de odio o cualquier otro sentimiento menos noble.

Los hijos más jóvenes, por su corta edad, nunca manifestaron cualquier intención de visitar al padre. Así, los años provocaron la ruptura definitiva de los lazos de Ícaro con sus descendientes. A Paloma y Aguinaldo no los vio más. Suelen intentó encontrarlos, pero no tuvo la misma suerte. El padre, Antonio, había desaparecido hacía muchos años. Supieron que él se casó nuevamente y volvió a su tierra natal.

Dejando pues, la prisión, Ícaro se refugió por algún tiempo en la casa de Suelen, que lo recibió muy bien, contando con el apoyo del esposo Tito. Estaba decidido a cambiar de vida y a comenzar de la nada, honestamente.

Jeremías le decía que siempre había una "segunda oportunidad" para todos. Le daba ánimos y bueno consejos.

¿Qué sería de nosotros, cuando encarnados, sin esos Amigos Invisibles? — pensé

CAPÍTULO XXX

Suelen — indagó Ícaro, durante una de las comidas -, ¿cuándo tuviste la idea de buscar mi paradero?

- Una noche tuve un sueño... Sé que, tal vez fue profético. Me levanté inspirada a buscarte. ¡Qué cosas! ¿Tú sabías que yo sueño todas las noches y guardo muchas escenas en mi memoria? Es como si fuese una película. A veces, se trata de una verdadera pesadilla, con escenas grotescas y horribles, pero en otros, tengo a mi lado a un gran amigo, una persona que me da apoyo y consejos... ¿Será que es Aguinaldo?

- ¿Nuestro hermano?

- ¿Por qué no? ¿Quién sabe si no es él que nos esté dando tantos consejos? ¿Sería eso un impulso para buscarlo, tal como hiciste conmigo?

- No sé, Ícaro. Desconozco ese asunto de los "sueños". Cuando tuve mi deseo despertado para ir en tu busca, fue algo tan fuerte que no me aseguré. ¿Tú sientes lo mismo en relación a Aguinaldo?

- No, no es exactamente un impulso de esa naturaleza.

- Entonces, no debe ser nada. Yo ya lo busqué tanto a él como a Paloma. Pienso que no vamos a volverlos a ver.

- Es... la vida de los pobres, eso mismo. Tenemos hermanos y no tenemos. Tenemos padres y no tenemos. Parece que vivimos un camino de película o novela, algo ficticio, que puede acabar en cualquier instante o cambiar el rumbo repentinamente. No tenemos raíces, ni nada estructurado en nuestras vidas. Vivimos en terrenos públicos o de otros; tenemos empleos inestables; construimos familias pasajeras y cambiamos de ruta de la noche a la mañana.

- Qué amargura, Ícaro. Pero no es exactamente así.

- ¿Cómo qué no? Nuestra madre murió y ni siquiera la vimos en el lecho de la muerte. Nuestro padre fue preso y después desapareció completamente. Nuestros hermanos desaparecieron sin dejar rastro. Yo fui preso dos veces y solamente te volví a ver porque alguien te dio el consejo de buscarme. A veces pienso que el pobre viene a este mundo para contar solamente consigo...

- Dios nos ampara.

- Sí, no lo dudo. Es preciso añadir: si no fuese por un amigo invisible o incluso por Dios, no seríamos nada, absolutamente nada.

- No lo veo así. Siempre tuve un hogar, personas a las que gusto, mis familiares, mis jefes. Ícaro, podemos tener modos diferentes de ver la misma realidad.

- No, Suelen, nuestras realidades son diversas. Nacimos en la misma familia, pero tuvimos destinos diferentes. El pobre es muy renegado, tiene una oportunidad entre mil para acertar en la vida, debe tener mucha fuerza de voluntad para vencer. Tú tuviste más oportunidad que yo, conseguiste una estabilidad que te permitió tener más amor propio. Yo viví en instituciones, sin amor, sin cariño... Después, caí en el mundo de la delincuencia, donde hay mucha solidaridad, pero solamente volcada a la práctica del mal. Terminé preso. Cuando volví a la vida en sociedad, tuve un amigo a quien traicioné. Practiqué otro crimen, ni sé por qué estuve preso muchos años de mi vida. ¿Y ahora qué voy a hacer? Mis hijos se volvieron en mi contra. De mi esposa, ni hablo. Te tengo solamente a ti, a los niños y a Tito.

- Y debes ser feliz por eso. Podrías no tener nada.

- Bello pensamiento conformista.

- Puedo en gran parte estar de acuerdo contigo, Ícaro, sobre nuestra vida y sobre las dificultades del pobre. No estoy de acuerdo, no obstante, de otros aspectos. No es verdad que todos tengamos el mismo destino, perdidos, anónimos, sin raíces. Ya te dije que nunca me sentí así. Por otro lado, los ricos también sufren y pienso que sufren más.

- Bromeas...

- ¡No, es así! Mis jefes, por ejemplo, tuvieron un casamiento de apariencias la mayor parte del tiempo. Nunca les faltó el dinero, pero el amor que es bueno, jamás existió. Los hijos fueron criados por mí y por Zefa, la cocinera. Por la madre ellos tuvieron el afecto biológico de los lazos de la sangre y por el padre el interés de la paga mensual. En las fechas festivas, la familia se hacía mayor con la llegada de los hermanos, todos los parientes. Había entonces, competición sorda entre los primos, agresiones entre los hermanos, comparaciones y roces por todas partes.

- Es un caso aparte...

- Puede ser que sí. No sé. El hecho es que ellos nunca fueron, realmente, felices. Mis hijos siempre tuvieron más amor y más tranquilidad en nuestra modesta casa de la que hubo en aquel piso fino de mis jefes.

- ¡Es una excepción!

- No lo creo, no. Conocí a muchos de sus amigos y ellos también tenían serios problemas.

- ¿De qué tipo?

- Hay mucha competición entre los ricos, mucha envidia, mucha codicia. Es un mundo artificial, donde la solidaridad existe nada más en la medida en que se puede hacer algún favor. No se obtiene un favor espontáneo, todo es pagado con alguna cosa.

- ¿Tú no estás exagerando?

- Pienso que no. Cuando un rico pierde el dinero que tiene, se queda sin amigos. En nuestro medio, somos lo que somos, no tenemos nada más que nosotros mismos. Por tanto, o tenemos amigos fieles o no tenemos ninguno, pero todo es más verdadero y más auténtico. Por eso, no creo que vivamos en un camino de novela. Ni eso viven los más ricos, a mi modo de ver.

- Los pobres también envidian a los otros.

- Es verdad. Pero pienso que hay menos competencia y menos codicia. Es lo que siento aquí en la vecindad y en las fiestas donde voy.

- El ser humano es igual en cualquier lugar. El pobre que envidia mucho acaba robando.

- Y el rico también. Cada cual roba de un modo. El problema está en la persona y no en su patrón social.

- Eso es obvio.

- No tanto. Muchos piensan que los defectos del carácter se unen a patrones sociales.

- ¡Qué tontería es esa!

- Puede ser, pero yo oí a mis jefes charlando a ese respecto. Puedo no haber estudiado, pero captó con facilidad el mundo que está a mi alrededor.

- Y eres muy observadora también.

- ¿Por qué no? Vivimos de eso. Observando a las personas, aprendiendo cosas nuevas, hermano mío. No estés irritado. Cada uno tiene su cruz para cargar, como Jesús.

- Ah, ya sé...

- Es verdad, Ícaro. Para mí tanto da ser rico o pobre, lo más importante es ser honrado y honesto. Mi familia se enorgullece de eso y, lo creas o no, somos felices e integrados.

- Tal vez, Suelen, tal vez.

CAPÍTULO XXXI

Ícaro volvió a convencerse para intentar cambiar otra vez su vida y buscó un empleo. Con mucha dificultad y, por intervención del jefe de Tito, acabo encontrando un trabajo de vigilante en un edificio en la parte noble de la ciudad. Comenzó a convivir en un mundo muy sofisticado que siempre le causó perturbación. Era una buena oportunidad para no reincidir en sus errores habituales del pasado. Resistía con empeño.

En sus desprendimientos durante el sueño, continuaba encontrándose con Jeremías, a quien, cuando estaba despierto, se refería a él como su hermano Aguinaldo hablándole de algún lugar. Al Ángel no le molestaba, pues no le importaba ser llamado por ese o por aquel nombre y sí que sus orientaciones fuesen seguidas, por el bien de su protegido.

En cierta ocasión, en uno de esos desprendimientos, cuando estaba flaqueando en su ímpetu criminal, oyó a su Mentor advertirlo con vehemencia.

- ¿Otra vez, Ícaro, pretendes seguir el camino más fácil?

- Y de nuevo tú intentas impedírmelo. ¿Aún no te cansaste? Son más de cuarenta años de consejos inútiles... — dijo con desdén.

- No son estériles. Al revés, aunque insistas en decir lo contrario, tú cambiaste con el paso del tiempo. Actualmente eres más consciente de los errores que cometes. De no ser así ya habrías sustraído aquel coche, que tanto codicias en el garaje...

- ¿Tú lees el pensamiento?

- No es preciso, tú eres transparente.

- Facilito tu trabajo.

- Tal vez. El punto fundamental es que estás queriendo volver al punto de partida. ¿No te fueron suficientes los años vividos en la cárcel y toda suerte de desgracias en tu vida?

- La vida del pobre es así, sin gracia y sin arraigos. Si tu estuvieses dando asistencia a un ricachón, tendrías otro tipo de consejos que dar. Quién sabe sino le aconsejarías ¿comprar esta marca o aquella, a viajar aquí o allá? (risas)

- Diviértete como quieras, pero debes saber que tu hermana tiene razón. Nuestro trabajo no es más fácil o más difícil conforme el patrón socio-económico de los encarnados a quienes protegemos. Todo depende del carácter de cada uno. Por tanto, no comparto tus argumentos pueriles en torno de la obiedad de la riqueza o de la pobreza. ¿Tú quieres un salvoconducto para cometer tus desvíos? ¿Es eso lo que deseas? Pues de mí no lo vas a obtener.

- No quiero nada tuyo. Es mentira lo que dices respecto de mí.

Ícaro, tú puedes hacer de todo, menos torcer los hechos para tu Protector.

- No estoy torciendo nada...

- Sí lo haces. Sé lo que piensas sobre el asunto, estuve a tu lado cuando hablaste con Suelen. Por tanto, para de fingir que no te acuerdas. Tú te crees una víctima de la pobreza y olvidas que existen muchos pobres felices con lo que tienen o son y muchos ricos infelices con aquello que construyeron o heredaron. Piensa en hacerte digno. Tú ya pasaste de la mitad de tu existencia y en breve vas a dar cuentas a Dios. ¿Por qué no despiertas un poco más a la realidad? Basta de "cuentos de hadas", con brujas malvadas juzgando a pobres príncipes o princesas. ¡Vive la realidad, Ícaro!

- ¿Y vivir la realidad significa no robar más? ¿Es eso?

- En parte, sí. Tu siempre escogiste el camino más fácil y, en tu mente, estaba el coger de otros, cosas que no te pertenecían. La honestidad estuvo en segundo plano. ¿Por qué no alteras eso?

- ¿Con el salario que gano? ¡Ridículo! Trabajo mucho y no me pagan como yo merezco.

- ¿Por qué no coger de los otros lo que les está sobrando?

- Simplemente porque no se tiene derecho a lo que no se luchó por tener.

- ¿Y ellos lucharon para heredar una posición social confortable, por ejemplo?

- Alguien, algún día, luchó para eso. Si es justa o no la herencia, eso es otra cuestión. Lo que importa es que no es tuyo, siendo así, tú no tienes derecho alguno de sustraer lo que no te pertenece. Por otro lado, no argumentes con dinero. Acuérdate de tu hermana y de tu cuñado, que consiguieron lo que tienen y viven honestamente con lo que reciben.

- Viven mal...

- ¿Cómo puedes evaluar lo que es vivir bien o mal? ¿Alguna vez ya viviste bien? ¿Sabes lo que es ser feliz? ¿Quisiste ser feliz algún día en tu existencia?

- Es lógico que sí. Sólo que no tuve la oportunidad.

- No es verdad. Tú no quisiste seguir el camino correcto. Imagina que quisieras alcanzar la felicidad, la tranquilidad de espíritu, algo que, nosotros, los Protectores, siempre deseamos para nuestros pupilos. ¡Pero no! Tú tenías que ser diferente. Me pregunto: ¿por qué? ¿Dónde fue que falle? ¿Dónde deje de darte el consejo correcto en la hora cierta?

Ícaro se sentía, en el fondo, mal y, procuró suavizar el diálogo:

- No fue tu culpa. Hiciste lo que pudiste. Es que yo no sirvo para nada: vivo pensando en coger de los otros cualquier parcela de felicidad que veo estampada en sus rostros, porque soy envidioso y miedoso. Robé para no tener que trabajar, abandoné a la familia para no tener que luchar por el amor de mis hijos, traicioné amistades para no tener que encarar mis

propios defectos, en fin, soy un fracaso. No tengo remedio.

- ¿Otra forma de esconderte de tus problemas, Ícaro?

- ¡No, no lo es! Soy un fracaso. ¿O no? Dime que no.

- "Fracaso" es algo muy relativo. Hagamos lo contrario, definamos lo que es "éxito".

- Éxito es haber vencido en la vida, tener una buena posición económica, una familia estructurada, buenos amigos... Eso es.

- ¿Sólo eso? ¿No?

- Ese es el presuntuoso éxito material, aquel que algunos, como tú, juzgan esencial en la vida, pero no es eso. Tener amigos y una familia estructurada sólo se consigue si tú tienes buen carácter y una personalidad firme, llenando tu vida de actos cristianos. Sin eso, será solamente una ilusión más. Por otro lado, éxito, amigo mío, es estar construyendo un camino espiritual de conquistas y créditos obtenidos en las buenas actitudes. Al desencarnar, tú no llevas contigo bienes materiales, tan sólo lo que resta de tu saldo espiritual. Por eso, éxito es triunfar en la senda evolutiva, abandonando vicios y recomponiendo nefastas barreras anticristianas.

- ¿Y el fracaso? Aun así, soy yo.

- Fracaso es parar de luchar. Es decir, no, por anticipado, desistir de luchar. Fracasar es cerrar el juego de la vida, antes de la muerte. Eso es fracaso. ¿Tú ya te consideras un derrotado?

- No sé si tendré fuerzas para continuar...

- ¿Por qué no? Si tú estás viviendo, estás luchando. Cada minuto de tu tiempo es una pequeña parcela de perseverancia. Tú aún no fracasaste, Ícaro. ¿Contrajiste deudas? ¿Erraste? Son hechos innegables, pero eso no significa que no puedas recuperarte, que no consigas continuar luchando, renovando tu interior.

- ¿Tú piensas que aún queda tiempo?

- Mira, Ícaro, siempre hay tiempo. Tú puedes obtener créditos incluso en el último instante de la vida material. Y tu existencia continuará... Acuérdate bien de eso. La vida va siguiendo su curso en el plano espiritual, por tanto, cuanto antes tú resuelvas cambiar, siempre será mejor.

- Creo que voy a pensar a ese respecto.

- No, esta vez no. Piensa ahora. Déjate llevar por la fuerza de la razón. Amigo mío, vamos a luchar juntos, para que tengas un final positivo en tu existencia.

- ¿Y cómo lo haría?

- En primer lugar, resiste a la tentación de la vida fácil. Permanece en tu empleo y respeta los bienes ajenos. Si tú lo haces, Ícaro, estarás dando un paso esencial en la dirección de tu reforma íntima, en la modificación de tu modo de ser. Supera esa barrera, dedícate a los valores del espíritu, cultivando un poco más de virtudes. Busca a tus hijos, aunque seas rechazado. Pide perdón. Agradece a Suelen y a su familia el amor que vienes recibiendo. Intenta encontrar a los parientes de Juvencio y pide perdón. Rescata tus deudas. Alivia tu corazón. Después de eso, intenta una nueva vida. Cásate de nuevo. Reconstruye tus sentimientos. Invierte en ti mismo.

- Está bien. Lo voy a intentar. Prometo que lo voy a hacer. ¿Tú me ayudarás?

- ¿Y no fue siempre así?

CAPÍTULO XXXII

Era natural que delante del grado de evolución de Ícaro, él no tuviese fuerzas suficientes para pedir perdón a quien ofendió. No consiguió buscar a sus hijos y a sus víctimas para disculparse. Su orgullo aún habló más alto. Sin embargo, oyó a Jeremías en parte y se abstuvo de volver a cometer crímenes. Permaneció en el empleo y se ganó la confianza de los habitantes del edificio. Con el tiempo, obtuvo el cargo de celador y paso a tener una habitación mejor y un salario superior. Pacificó su interior.

Jeremías estaba feliz. Se sentía realizado. Después de tanto sufrimiento y tanta lucha, veía a su pupilo en el camino cristiano.

No había mucho más que relatar después del gran cambio que Ícaro dio en su vida, a partir del instante en que, de hecho, decidió seguir los consejos de su Ángel Guardián. Construyó un nuevo hogar, tuvo otros hijos, a pesar de tener una edad avanzada. Fue un buen padre. Se dedicó a la familia como nunca lo había hecho antes. Hizo algunos amigos en el edificio y era la alegría de los niños de los alrededores, pues desarrolló una paciencia especial para tratar con ellos. No es que se portara a la perfección. A veces, fallaba en su trayectoria, bebiendo en demasía, discutiendo con la esposa, ignorando a los hijos y siendo brusco con el administrador. Pero era poco delante de la alegría que poseía en su corazón y de los buenos momentos que proporcionaba a todos. Era perdonado por su infrecuente mal comportamiento.

En poco tiempo volvió a reflexionar sobre lo que era la felicidad, pues ahora se juzgaba feliz. Notó que había sido inexorable en sus anteriores evaluaciones. Razón tenía la voz de su conciencia, su Ángel Guardian, aquel sonido del alma que lo inspiraba a tiempo, que le daba la fuerza y le servía de mano fuerte en los Instantes más terribles que ya habían pasado.

Hizo que su vida llegara a un buen término y sirvió de modelo a muchos encarnados que solamente lo conocieron en esa última fase. El Ícaro marginal se volvió un ejemplo de honestidad y rectitud; todo porque fue respetada su "segunda oportunidad", que podría haber sido la tercera, la cuarta, la quinta o la centésima, pero que debe ser siempre concedida al Espíritu, esté él encarnado o no. Los errores solamente pueden ser sanados si una nueva oportunidad es concedida a quien los cometió.

Reequilibró su existencia. La valoración de sus actos quedan a cargo de la Justicia Divina. Lo más importante es que él reencontró la felicidad en uno de los momentos de su existencia. Supo que todos pueden ser felices. Su razonamiento correcto le permitió paz de espíritu y voluntad de luchar.

Cuando desencarnó, fue recordado por sus hijos y llorado por la esposa, por los amigos y algunos familiares. Olvidado por unos y enaltecido por otros, Ícaro construyó una vida común, propia de la mayoría de los encarnados. No fue famoso, ni gobernó una nación. No escribió libros de éxito, ni rodó películas de emoción. No tuvo una historia registrada, ni biografía reconocida y su única marca indeleble estuvo en los anales judiciales. Lo trivial representó sus pasos y su existencia podría ser considerada vulgar y normal. ¿Pues no somos, en el fondo, todos así? Ahora nacemos reyes y reinas, ahora plebeyos y

desconocidos. Quien fue famoso en el pasado, hoy es simple y mañana podrá ser inexpresivo. Las personalidades viven y mueren y todos tienen igual importancia en el mundo espiritual.

Hermanos en Dios somos todos y la Justicia Divina nos juzga imparcialmente de lo alto de su soberanía plena de amor y llena de misericordia. Ícaro fue un ciudadano común, más que unos, menos que otros, pero sobremanera trivial, como la mayoría de nosotros cuando estamos encarnados.

Jeremías lo recibió en el retorno a la patria espiritual:

- Ícaro, mi gran amigo, ¡sé bienvenido!

- Ahora te reconozco bien. Jeremías, mi Ángel Guardian, mi querido Protector. El combativo defensor de mi felicidad.

- Más que nunca...

- Sé de eso y agradezco a Dios por haberte tenido a mí lado durante todos estos años. Imagino que he correspondido un poco a tu expectativa.

- Sólo tenía una...

- ¿Cuál?

- La de que tú realmente deseabas ser feliz.

- Y eso quería.

- ¿Fue así?

- Sí, sin duda. No importa si solamente algunos años o algunos meses. Valió mucho la pena haber luchado y no haber fracasado. La felicidad siempre quiere decir todo. Gracias a ti, fui feliz. Gracias, hermano mío.

- No, no me des las gracias. Soy feliz por tenerte como amigo. Seamos agradecidos al Plano Superior que nos permitió tantos momentos de ternura y afecto.

- Así sea.

Y marcharon. Volvieron a Alborada Nueva, nuestra querida colonia.

Algunos años después, cuando llegó mi hora de partir a la Tierra para servir de Ángel Protector, después de haber estado reencarnado por diez años, en mi última existencia en el plano físico, teniendo por Guardian a un compañero maravilloso, me encontré con Jeremías, por consejo de nuestro líder Cairbar Schutel. Me narró su historia de vida y su experiencia tan marcada.

No pude dejar de transmitir esas líneas, antes de continuar mi misión.

¿Quién sabe si mi futuro pupilo no leerá este libro y oirá mejor mis consejos? Al fin, yo también imagino que él quiere ser feliz, exactamente feliz, exactamente como yo lo soy.

Cayo Mario

Una vez más damos las gracias a nuestro hermano Abel Glaser por su inestimable ayuda y apoyo, así como a Cairbar Schutel, por la labor maravillosa de transmitimos información del plano Espiritual. Deseamos que este libro, así como otros del mismo autor, puedan ayudarnos a crecer interiormente.

La Editora